



Paradiso Blu

Una historia de amor.

P A R T E I

A N D R E A L E A L

Paradiso Blu
Una historia de amor
Parte I

A mi familia que significa todo para mí.

Capítulos

1. Mi cumpleaños.....7
2. Paradiso Blu.....31
3. Fiesta de máscaras.....51
4. Santiago Dante.....77
5. Declaración de Guerra.....105
6. Noche de brujas.....127
7. Tormenta de nieve.....153
8. Venecia.....193
9. Barcelona.....217
10. Un nuevo continente.....247
11. Camino a casa.....281

Capítulo 1

Mi cumpleaños

E

ra de noche, se escuchaban relámpagos, el agua caía con fuerza. Miré las calles, el agua abría su paso por la orilla de la banqueta, desbordándose y creando una pequeña ola que limpiaba todo. Estaba en la parte de atrás de un taxi en la ciudad de Nueva York, extrañamente las calles estaban vacías, pero el ruido que había afuera daba la impresión de que era medio día y las calles estaban abarrotadas por todos los carros de la ciudad.

Miré a la ventana, y aunque era de noche; el cielo estaba pintado de rojo. No podía dejar de llorar desde hace varias horas. Las lágrimas escurrían por mi mejilla como si no tuvieran fin, me mordí el labio inferior tratando de hacer que se detuvieran.

Mis ojos debían estar rojos e hinchados por las horas en las que he estado así y el maquillaje corrido, no debía parecer yo la que estaba ahí. El taxista no me había dicho nada, no quería que lo hiciera.

Mi cabello castaño claro estaba recogido, pero ahora sólo estaba alborotado y no tenía ganas de arreglarlo. Parecía como si fuera una mujer que descuidara su apariencia física.

Aunque estaba cansada de llorar, mi cuerpo seguía reaccionando aquella noticia, escuchar esas palabras que salían de su boca... se repetían todo el tiempo, pero no aún no lo creía.

Respiré profundamente, inhalé y exhalé, intentando alejar muchos sentimientos encontrados dentro de mí. Era inútil, estaba desesperada y debía hacer algo, pero mi mente daba vueltas y vueltas sin poder entender lo que estaba pasando.

Tenía los ojos abiertos, sabía que debería mirar el respaldo del asiento que estaba frente a mí, pero mi vista estaba nublada. No podía enfocar y no hacía el esfuerzo por hacerlo.

Sentía como el nudo en la garganta luchaba por salir de mí, y quería gritar, pero debía permanecer ahí, quieta, esperando a que el chofer siguiera

adelante para poder llegar a mí destino.

¿Cómo era que llegué a parar en esto? Ayer yo estaba bien, estábamos bien.

No recordaba mucho de lo que había pasado en el día, sólo eran vagos recuerdos que venían y se iban, algunos que recordaba claramente y después los olvidaba. Sabía que debía haberme ido cuando tuve la oportunidad, pero escuchaba sus palabras una y otra vez en mi cabeza. No debía confiar en nadie.

Escurrí la mano dentro de mi bolsa, sentí la billetera, la hice a un lado y seguí buscando, estaban mis documentos que identificaban quien era y finalmente llegué a ella; era dura, fría, no pesaba mucho.

Aún no podía creer que la tuviera en mi bolsa. Ayer quería aventarla por la ventana de la casa, había tenido miedo de verla pensando que algo malo pasaría, pero hoy era lo más seguro que tenía.

Quisiera saber qué era lo que estaba pasando, pero sabía que esto no empezó ayer. Empezó mucho antes y dentro de mí lo sabía... Mi cuerpo y mi mente me piden una razón, una explicación a lo que he vivido estas últimas veinticuatro horas.

Un camión de bomberos se atravesó frente a nosotros; se quedó parado, estorbando el camino, los carros comenzaron a accionar su claxon.

—Vamos a estar un rato aquí —dijo el taxista sin voltearme a ver.

Creo que se sentía incómodo por la situación en la que me veía. He llorado desconsoladamente todo el camino, no era, sino hasta ese momento en el que me estaba empezando a calmar.

—No tengo prisa —respondí como pude, mi voz se escuchó mejor de lo que yo esperaba. Sentí que me faltaba oxígeno al decir esas palabras, como si me encontrara bajo agua y cada vez que abría la boca me ahogaba.

El taxista se relajó y buscó algo en la radio.

Miré mi reloj de mano, son las ocho de la noche, y pensar que a esta hora estaría preparando la cena. Todo debería ser diferente, pero no me iba a quedar con los brazos cruzados, debía saber qué era lo que estaba pasando, no podía seguir creyendo todas las cosas que me decían, no era normal.

Pude haber sido yo... No debió haber sido nadie.

Miré el revólver en mis manos, escondido dentro de mi bolsa, miré hacia afuera. Esto era lo que me hacía sentir segura, por algo me lo dio, sólo debía confiar en él.

Todo empezó desde que lo conocí a él, mi vida no había sido tan emocionante.

Inhalé y exhalé intentando respirar como una persona normal, me limpié las lágrimas con la mano libre que tenía, recargué mi cabeza en la ventana donde escuché las gotas de la lluvia chocar contra el vidrio.

Cerré los ojos.

2 años antes

Sicilia, Italia

Verano, el viento soplaba cálido, el ambiente era húmedo y el cielo se veía despejado. Cameron, un amigo, más bien mi hermano mayor, me invitó a un catamarán en el mar Tirreno cerca de Palermo para celebrar mi cumpleaños número veintidós.

Cameron me dejó entrar en su casa cuando mis papás murieron en un terrible accidente hace diez años, yo tenía doce y él ya cumplía los dieciocho, ya había empezado con sus negocios. Ahora que tenía veintiocho parecía tenerlo todo, no le faltaba absolutamente nada, lo que quería decir que a mí tampoco.

Se hizo cargo de mí porque mis padres habían hecho negocios con los suyos, al parecer les habían ayudado mucho y por eso siempre estaría agradecido con mi familia, me sentía afortunada por eso.

No recordaba mucho de esos días, eran grises para mí, pero él me había ayudado a tener una vida normal.

Los papás de Cameron murieron a los dos años que yo llegué a su casa, también por un trágico accidente del que Cameron no le gustaba hablar, yo no tocaba el tema. Nunca lo había visto tan enojado como cuando alguien

hablaba de eso.

Desde entonces hemos sido como hermanos y aunque no sabía mucho de su vida fuera de la casa, estaba feliz porque había salido adelante.

Nunca me ha dejado trabajar y me ha mantenido por mucho tiempo, le debía la vida, sin él, probablemente estaría en la calle pidiendo dinero.

—¿Cómo te la estás pasando? —preguntó Cameron mientras me recargaba en el barandal del catamarán viendo las estrellas, se veían más grandes sin la luz de la ciudad.

Cameron era alto, de cabello corto, oscuro y de ojos color miel. Era guapo. Su mirada era muy penetrante e intimidaba a muchas personas, pero conmigo ya no tenía ese efecto.

—Bien. Siempre tienes esa habilidad de sorprenderme —contesté mientras me ofrecía una copa de vino.

—Bien, es lo que quería escuchar. Iré a terminar unos pendientes y regreso.

Lo vi caminar calmadamente hacía donde estaban sus guardaespaldas, lo esperaban con sus brazos cruzados, no hablaban. No recordaba cómo se escuchaba su voz. Yo también tenía una, era mujer, pero la detestaba.

Sólo porque era mi cumpleaños y le rogué a Cameron se había mantenido alejada, recordé que le juré que no saltaría a nadar en el mar por escaparme de ella, se carcajeó y con eso aceptó.

La miré, esperaba que ahí se quedara sentada toda la noche cerca de donde estaban los invitados.

No conocía a nadie, quizá a un par de personas que habían estado en la casa para cenar, pero fuera de ellas, todos hacían negocios con Cameron y sólo llenaron el lugar para no perder su inversión de la fiesta.

Me reí, era más una fiesta de Cameron que mía.

Me recargué nuevamente en el barandal, estaba por acabarme el vino que Cameron me trajo, no sabía cuál era, pero era suave. Como era de costumbre, ni siquiera en mi cumpleaños me dejaba tomar como se debía.

—Debes ser la cumpleañera. — Escuché que dijeron a mi lado.

Me di media vuelta para descubrir quién me habló, no lo conocía.

Era alto, le llego a la altura de sus hombros, de cabello corto, el color era como el mío, un tono más oscuro, sus ojos color verde. Nunca lo había visto, pero por su apariencia, tenía toda mi atención.

—Sí. Elizabeth Azura —dije con una sonrisa y le di mi mano para saludar.

No sabía por qué lo hacía, nunca me había presentado así.

Su mano era suave. Sentí mariposas. Era muy guapo.

—Santiago Dante. Muchas felicidades —respondió con una sonrisa.

— ¿Eres invitado de Cameron? —pregunté curiosa.

Cameron no me había hablado de él, creo que lo recordaría y si lo hizo no mencionó su físico. Me sonrojé al pensarlo.

Al verlo detenidamente, me di cuenta de que debía tener la edad de Cameron.

—No. Vengo en lugar de otro invitado.

Eso explicaba muchas cosas. Vi que Aba, mi guardaespaldas, se levantó al escuchar su respuesta; con una mano le insistí que se sentara. Torció su boca para indicarme que lo desaprobaba y después no dejó de ver a Santiago con sus ojos negros, parecía que lo quería sujetar y tirar al mar.

La vi cruzar sus brazos y mantenerse como estatua, nos miró fijamente.

—¿Amiga? —preguntó él sonriente.

Me reí, sólo pude mover mi cabeza a los lados indicándole que no.

—Me cuida —respondí después de parar de reír.

—¿Tu novio organizó esta fiesta? —preguntó mientras observaba el catamarán.

Había olvidado que era de dos pisos y la música estaba fuerte. Nosotros estábamos en la planta baja mientras las personas bailaban en la segunda, apenas y cabían porque el DJ ocupaba mucho espacio.

El catamarán era grande, no se sentía cuando brincaban o bailaban, seguía moviéndose como lo hacía cualquier otro barco.

El mar sólo estaba iluminado por nosotros y las estrellas, estábamos alejados de la ciudad por lo que parecía como si estuviéramos a kilómetros dentro del mar.

—¿Mi novio? —pregunté en voz alta—. ¿Quieres decir Cameron? Él es como mi hermano.

No sabía por qué me encontraba explicándole lo que era Cameron, siempre era lo mismo y había veces en los que no corregía, muchas veces eso me traía seguridad. Respetaban el nombre de Cameron.

Me gustaba mucho, eso debía ser, o quizá era el vino haciendo de las suyas. No lo sabía, mi corazón se aceleró, estaba nerviosa. Lo miré sin verlo fijamente, sonreí, tenía que saber que estaba disponible.

—Parece más que eso —dijo recargándose en el barandal.

El aroma de su loción hizo que sintiera como si estuviera en otro lugar, lo miré de reojo, él tenía su mirada fijada en el mar que parecía no tener fin.

—No eres el primero que lo dice. Ya me he acostumbrado. Es sobre protector, pero no es mi novio —expliqué después de darle otro trago a la copa de vino que aún tenía en mi mano.

—¿No tienes novio?

No, no tengo. Estaría con él, le contesté con mi mente.

—No por el momento —respondí sonriente.

Él volteó a verme, se le dibujó una pequeña sonrisa en su rostro ¿De dónde salió? ¿Quién era él? ¿Qué invitado pidió que lo supliera? Quería ir a agradecerse.

Un ruido hizo que volteáramos a ver el mar, nadie más lo escuchó más que nosotros. Algunos delfines nadaban alrededor y estaban dándonos un espectáculo gratis, nada más nosotros dos pudimos ver, bueno eso si no contaba con Aba que estaba cerca.

Los delfines saltaron muy cerca de ahí, haciendo que el agua se levantara y nos salpicara. Disfruté mucho ese momento, era como si estuviera planeado.

Santiago parecía disfrutarlo también. Lo miré nuevamente, el hombre misterioso que apareció en el catamarán, él no dijo nada y me volvió a

sonreír.

Me acomodó el cabello detrás de mi oreja que se había desacomodado.

Sabía que estaba jugando a lo mismo que yo, estaba coqueteando conmigo.

—Entonces, ¿cómo conoces a Cameron? —pregunté curiosa.

—No lo conozco —respondió volviéndose a recargar en el barandal.

Por su altura, se tenía que agachar para poder recargarse. Aba se había vuelto a levantar, él la miró de reojo.

—Tu mejor amiga quiere venir a convivir. —Bromeó.

—Es porque estás aquí, no me conoces y no conoces a Cameron —dije honestamente.

Era muy sincero por decir que estaba ahí sin conocer a nadie, no sabía cómo lo tomaría Cameron.

—Te dije, vengo en representación de uno de tus invitados —me recordó.

—Querrás decir invitados de Cameron —lo corregí.

—Es tu fiesta.

Sonreí, pero seguían sin ser mis invitados.

—¿A quién estás sustituyendo?

—Al señor Ugoni.

Veía a Aba mover sus labios. Ella tenía una bolita en su oído, como un chicharo con el que se comunicaba con los demás guardias, parecía como si estuviera rezando, pero sabía que le avisaba a Cameron.

No había secretos, nunca.

—Creo haber escuchado su nombre —dije intentando recordar de dónde, no tuve éxito.

—Cornelio Ugoni.

Torcí mi boca intentando recordar, como si eso me ayudara, pero Cameron conocía a tantas personas que era difícil mantener ese ritmo.

—Supongo que lo recordaré después. —Sonreí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me le quedé viendo, ¿qué me querría preguntar?

Asentí tímidamente.

- ¿Por qué no estás allá? —preguntó señalando a las personas que bailaban.

Pensé mucho en mi respuesta, en estricta teoría, debía estar ahí porque era mi cumpleaños y debería estar festejando.

—Pensarás que soy antisocial, pero no siento que me esté celebrando, estos son invitados de Cameron —respondí después de pensarlo.

—Entonces no estaba mal, al verte sola, supuse que serías la cumpleañera.

—¿Cómo?

—Yo hubiera hecho lo mismo.

Un mesero llegó y nos ofreció bebidas.

—Es muy suave. Tendrá whisky en las rocas —dijo Santiago después de probar el vino tinto.

—Yo también quiero algo más fuerte. Whisky está bien, si quieres ponle agua mineral para que no sepa tan fuerte. — Aproveché que Santiago lo estaba pidiendo.

—Señorita Azura, el señor Timeus no quiere que tome mucho —contestó el mesero apenado.

—Entonces, tráeme la botella de vino completa —dije un poco molesta.

El mesero no me respondió, sabía que no la iba a traer.

Le hice una mirada a Santiago en la que quise demostrarle que me tenían restringida y controlada en mi cumpleaños, como si no me pudiera divertir.

Comprendió lo que dije con una mirada y él pidió dos vasos. El mesero no podía decirle que no, eran invitados.

Recordé que Cameron había especificado que los invitados debían estar felices.

No tardó mucho en regresar y traernos las bebidas.

—Salud —dijo dándome el vaso.

—Salud —respondí feliz de poder probar otra cosa que no fuera el vino suave que me habían dado toda la noche.

No había tomado ni un trago cuando vi que Cameron se acercaba a nosotros junto a los hombres de negro. Noté que estaba interesado por la persona que me acompañaba, siempre lo estaba.

Aba debía haberle comunicado todo.

No quería que se acercara, lo iba a asustar como a muchos otros y era mi cumpleaños.

Su postura hacía que se viera más alto de lo normal, sus hombros se quedaron a una distancia apropiada para que pudiéramos tener una conversación más privada.

Se acercó con una copa en sus manos, tenía la otra dentro de una bolsa del pantalón, apenas y se le dibujaba una sonrisa en su rostro.

—¿Whisky? —preguntó con una ceja levantada.

Sabía que no debía sentirme culpable, pero me sonrojé.

—No sabía que no podía tomar whisky. —Santiago mintió—. Yo la invité un trago. Santiago Dante, usted debe ser el señor Timeus —dijo levantando su mano y ofreciéndola.

Después de que le imploré con la mirada a Cameron, levantó su mano y lo saludó de regreso.

—Señor Dante, no estaba enterado de que iba a venir —respondió Cameron, pero no lo estaba viendo a él, miraba a sus hombres.

—Cornelio no pudo venir, me pidió que lo supliera en esta ocasión, no quiso ser grosero por perderse este evento —contestó calmado.

—Ah, el señor Ugoni, bien ¿Me acompaña por un trago? —preguntó. Estaba interesado.

Negocios, no podía detener eso.

—Aún no ha terminado tu cumpleaños Elizabeth, pronto estaremos de regreso. No tardo —dijo Cameron mientras le indicaba el camino a Santiago.

Santiago me volteó a ver y pude jurar que me sonrió. Eso me hizo sentir bien, pero después ya estaba a lo lejos tomando con Cameron; estaban muy concentrados, como si estuvieran compartiendo un secreto.

A veces me gustaría saber a qué se dedicaba precisamente, pero siempre me daba respuestas muy generales.

Tenía muchos negocios...quizá creía que no iba a entender.

Me tomé todo el whisky que quedaba en mi vaso de un solo trago. Era fuerte, más de lo que yo esperaba. Hice algunos gestos, estaba feliz de que nadie estuviera ahí para reírse en mi cara.

Me acerqué a Aba quien se había vuelto a sentar en la silla donde había estado casi toda la noche, tenía los brazos cruzados y me observaba detenidamente. Era un robot.

Recordé las primeras veces que me cuidó. La quise hacer hablar y reír, pero no pude, todos mis intentos habían sido en vano hasta que un día me dijo que no era su trabajo ser mi amiga, así que desde entonces sólo le hablaba para decir lo que había decidido y qué haría.

Empecé a escuchar la música, era movida, cerré los ojos y estaba bailando sola. Aba debía estar intentando detenerme, había de parecer una loca.

Hace mucho que no bailaba así, me sentí libre.

Me preguntaba si volvería a ver a Santiago, quizá sólo estaba ahí para hacer negocios en el nombre del Señor Ugoni. Aunque debía confesar que fue el mejor momento de lo que llevaba en la fiesta.

Miré en dirección a donde estaban, Cameron seguía hablando con él, apenas y veía que se movían sus labios, no entendería de lo que hablaban, aunque pudiera leer labios.

Santiago me volteó a ver e hizo una pequeña sonrisa torcida, me enseñó su vaso como si estuviera brindando por mí sin que Cameron se diera cuenta. Me sonrojé.

El catamarán cambió su dirección, se dirigía al puerto de donde había salido. Regresaríamos a la ciudad donde nos estábamos quedando por el verano.

Nunca me había mareado con el alcohol, así como ahora. No debí mezclar.

Al llegar al puerto, Aba me ayudó a bajar, era muy fuerte. Aunque si lo pienso bien, no era delicada como yo, era tosca.

Me detuve en el puente donde todos descendían. Aba se adelantó y le era imposible volver ya que los invitados pasaban detrás de mí como si fueran una manada. Busqué a Santiago con la mirada, pero ya no estaba en el lugar donde había platicado con Cameron.

Aba se quedó al final del puente, brazos cruzados, enojada. Bajé la cabeza apenada, pero llegué a donde estaba y la seguí.

Ella sabía el camino al carro; un Audi A4 color blanco, regalo de Cameron. Me había enamorado de él desde que lo vi estacionado frente a la casa.

Hacía mucho que había dejado de decirle a Cameron que no quería obsequios. Creo que era la manera en la que sabía demostrar cariño.

Aba ayudó a sentarme en la parte de atrás, yo no podía manejar mi carro, sólo lo había usado el primer día que lo tuve.

A pesar de que sabía que manejaba bien, no me tenían la confianza de manejarlo sola, ni siquiera que Aba fuera en el asiento de copiloto.

Ella disfrutaba más de mi carro...

Miré hacia fuera de la ventana, las luces se veían como líneas abstractas que se movían junto a nosotras mientras Aba incrementaba la velocidad.

No quería decirle que estaba mareada, eso me metería en problemas.

Se detuvo frente a una casa, reconocí que era donde nos habíamos quedado todo el verano. Era color blanco y estaba llena de ventanas. No había nadie más que nosotros dos y los múltiples guardaespaldas que tenía.

Aba me ayudó a bajar.

Se estacionó frente a la puerta de la entrada, había dos hombres ahí que no hablaban. Eran como estatuas, asienten y niegan con la cabeza, sólo le respondían a Cameron.

Cameron llegó en ese momento, se estacionó detrás de mi carro, se bajó, aventó las llaves a uno de los guardias que se encontraba cerca sin ni siquiera voltear a ver, y me miró.

—¿Estás bien? —preguntó Cameron llegando a mi lado.

Asentí con la cabeza, no quería que oliera mi aliento.

Se me quedó viendo fijamente a los ojos y sólo pude sonreír, al menos era lo que creí que hice... Se dio cuenta, pero sonrió de regreso.

—¿Qué haré contigo? —preguntó sujetando mi espalda e indicándome el camino.

No dije nada.

La puerta de la entrada ya estaba abierta. Eran dos puertas que unidas formaban una, hechas de madera gruesa y oscura.

El interior era amplio para los muebles que tenía; había una mesa de cristal en el centro donde sólo tenía un florero que cambiaban diariamente. Había tulipanes.

La casa era nueva, por lo que no había muchos cuadros. Sabía que a Cameron le gustaba coleccionarlos, tenía varios cuadros de Pablo Picasso y Paul Cézanne, de los que me acordaba que teníamos en la casa de Londres. Lo he cachado viéndolas fijamente con su mente perdida.

Pasamos la entrada, de lado izquierdo estaban las escaleras en forma de caracol con un barandal grueso y blanco que daban a nuestras habitaciones, pero no se dirigió ahí.

Me llevó derecho, se hacía un pasillo más angosto y había varias puertas con cuartos vacíos, aún no sabía lo que serían. Conociendo a Cameron, serían oficinas o algún cuarto de juegos.

El pasillo se convirtió en una habitación, noté que ya había comprado más sillones color negro de piel que formaban una sala.

Las puertas al jardín ocupaban la pared completa; eran dos, color blancas y de vidrio.

El jardín estaba apagado por lo que no podía ver lo que había afuera.

Cameron me sujetó la mano y abrió las puertas. Estábamos en la terraza; había una mesa blanca con cuatro sillas a su alrededor, nuevas, no les habían quitado el plástico.

Se acercó a prender las luces cerca de la puerta de la cual habíamos salido; las escaleras se iluminaron en sincronía y me ayudó a bajarlas, veía en mis ojos que seguía mareada, pero no dijo nada.

Al llegar al último escalón, escuché movimiento de un lado cuando Cameron hizo una señal al aire. Después de tiempo lo vi, estaba parado frente a mí. Un señor de los que cuidaban la casa lo traía a su lado.

Un caballo árabe.

Era color café caoba, tenía la frente muy amplia y sus ojos grandes no dejaban de verme. Tenía una sola pata de color blanco, parecía que traía puesto una bota.

No era alto a comparación de otros que había visto, su cola estaba en lo alto y sus caderas eran profundas. Me acerqué a él, sabía que sentían el miedo, pero yo no le tenía miedo.

Le sujeté la frente. Él me observó y sabía que me aprobaba. Sonreí. Creí en ese momento que seríamos muy buenos amigos.

—¡Feliz cumpleaños! Elizabeth —exclamó Cameron a mi lado.

—Gracias —respondí mirándolo —¿Tiene nombre?

—El que tú le pongas.

—Máximus —dije pensando en la película del gladiador.

—Es tuyo.

Él sonrió.

Se escuchó que sonaba su celular. Lo miró, contestó y se alejó.

El caballo se había quedado quieto, me miraba profundamente como si pudiera leer mis pensamientos. Me transmitía tranquilidad, esperaba que lo pudiera montar un día.

—Señorita Azura, ¿se quiere subir? —preguntó el señor de gran edad que lo sujetaba de la correa.

No sabía si era buena idea, seguía un poco mareada. Vi que Cameron se había alejado y hablaba por teléfono, parecía estar molesto.

Yo estaría, eran las cuatro de la mañana.

—¿Puedo? —pregunté acariciando su frente.

Máximus había permanecido quieto todo el tiempo.

Poco después me encontraba montando mi caballo, me sentía muy feliz, estaría mejor si el señor no tuviera que caminar a mi lado. A veces pensaba que creían que era de cristal y me iba a romper fácilmente.

Recordé el catamarán, no sabía si lo volvería a ver, quizá Santiago sólo fue a reemplazar al señor Ugoni y para mañana todo volvería a la normalidad.

¿Por qué no me invitó a salir? Cualquiera persona que hubiera visto como se acercó podría decir que era por interés de conocerme o quizás sólo era para hacer tiempo y esperar a Cameron. Eso sonaba lógico.

Tendría que vivir con eso siempre, conocer a un hombre decente en estos tiempos no era muy común, sobre todo cuando tenía a Cameron de hermano.

—Ya es hora de dormir —dijo Cameron después de colgar el teléfono.

—Apenas y he estado unos minutos —respondí.

—Lo podrás montar en otra ocasión.

No quería, pero el señor ya me estaba ayudando a bajar. Cameron me esperó a que estuviera a su lado y me encaminó a mi habitación.

Por la mañana abrí los ojos, al menos creía que era temprano. No sabía a qué horas me dormí ayer.

Milagrosamente no me sentía mal, era como si no hubiera tomado ayer.

Estaba en mi cuarto. Me senté a observarlo antes de dar el siguiente paso para irme a bañar.

La cama era de tamaño matrimonial, era alta; la base y el respaldo de la cama eran de madera oscura, tenían algunos adornos dorados que la hacían ver muy elegante. Tenía integrado una sala con tres sillones color café claro, la tela era suave.

Frente a los sillones había una mesa de té, igual de oscura que la base de mi cama y una televisión LED de 60 pulgadas, que según Cameron era muy

buena.

Cuando me bajé de la cama sentí lo suave de la alfombra, era color crema y era acolchonada, podría dormir cómodamente en el piso sin quejarme.

Hoy sabía que iríamos a Paradiso Blu, era un hipódromo. Lo usaban más que nada para las apuestas, el dueño del lugar era Cameron.

Lo tenía desde hace cinco años, dijo que lo compró en mi honor, pero en todo lo que hacía, decía lo mismo.

Algo debía estar pasando para que nos viniéramos todo el verano a cuidarlo.

No importaba, me gustaba estar ahí.

Supuse que podía llevar a Máximus, no para que compitiera, pero ahí había espacio para poderlo montar.

Me miré al espejo antes de bañarme, mis ojos se veían oscuros a pesar de que los tenía grises; todos lo confundían con un azul fuerte o un color café, dependía de la ropa que tuviera puesta.

Escogí la ropa que me pondría: unos pantalones color café, una blusa blanca, unas botas que combinaban y estaba lista para ir.

—Señorita Azura. —Escuché cuando salí del baño.

Era la joven que nos ayudaba a limpiar la casa. Era más chica de estatura que yo, muy delgada y de cabello café oscuro. Tenía recogida su cabellera en una trenza.

—Jimena, ya te dije que me llames Eli. Te veo todos los días —dije recordándole una vez más mi nombre.

—Le mandaron algo —se limitó a decir.

Nunca me hablaría por mi nombre...

¿Alguien me mandó algo? La seguí para que me enseñara lo que me habían enviado, caminamos por un pasillo angosto y solitario, más puertas que daban a otras habitaciones vacías, no sabía para qué se iban a utilizar.

Me llevó hasta el recibidor, en la mesa había un arreglo de flores de muchos tipos, debía confesar que se veían muy bonitas a pesar de que no eran de la misma especie, se alcanzaba a ver un sobre color rosa en el centro del arreglo.

Me imaginé que era otro de los regalos de Cameron. Nunca entenderé porqué le gustaba darme tantos obsequios, pareciera como si yo siempre le estuviera exigiendo que lo hiciera.

No recordaba cuál fue el primer regalo que me obsequió, de tantos, lo he olvidado, pero intentaba agradecerse todo el tiempo. Mis obsequios no contaban porque era su propio dinero, así que intentaba darle siempre cosas que yo hacía y que no podía comprar.

Según él eran lo mejor que podía darle, pero siempre era así conmigo.

Me acerqué, sujeté el sobre y lo abrí lentamente.

Hola Elizabeth, disculpa que no hayamos terminado nuestro brindis ¡Muchas Felicidades! Espero terminemos lo que empezamos por la tarde.

Santiago D.

Se me dibujó una sonrisa al terminar de leerlo.

Tenía una cita en la tarde y no sabía a qué hora lo iba a ver ni dónde. Me preguntaba si debía de arreglarme de otra manera.

Sonreí como tonta, me imaginé que llegaba y tocaba la puerta, me daba la mano y me iba con él. Me sentí rara, nunca me había pasado eso. No me podía sentir así, no se podía... ¿O sí?

Cameron estaba bajando las escaleras con una joven, era alta de cabello largo y dorado, sus ojos color azules. Se parecía mucho a todas las que traía todos los fines de semana.

No sabía a qué hora llegó, o si siempre estuvo ahí.

Era el número ocho en este viaje, era mejor aprenderme por números que por nombres.

Al verme siempre se sorprendían y me hacían caras. Ya se lo había dicho muchas veces a Cameron, pero decía que no significaban nada y que no las volvería a ver.

Se acercó a ver el florero, movió las flores. Estaba buscando la tarjeta y después me volteó a ver.

—¿Quién te las envió? —preguntó Cameron desconcertado.

Dejó a un lado a su acompañante, no parecía hablar.

—Santiago —contesté nerviosa, quería esconder el sobre que me había enviado.

—¿El señor Dante? —preguntó levantando su ceja.

Mi cara se tornó roja, estaba nerviosa y no quería decirle nada. Esa mirada era sólo prueba de que no me dejaría hacer nada.

—Sí. —Me limité a decir.

—¿Me vas a enseñar esa tarjeta? —preguntó acercándose.

Levantó su mano indicando que la pusiera ahí.

No se la quería dar, ¿qué haría con ella?

—Es privada —dije esperando una reacción de enojo de su parte.

Torció sus labios y después se empezó a reír como si lo que acababa de decir fuera una broma.

—¿Privada? Elizabeth no tenemos secretos, ¿recuerdas? — Se acercó más.

Extendí mi mano y se la compartí. No tenía mucha información por lo que no podía descifrarla, ni yo podía.

—No puedes salir con él. —Me ordenó.

Me regresó la tarjeta.

—¿Por qué no puedo? —pregunté enojada.

—Hasta que sepa quién es.

Lo que me acababa de decir me relajaba un poco, no había dicho rotundamente que no. No diría nada, no quería que se enojara frente a número ocho, tendría que decirle cuando estuviera de muy buen humor.

De todas las personas con las que había salido, Cameron había investigado todo su pasado, era horrible. No había sorpresas.

—Ya que aclaramos ese punto. Te veo en Paradiso Blu.

Se acercó a número ocho que no había hablado en todo el tiempo que estuvimos ahí, le sujetó la mano y se dirigieron a la puerta.

Abrió la puerta. Escuché que Cameron dijo una mala palabra como cuando se le manchaban los zapatos que más le gustaban.

Se quedó parado en la entrada, me empecé a preocupar, no se movía de su lugar. Sacó su celular y mientras hacía la llamada se agachó.

Número ocho permaneció quieta y en silencio, su mirada estaba perdida en lo que había alrededor, era una muñeca. Nunca volteó a ver lo que Cameron hacía en el suelo.

Cuando me acerqué a ver lo que estaba pasando, me di cuenta de que era un pájaro muerto. Me agaché mientras Cameron hablaba con alguien en la línea.

Me miró, pero ignoró que estaba ahí.

Era un pájaro color naranja, no sabía de qué especie era. Estaba muerto, parecía que lo habían estrangulado y aventado adrede frente a la puerta. No había otra cosa más que eso en el suelo.

Aba se acercó y me levantó del lugar, me indicó que entrara a la casa. Los guardaespaldas de Cameron se quedaron afuera recogiendo el pájaro ¿Qué significaría eso?

Cameron hizo otras dos llamadas alejado de nosotras. Número ocho se me quedó viendo ¿Hablará?

Estaba por preguntarle sobre el clima porque eso del silencio incómodo no me gustaba, pero Cameron se acercó a donde estábamos.

—Bien... Vamos para allá —dijo Cameron colgando su celular —¿Así te irás? —preguntó volteándome a ver.

—Sí, así iré —respondí viendo lo que había elegido para ponerme.

—Te vienes con nosotros.

Capítulo 2

Paradiso Blu

Cuando salimos de la casa, el sol estaba muy intenso. Sentí que me iba a quemar en el trayecto al carro de Cameron; un CLS63 AMG Coupé, de la Mercedes Benz color gris humo oscuro, me encantaba ese carro.

Como era de dos puertas pensé que yo iría en la parte de atrás, pero Cameron me detuvo y le dijo a Shanya, la mujer que lo acompañaba, que se fuera atrás. Yo iría adelante.

Por dentro era de piel y aún olía a nuevo. Tenía tantos carros en esa casa, creo que este lo ha utilizado tres veces. Le gustaba coleccionar carros.

Aba y los otros guardaespaldas nos perseguían. Había uno que estaba sobre una moto a nuestro lado derecho. No entendía por qué necesitamos tanta protección, pero Cameron siempre me decía que era mejor prevenir que lamentar.

—Máximus estará ahí —comentó con la mirada en el camino.

Sonreí, era como si me hubiera leído la mente.

—¿Competirá? —pregunté preocupada. No quería que fuera uno más, quería que fuera sólo mío.

—No. Es tuyo, lo podrás montar, pero no quiero que lo hagas sola ¿Entendido? —dijo volteándome a ver.

Asentí con la cabeza.

El camino no fue tan largo como la primera vez que me llevó. Ya sabía a dónde iba y estaba emocionada por montar mi caballo.

Dejaría que él hiciera sus negocios en el palco VIP que parecía más oficina que otra cosa, sólo que tenía meseros que le servían comida y podía ver la competencia desde la comodidad de un lugar con aire acondicionado, lo único que los separaba de la pista era una ventana.

Había mucha gente estacionándose cuando llegamos. Lo vi más grande de lo que estaba la primera vez que vine.

Tenía dieciocho recién cumplidos cuando Cameron me enseñó su nueva adquisición de negocio, recordé que llegamos para ver como empezaba la construcción.

Cameron había viajado varias veces solo para ver cómo iba, yo me había quedado en las diferentes casas en las que vivimos, antes de que decidiera que no me iba a separar de él y que ahora tenía que acompañarlo a donde fuera.

Nunca hemos estado en un lugar mucho tiempo.

—¿Puedo ir a ver a Máximus? —pregunté emocionada mientras me bajaba del carro.

Empujé el asiento hacia adelante y Shanya salió. Parecía que se había maquillado en el trayecto, se veía mucho mejor, ya no parecía zombi.

—Ya sabes dónde está, pero acompáñame para enseñarte en donde estaré. — Sonrió y después nos enseñó el camino.

Ya sabía en dónde iba a estar, siempre era en el mismo lugar, aun así, lo acompañé.

Miré el edificio y todo a su alrededor, en la entrada nos dejaron pasar al ver quiénes éramos.

—Buenas tardes, señor Timeus. Todo está en orden como lo solicitó. La caja 10 está en su lugar —dijo el hombre que se encontraba en la entrada.

—Perfecto. No debe quedar nada fuera de lugar. Uno de mis escoltas estará acompañándolo para recibir al público, requiero de una lista detallada de las personas que entran.

—Así se hará, señor.

—Bien.

Caminamos por los pasillos y finalmente llegamos a la orilla de la pista, cabían dieciséis caballos, hecha de arena para la competencia.

En el centro de la pista estaba instalado un escenario. En algunas horas comenzaría un evento que habían planeado para que Cameron pudiera ver lo que estaban haciendo con el lugar.

Gente que parecía ser de otras partes de Italia empezó a llegar, vi cómo se fueron acomodando en sus lugares. Yo quería ir a ver a Máximus antes de que empezara.

Me aburriré si me quedo aquí con ellos dos ¿Qué tal si quieren estar solos?

Sabía que hice una expresión de disgusto al pensar en eso, esperaba que nadie me haya visto.

Cameron abrió la puerta de la habitación VIP con su llave. Un mesero ya estaba a su lado en un segundo preguntando en qué le podía ayudar y qué era lo quería de tomar. Me volteó a ver primero.

—¿Puedo ir con Máximus? —pregunté tímidamente.

—Que te acompañe Aba y Gerardo. —Me indicó viendo que Aba se mantenía de pie detrás de mí. Gerardo era uno de los hombres que acompañaba a Cameron, grande y pelón, siempre tenía lentes de sol.

—¿Podrá ser solo Aba? —insistí.

—Con cuidado.

Me encontraba caminando entre la gente después de Cameron me dejó ir a ver a Máximus.

Miré las largas filas para las apuestas, había personas que parecían estar emocionadas y otras que hablaban del evento que habría.

Había más fila en la tienda para comprar de comer. Eran varias carreras las que se daban. Ese evento era una vez a la semana, en sábado, así asistía más gente.

Llegué a un campo cerca de las tiendas, había familias completas viendo los caballos de las carreras, los estaban preparando con las banderillas y la sillería que utilizaban los jinetes.

No me detendría ahí, miré hacia atrás, Aba se mantenía a una distancia más larga que corta, lo cual era bueno porque no me sentía completamente vigilada.

Pasé una zona que decía: *personal autorizado*, Máximus tenía que estar por

ahí.

Me detuve cuando lo vi a lejos. Estaba en un campo solo, imaginé que Cameron pidió que estuviera así para que yo pudiera acercarme y no me pasara nada.

Mi corazón se sentía acelerado de la emoción, había mucho espacio para que pudiera cabalgar sin problema y que él no se sintiera atrapado.

Abrí el barandal que me separaba del caballo sin preguntarle a nadie si podía hacerlo. Caminé lentamente, no sabía si me iba a reconocer.

Yo lo reconocía por su pata que era de distinto color.

Aba parecía temerle al caballo, se quedó recargada sobre el barandal lista para correr si era necesario.

Me acerqué a Máximus, se me quedó viendo y yo le acaricié la frente. Era como si lo hubiera saludado y se acercó más a mí.

Le hice a un lado su cabello que le tapaba sus ojos. Quería montarlo.

Tenía la silla puesta, miré a los lados y con mucha fuerza me subí.

Máximus se quedó quieto y yo estaba sobre él, me agaché, lo acaricié y lo abracé. Se mantuvo calmado, no se había movido, y podía contemplarlo mejor que ayer en la noche.

Aba entró al campo, estaba pálida, no me dijo nada y sé que tenía instrucciones de Cameron de no dejarme subir sola.

—Señorita Azura, debo pedirle que se baje del caballo. He llamado a Gian, el encargado de Máximus, para que le venga hacer compañía. —dijo aún cerca del barandal.

—Que venga, pero no me bajaré, ya estoy arriba. No está pasando nada. —dije e hice que Máximus empezara a galopar.

Nos entendíamos. Bueno eso creía...

No recordaba la primera vez que me subí a un caballo, nunca les había tenido miedo, Cameron dijo que sus papás fueron quienes me enseñaron a montarlos cuando tenía trece. Ese recuerdo era vago para mí.

Algo pasó arrastrándose en el suelo. Sabía que no iba a ser bueno, fue una

serpiente y quizás no la vio, pero en un segundo, Máximus se puso muy nervioso.

Empezó a relinchar y yo intenté sujetarme de la correa para no caerme, quería acercarme a abrazarlo de su cuello, pero era inútil.

Máximus se puso en dos patas, listo para correr. Cerré los ojos, sabía que me iba a caer, aunque mis manos no soltaron la correa.

Mi último intento de agarrarme del cuello hizo que se asustara más. No había abierto los ojos, pero sentí cuando se disparó corriendo sin control.

Solté la correa, caí más lento de lo que esperé, puse duro el cuello para evitar desnucarme.

Caí sobre algo suave, dos brazos que me sostuvieron fuertemente ¿Estaba soñando? ¿Aba era así de fuerte? ¿Me morí?

—¿Estás bien? —preguntó una voz conocida. Abrí los ojos con miedo de ver qué había pasado realmente.

—¿Me escuchas? —volvió a preguntar.

Era Santiago y me sentí avergonzada en un segundo porque me había visto caer.

Aba estaba pálida, se veía el pánico en su expresión, temió más por su vida que la mía. Le daba indicaciones a quien yo creía que era Gian para que fuera con Máximus, vi que su mano temblaba, debía tener miedo.

—Sí, estoy bien —contesté sonrojada. Me mantuvo cargada.

—Sí, el color de tus mejillas ya regresó. —dijo con una sonrisa y ayudó a ponerme de pie.

Por un momento me sentí mareada, pero logré balancearme, no quería que me viera así. Me mordí el labio inferior, si no hubiera sido por él estaría en problemas.

—¿Cómo hiciste eso? —pregunté desconcertada.

—Estaba en el lugar y hora indicada, tu amiga no parecía que se iba a meter y tuve que correr, lo bueno es que alcancé a llegar a tiempo —me explicó mientras nos acercábamos al barandal.

—Aba no es mi amiga, es mi guardaespaldas. —Le recordé.

—Sí, eso explica porque saltó y te rescató de aquel caballo. —dijo sarcásticamente. Yo sonreí.

El miedo que pude haber estado sintiendo, se había desvanecido. Si él no hubiera intervenido, tendría un problema más grande que el golpe, Cameron me hubiera matado.

—Señorita Azura —dijo Aba apenada—. Gian llevará a Máximus a comer y descansar, verificará qué es lo que le hizo ponerse nervioso y podrá volver —me informó.

—Muy bien, gracias —contesté.

Tanto miedo sintió que tuvo la necesidad de hablarme diferente a todas las veces que lo hacía, no fue una orden, fue un comentario.

No importaba ya, quería estar con Santiago.

Técnicamente no estaba saliendo con él, me lo encontré, así que Cameron no debía enojarse.

—¿Quieres ir a comer algo? —preguntó mientras salíamos de la zona de *personal autorizado*.

—Me encantaría, sé a dónde podemos ir —dije.

Había un restaurante dentro de ahí y no implicaría que estuviera saliendo de Paradiso Blu.

Cambié de dirección, Santiago se mantuvo a mi lado.

Me preguntaba si Cameron estaría enojado ya, aunque pensándolo bien, miré atrás y Aba seguía ahí, a lo mejor no sabía todo lo que había pasado.

Si lo supiera, estaría aquí, por lo que quiere decir que Aba tenía pena de decirle porque no entró a rescatarme y eso haría que perdiera su trabajo.

¿Cómo le podía preguntar? No creía que me fuera a responder.

Llegamos al lugar, se llamaba *Angolo di Paradiso Blu*, ahí nos atendieron de inmediato. Era un restaurante con comida originaria de Italia y variedad de botana para pasar el rato.

Las mesas estaban diseñadas para cuatro personas, pero podía ver que había

algunas que juntaban y estaban sentadas más de doce. Santiago y yo nos sentamos en el segundo piso; era un balcón y sólo había pocas mesas.

Se veía el hipódromo desde donde estábamos, ya estaban probando el sonido. El show estaba por empezar.

—Trae la mejor botella de vino que tengas. —Escuché que Santiago le encargó al mesero.

—En seguida señor —contestó el mesero con una amable sonrisa y se fue.

Él me volteó a ver y me volví a sonrojar ¿Podría ver cuando me sonrojaba?

No sabía si era por nervios o era porque me gustaba mucho, pero me intimidaba un poco su mirada, me sentía diferente.

—Entonces, ¿eres de esas mujeres que siempre está en problemas? —preguntó con una pequeña sonrisa.

—No que yo sepa, aunque quisiera, no pudiera ser una damisela en apuros —comenté recordando la vigilancia que tenía por parte de Cameron—. Hoy fue una excepción, Máximus vio una serpiente y se puso nervioso. —Le expliqué.

—¿Máximus es el caballo? —preguntó mientras le ponían una copa frente a él.

—Sí, mi caballo. —Sonreí.

—Me imaginé ¿Siempre vienes aquí? —preguntó mientras le servían vino y luego detuvo al mesero.

Lo agitó, lo olió y después probó un poco. Se quedó en silencio un momento y después me volteó a ver.

—¿Quieres probar? Está rico —dijo mientras me daba la copa.

Su mano rozó la mía por un segundo y sentí mariposas, debía controlarme.

Tragué saliva y la sostuve con fuerza, aunque sabía que no debía verse bien.

La probé, pero creí que no lo hice bien. No lo mezclé ni lo olí como él, sólo le di un trago y sentí lo rico de la uva; era fresco, más fuerte que el de ayer.

Al ver mi expresión, pidió la botella. El mesero fue enseguida a traerla. Quería decir que Santiago tenía dinero, esperaba que eso ayudara en su perfil

que debía cumplir para Cameron.

Puntos a favor, tenía que buscar eso en él para que Cameron se convenciera de que era un buen candidato.

—No me has respondido —dijo mirándome a los ojos. Sus ojos color verde me atraían mucho.

Otro punto a favor. Sonreí.

—Quiero imaginar que este verano vendremos mucho. Después no sé a dónde nos lleve Cameron —dije honestamente, aunque ahora que lo pensaba si Santiago se iba a quedar ahí no me querría ir.

—¿Por qué no sabes?

—Nunca nos quedamos mucho tiempo en un lugar —le confesé. No sabía si debía estar dando ese tipo de información.

Inspiraba confianza, otro punto a su favor.

El mesero regresó con la botella. Nos la enseñó y con el sacacorchos la abrió; nos sirvió una copa a cada quien, la puso a un lado de Santiago y se fue.

—¿No te cansas de viajar?

—Sí, pero Cameron es lo único que me queda de familia. Antes solía quedarme en otros lugares, sobre todo cuando estudiaba, pero al parecer él ya no quiere viajar solo.

No solía hablar abiertamente de mi vida personal, pero no sabía por qué me encontraba diciendo todo eso a Santiago, apenas y lo conocía.

Me mordí el labio, quizá no debía.

—¿Qué hace exactamente Timeus? —preguntó.

—Muchas cosas, tu deberías de saberlo mejor que yo. No me deja involucrarme en sus negocios; este es uno de ellos. —dije mirando el hipódromo —¿Qué clase de negocios haces con él?

No iba a ser la única que soltara información.

—El señor Ugoni tiene una dulcería muy importante, *Caramelle dolci* en Venecia. —Me explicó. Me quedé pensando en el lugar, pero nunca lo he escuchado—. Hay pendientes que me pidió que viera con Timeus, él es socio

de mi jefe.

—No sería nada nuevo, aunque estoy igual que antes. Quizá algún día vaya y conozca ese negocio. —contesté confundida.

—Quizás algún día.

—¿Te resististe al ser enviado por el señor Ugoni? —pregunté curiosa.

—No del todo, la mayoría del tiempo hago los viajes en su nombre, sobre todo los que ya tienen negociación y sólo se requiere de darle seguimiento.

—Quisiera que Cameron lo viera así y me diera oportunidad de tener alguno de sus negocios, podría ayudarlo con todo, quitarle estrés y preocupaciones.

—¿Preocupaciones?

—Ya sabes, él es el único que trabaja, quien lleva de comer a la casa.

Sonreí.

—¿Te invitó Cameron aquí? —pregunté.

—No. Ayer que llegué y preguntaba por direcciones para ir al catamarán, me recomendaron este lugar, cuando entré, te vi pasar, te vi entrar a la zona de personal autorizado y me dio curiosidad de saber a dónde ibas.

Ahora entendía porque estaba ahí en el momento que necesitaba un héroe.

Era tan fácil platicar con él. No quería levantarme de la silla e ir al evento, pero sabía que Cameron se preocuparía si no llegaba, y era lo que menos quería.

—Esto no es el brindis del que hablaba en mi mensaje — Santiago interrumpió mis pensamientos.

—¿No lo es? —pregunté desconcertada.

—Quisiera salir contigo en una cita, y aquí está bien, pero no es lo que tengo en mente. Claro si estás interesada. —Me explicó.

Claro que estaba interesada, ¿qué no ves mi cara de idiota desde ayer? No sabía qué responderle...

—Tendrás que preguntarle a Cameron, tal vez y con tu poder de convencimiento logres que salga contigo y sin Aba. —logré decir.

Sonreí.

—Se podrá arreglar.

La música que provenía del hipódromo interrumpió nuestra conversación.

Aba estaba muy cerca de la mesa y sin decirme nada, me entregó un celular, era una llamada. Tragué saliva sabiendo perfectamente quien era, me puse el celular en el oído.

—Elizabeth, creo que fui claro en que no quería que salieras con él hasta saber quién es. —La voz de Cameron sonó en mi oído.

Me estaba viendo de alguna parte o le habían estado avisando de todo lo que estaba haciendo.

—No estoy saliendo a ninguna parte, estoy dentro de las instalaciones —dije viendo a Santiago; él permanecía callado.

—Invita a tu amigo aquí. El evento está por empezar. —Lo escuché más calmado.

—¿Era él? —preguntó Santiago cuando colgué.

—Sí, dice que quiere que vayamos —respondí buscando mi mejor sonrisa.

Estaba nerviosa. Mi corazón estaba acelerado, ¿qué tal si Cameron lo corría de Paradiso Blu? ¿Si no quería que saliera con él?

Debía aprender a no emocionarme antes de tiempo. Miré el celular, me di cuenta de que no era mío.

—Vamos. Sólo pago la cuenta. ¿Me esperas? —Santiago interrumpió.

—Claro —contesté sonriente.

Le regresé el celular a Aba.

Santiago se levantó de la mesa, alcancé a ver que sacó su celular y mientras pagaba la cuenta, hacía una llamada.

Me miró y sonrió, si no le gustaba entonces hacía muy buen papel de que era todo lo contrario, Cameron debía notarlo y dejarme ser feliz.

Esperaba que le gustara como a mí me gustaba él.

Aba nos escoltó de regreso al palco. Cuando nos acercamos, me di cuenta de

que las gradas que rodeaban el hipódromo estaban llenas y la gente gritaba como si fuera un concierto.

Nos abrió la puerta.

Cameron se levantó y se acercó. Shanya seguía ahí, sin hablar ni moverse, sentada en uno de los sillones.

—Señor Dante —dijo Cameron levantando su mano para saludar.

Bien, eso era buena señal, saludar primero. Puntos a favor para Santiago, eso no lo hacía seguido Cameron.

—Señor Timeus —contestó sujetando su mano.

—Tomen asiento ¿Quieren algo de tomar? —preguntó llamando al mesero.

El cuarto tenía sillones reclinables color negro, el aire acondicionado estaba puesto y rápidamente empecé a tener frío.

El mesero se mantenía de pie en la parte de atrás sin decir palabra, esperando a lo que Cameron fuera a pedir.

Santiago se sentó a un lado de Cameron y yo estaba junto a Shanya. Me seguía viendo raro, yo sabía que éramos una familia extraña, pero desearía que no me viera así.

Un ruido nos llamó la atención. El show empezó con música fuerte. En una pantalla se veía la historia del lugar y después una joven estaba de pie en medio de la pista.

Inauguró el evento con un discurso que en pocas palabras le daban las gracias a Cameron por darles la oportunidad de tener esas actividades y finalmente fue el turno de una cantante famosa de Italia. Cantaba muy bonito.

—Entonces, ¿cómo está el señor Ugoni? —preguntó Cameron a Santiago.

—Él se encuentra viajando en estos momentos. La última vez que hablé con él estaba en Estados Unidos. —Santiago le explicó.

—¿Estados Unidos? Muy lejos de Venecia.

—Sí, quería abarcar más territorio. —Se limitó a decir.

—¿Cuándo volverá?

—No tiene fecha.

—¿Usted tiene fecha?

Sabía que quería que se fuera y yo tenía que hacer algo para darle una razón para quedarse, aparte de la cita o brindis que ya me debía.

Está bien, le resté los puntos que le di al principio...

—No tengo fecha —respondió.

Me sentí aliviada.

—Bien, ¿podrás viajar a Londres con nosotros en una semana? ¿O tienes otros pendientes de negocios a los que debes atender?

¿A Londres? Pensé que estaríamos todo el verano ahí.

—¿A qué se debe el honor? —preguntó curioso.

—Habrá un baile de máscaras en uno de los edificios que poseo. Elizabeth necesitará un acompañante. —Le explicó.

Se me dibujó una sonrisa. Sentí mariposas. Puntos extra, otra vez.

—En ese caso, ahí voy a estar.

Después se pusieron hablar de negocios, parecía que hablaban en códigos o no estaba prestando atención porque sentía mariposas en mi estómago.

Ojalá y Cameron fuera sincero, y estuviera diciendo la verdad, era capaz de haberlo invitado a Londres para que se fuera y nosotros no estuviéramos ahí.

Cuando la carrera empezó, todos se quedaron callados y muy atentos. Shanya se levantó y salió de la habitación. Vi que se llevó algo en la mano, dejó su bolsa, iba a regresar.

Me levanté, Cameron y Santiago estaban muy concentrados que ni se dieron cuenta.

Salí de ahí, había más personas de lo normal. Aba estaba distraída así que fue sencillo perderme de vista.

La seguí hasta el baño, lo cual se me hizo raro puesto que en el palco había uno privado para nosotros. Miró a los lados como si escondiera algo y entró.

Me acerqué a la puerta, no estaba completamente cerrada.

Abrí los ojos intentando enfocar, estaba agachada en el lavamanos, hasta que se levantó y la vi: se estaba drogando.

Había hecho con lo que se llevó líneas de cocaína. Sentí feo cuando aspiró todo por la nariz, se acomodó después su cabello en el espejo.

Quería pensar que por eso no hablaba y estaba en otro mundo ¿Sabría Cameron de eso?

Me di media vuelta para irme cuando me encontré con Aba, me asusté mucho y le indiqué con mi mano que no hablara porque sabía que iba a regañarme.

—Señorita Azura, debo pedirle que me avise cuando salga —dijo Aba frente a la puerta del palco.

—Sí, lo siento. No volverá a pasar —respondí abriendo la puerta.

La carrera estaba por terminar cuando Shanya entró. Se sentó en las piernas de Cameron. Siempre me había molestado que hicieran eso, más por lo que acababa de presenciar.

Me volteó a ver y sonrió inocentemente, pero sabía que no lo era.

Apreté los dientes de enojo.

Santiago apretó mi mano al ver mi expresión, era muy transparente. Sentí algo en mi interior al sentir su mano sobre la mía, como si tuviera una burbuja de aire dentro de mi estómago. Era difícil de explicar.

No importaba quién ganara la carrera, Cameron siempre iba a ganar, era parte de ser el dueño del lugar. Nos levantamos a aplaudir una vez que se terminó.

Siempre era un espectáculo, la gente se volvía loca al ver al jinete triunfador.

A mí me encantaban los caballos, podía verlos todo el día. No importaba si eran chicos o grandes, son animales majestuosos y muy inteligentes.

Cameron salió para entregar el premio al jinete ganador. Se había ganado un gran trofeo dorado en el que habían escrito su nombre y el del caballo, y un maletín con dinero.

Se veía muy feliz.

Cameron lo saludó con un apretón de mano. Le dijo unas palabras al oído, el jinete sonrió.

—No había tenido la oportunidad de venir a un lugar como estos. —confesó Santiago a mi lado.

Lo miré, parecía que lo había disfrutado.

—¿Te divertiste? —pregunté. Yo me divertí.

—Mucho y espero divertirme también en Londres.

—Lo harás.

Me tuve que despedir de Santiago cuando Aba llegó a buscarme, no sentía feo porque sabía que lo vería pronto y eso me agradaba.

Cameron ya estaba en el carro cuando salí de Paradiso Blu.

Su acompañante número ocho ya no estaba.

Era cuestión de tiempo para que eso sucediera. Aunque esperaba que en su estado llegara a salvo a su casa.

Me subí al carro, Aba se esperó a que tuviera el cinturón de seguridad abrochado, cerró la puerta y se dirigió al carro que estaba estacionado detrás de nosotros.

—Tu acompañante se drogó en el baño. —Le platicué a Cameron mientras manejaba de regreso a casa.

—¿Se drogó? —preguntó con una sonrisa malévola. Lo había tomado como si fuera una broma.

—¿Lo sabías? —pregunté intrigada.

—Claro. Sólo así se mantienen calladas, no es la única que lo hace, prefiero que sean así. No me gusta que hablen.

Ahora entendía a muchas de sus parejas.

—Yo hablo mucho. ¿Quieres que yo también haga lo mismo? —Levanté una ceja como él solía hacerlo.

Se me quedó viendo sin ver el camino.

—Siempre quieres que te cuente todo. —Agregué antes de que me respondiera.

—Eso es diferente —dijo sonriendo aún más—. Tú me importas, ellas no.

Así que ni pienses en empezar a consumir esas cosas, quiero que siempre estés activa.

—Bien, porque no sé cómo callarme y esas cosas no me interesan.

—Entonces ya que me dirás todo como siempre lo has hecho, ¿me vas a contar del incidente?

—¿Cuál incidente? —pregunté intentando verme lo más inocente que pude.

Se me quedó viendo fijamente, me dio miedo que hiciera eso porque no tenía los ojos en el camino.

Era obvio que Aba o Gian le habían contado que casi moría al caer de un caballo, pero Santiago había estado ahí para rescatarme, así que no había por qué alarmarse.

—Sabes de lo que hablo —dijo serio. Su tono burlón había cambiado.

—¿Quién te contó?

—Es deber de Aba contarme todo. —Se limitó a decir.

—¿La vas a correr? —pregunté —. Santiago me rescató, no pasó nada. — Agregué.

—No la voy a correr porque hizo lo correcto en decirme, es de confianza, si hubiera escondido este incidente entonces estaría buscando trabajo de sirvienta —respondió entrando por las rejas para llegar a la casa.

—¿Por qué crees que lo invité a ver las carreras? —Volteó a verme mientras se estacionaba.

Me mordí el labio, no podía ocultarle nada.

—Pensé que era porque me ves feliz —dije triste.

—Eso tuvo algo que ver, pero más que te haya salvado.

Se acercó mucho a mí, me miró a los ojos fijamente. Ese juego me lo sabía de memoria y aunque ya habían pasado muchos años, siempre perdía.

Me puse nerviosa y me empecé a reír. Él sonrió, se bajó antes que yo pudiera decir otra cosa y ya estaba del otro lado abriendo la puerta para que me bajara.

Capítulo 3

Fiesta de Máscaras

1 semana después

Estaba terminando de empacar. Cameron no me quiso decir cuánto tiempo estaríamos en Londres y si era que regresaríamos. Sabía que tenía ropa allá, pero estaba tan nerviosa porque Santiago iría que no sabía qué me pondría estando allá.

Escuché que se acercaban carros, me asomé por la ventana de mi cuarto: dos carros color negro, Lincoln, se estacionaron frente a la entrada.

De uno de los carros salieron dos personas; uno de ellos era alto, tenía características de un hombre alemán; de cabello muy claro y de ojos azules.

Su acompañante era una mujer como de mi estatura, cabello largo y color café, de ojos igual que su cabello. Los dos venían trajeados.

Los revisaron en la entrada.

Salí de mi recámara, quería saber quiénes eran, tenía que admitir que me había hecho más curiosa con los años, siempre quería saber más.

Me quedé quieta cuando vi que Cameron los recibía personalmente. Los saludó con un apretón de manos, se quedó más tiempo viendo a la mujer. Sentí celos como si ella me lo fuera a quitar.

Él era así con todas las mujeres que veía, sobre todo si eran atractivas. Tenía que admitir que tenía buenos gustos, pero una parte de mí no quería que me quitaran ese lugar que tenía en la vida de Cameron.

Me consentía más de lo que cualquier persona pudiera consentir a alguien y me cuidaba como si fuera su vida.

Los seguí hasta una de las habitaciones que estaban en la planta baja. No sabía que ya tenían muebles.

Cerró la puerta detrás de ellos. Me acerqué, no creía que debía estar espiando, pero por alguna razón tenía la necesidad de saber qué pasaba.

No sabía nada de lo que hacía exactamente, después de que Santiago me

preguntó por Cameron, me di cuenta de que no sabía, que he vivido en la sombra por mucho tiempo y supuestamente vivo con él.

—Muchas gracias por venir en tan corto tiempo. —Escuché la voz de Cameron.

—Usted nos ha ayudado mucho, señor Timeus —contestó el hombre. Si tenía acento alemán.

—Gracias Ritter —respondió seco como siempre le hablaba a todas las personas—. Como les comentaba por teléfono, necesito que investiguen el paradero del señor Ugoni —dijo con urgencia.

—Tenemos información de que se encuentra en Dalí en estos momentos —interrumpió la mujer.

—Y hace una semana estaba en Estados Unidos. Entonces, ¿estás completamente segura de que se encuentra ahí? ¿Tienes fotografías? ¿Un teléfono donde lo puedo localizar? El que tengo está desconectado.

—No estoy segura, señor Timeus. En cuanto al número telefónico, en nuestra experiencia, el señor Ugoni cambia continuamente de número para evitar sospechas —contestó ella secamente.

—Investiguen dónde está y el número que tiene en estos momentos. Necesito hablar con él lo antes posible. —Ordenó.

—Sí, en cuanto tengamos noticias se lo informaremos.

Escuché que se levantaron, debía irme antes de que me encontraran escuchando cosas que no debía.

Jimena pasó por el pasillo con una cesta llena de ropa, le sonreí intentando verme lo más inocente que pude. Ella me ignoró, siguió su camino sin detenerse.

—Una cosa más...—Cameron llamó mi atención.

—¿Sí? —preguntó ella interesada.

—Investiguen todo lo que puedan de un empleado del señor Ugoni, su nombre es Santiago Dante.

—Delo por un hecho. —respondió Ritter.

Mi corazón se detuvo cuando escuché esas palabras. No confiaba en él, creo que sabía por qué quería encontrar al señor Ugoni, era para preguntarle si era verdad lo que dijo, que trabajaba con él y por qué no le avisó que no iría a mi festejo.

Mientras se despedían y hablaban de los últimos detalles de otros pendientes que no entendía, corrí a la sala que daba al jardín.

Prendí la televisión que estaba frente al sillón y busqué algo que ver de inmediato.

Escuché que se abrió la puerta y después sus pasos al recibidor.

—¿Estás lista? —preguntó Cameron junto a mí mientras yo simulaba ver la tele.

—Sí, ¿quiénes eran esas personas? —pregunté inocentemente mientras la apagaba.

Si él me preguntaba que estaba viendo en la tele, no le podría responder porque no puse nada de atención.

No se dio cuenta de mi expresión que me delataba.

—Trabajo. —Se limitó a decir—. Vamos, hay una persona que se muere por verte en Londres.

Me quedé quieta por unos segundos, Cameron me mintió.

Si yo no hubiera escuchado la conversación, le creería, pero eso me hacía pensar que me había mentido muchas veces antes.

Cuando dijo que alguien se moría por verme, pensé que se refería a Santiago, pero recordé a la única amiga que tenía en Londres, quizá en todos los países a los que vamos.

Ella y Cameron tuvieron una relación seria hace tiempo y sentía que cuando estábamos en Londres seguían en esa relación como si nada hubiera pasado.

Su nombre era Katerina Glass, dos años más grande que yo y de todas las mujeres que acompañaban a Cameron, ella era la más inteligente, que no tiene nombre de número y quizás la que lo quiere de verdad.

Aba me ayudó con las maletas, Cameron no llevaba mucho; sólo su maletín

con el que siempre viajaba.

Nos subimos en la parte de atrás de una limosina que nos llevaría al aeropuerto.

Santiago nos estaba esperando ahí cuando llegamos. No recordaba la sensación que me daba cuando lo veía.

Se me revolvió el estómago de emoción. Era tan guapo y tenía una sonrisa que me alegraba el día. Era contagiosa.

Otra vez sentí que me puse roja y nerviosa, no podía evitarlo.

—Señor Dante —dijo Cameron levantando su mano.

Se saludaron.

—Señor Timeus —contestó amablemente.

Cuando me vio, sonrió.

—Santiago —dije con una sonrisa.

—Elizabeth —respondió igual.

Me imaginé saludándolo con más que una sonrisa. Miré sus labios sin querer, me puse más roja.

Cameron se puso serio, me descubrió, creo que le preocupaba que me gustara tanto. Nunca me había pasado.

El avión en el que nos subimos era privado. Creía que en secreto le pertenecía a Cameron porque siempre era el mismo, pero decía que era rentado, para mí era lo mismo.

Ellos platicaban de negocios mientras yo veía la ventana, estábamos a punto de despegar.

Recordé que antes no me gustaba viajar en avión, sobre todo porque los papás de Cameron murieron en un accidente aéreo, al menos era lo que él me dijo que sucedió; esa época de mi vida seguía siendo gris, no la recordaba del todo y hacía mucho que dejé de esforzarme...

Cameron me dijo que viajaríamos mucho y que debía acostumbrarme. Me había amenazado que me llevaría a la fuerza si era necesario.

Así que ahora lo toleraba.

Respiré hondo cuando el piloto dijo que íbamos a despegar y cerré los ojos.

Londres, Inglaterra

Supe que habíamos llegado cuando vi el *Tower Bridge* y el río Támesis por la ventana del avión, era una ciudad increíble. Pronto íbamos a aterrizar.

No me equivoqué, pronto estábamos aterrizando en el Aeropuerto Internacional de Heathrow.

—¿Tienes reservación en algún hotel? —preguntó Cameron a Santiago una vez que nos entregaron nuestras maletas.

—Sí, cerca de aquí. —Santiago se limitó a decir.

—Cancela la reservación. Te quedarás con nosotros. —Ordenó. Aunque sabía que quiso sonar más amigable.

Entendía lo que estaba haciendo, quería tenerlo cerca para poderlo vigilar, Ritter tendría más acceso a él si lo mantenía a la vista, no sabía si era buena idea, sabía que si estuviera en su lugar no me gustaría que me estuvieran espionando.

Santiago hizo una expresión de asombro, Cameron quiso sonreír inocentemente; logró una media sonrisa chueca, sonreír no era su fuerte.

—¿No tendrán problema? —preguntó después de meditarlo.

—No. Vamos.

Cameron se adelantó con sus escoltas para darles algunas indicaciones, yo iba a la par de Santiago y Aba atrás de nosotros.

Santiago me volteó a ver y se le dibujó una sonrisa de cómplice. Estaba decidido, quería besarlo.

Un Camaro color negro con dos rayas blancas en medio nos estaba esperando en la entrada. Enfrente y atrás del carro había estacionados dos mini cooper color rojo. Estaban muy bonitos.

Los escoltas y Aba los ocuparon; Cameron se subió al Camaro después de abrirme la puerta del copiloto para que me subiera, Santiago se subió en la parte de atrás.

Recordé que la última vez que vine el carro era color amarillo, supuse que lo cambiaron por uno nuevo.

Llegamos finalmente a una privada, ahí se encontraban las casas más grandes de Londres.

Se detuvo frente a una casa de ladrillos color rojos, me di cuenta de que seguía justo como la dejamos, hasta parecía que vivían personas ahí todo el tiempo.

Tenía ventanas con un marco grueso color blanco y las cortinas del mismo color, no se podía ver el interior. Uno de los cuartos tenía un balcón con un barandal hecho de fierro, color negro. Había un jardín frente a la entrada con distintos tipos de flores.

En la entrada se veía un pequeño pórtico con una banca color negro en la que cabían dos personas.

Ahí estaba ella de pie con ojos que demostraban emoción, igual que la recordaba. De estatura mediana, cabello largo, liso y color negro, sus ojos eran color celeste.

Vi que Cameron sonrió, pero no dijo nada.

Me bajé del carro antes de que terminara de apagarlo, corrí abrazarla mientras ellos bajaban cosas.

—¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó Katerina.

—Bien. Muy bien —contesté con una sonrisa.

Se le quedó viendo a Santiago, no lo conocía.

—Katerina Glass —dijo levantando su mano y saludando a Santiago, no le quitaba los ojos de encima.

—Señorita Glass —dijo dando su mano—. Santiago Dante— respondió con una pequeña sonrisa, también la miró fijamente.

—Señor Dante. Cameron me avisó de su visita, espero encuentre todo en

orden —respondió con una media sonrisa como lo hacía Cameron.

Santiago asintió, ¿qué le habrá contado Cameron? Generalmente las versiones de él no eran las más creíbles, más si era de algún comentario de mi pareja.

—¿No podías esperar para vernos en la noche? —preguntó Cameron abrazándola.

Eso no lo hacía muy seguido.

—Me conoces bien —respondió ella—. Eli, deja que ellos se encarguen de meter tus cosas, iremos a cenar —dijo, y después volteó a ver a Cameron—. Tú y el señor Dante querrán ponerse a discutir de negocios.

—Yo llevo la maleta a mi cuarto, sirve que me cambio para ir a cenar — interrumpí.

—Bien. Te espero aquí.

Cameron abrió la puerta, olía a que acaban de limpiar la casa.

La planta baja consistía en unan sala con un juego de sillones color crema, una alfombra color café oscuro y una televisión.

La cocina era amplia, tenía la estufa en medio y alrededor una barra desayunadora, me gustaba cocinar ahí. Había un pasillo largo que tenía en sus paredes los cuadros de obras de arte que Cameron coleccionaba, ese pasillo daba a una puerta color blanco. La oficina de Cameron, hacía mucho que no entraba.

El jardín era grande como en todas las casas que Cameron poseía, ese tenía caminos para andar en bicicleta.

En la planta alta, había varios cuartos. El del fondo era el de él, el mío estaba en medio; era mediano a comparación del que tenía en Italia.

Cuando entré a dejar mis cosas me di cuenta de que en la cama que tenía un edredón color rosa, estaba un vestido color plateado, largo y muy bonito. A un lado estaba un antifaz color rojo; tenía algunos adornos y brillantes.

Lo levanté, era hermoso. Creo que me vería bien. Katerina podía maquillarme y estaría lista para esa fiesta.

Miré el reloj de pared que tenía cerca de la puerta, Katerina pronto estaría apresurándome, entré al closet, tal como lo dejé. Me cambié y bajé corriendo.

Al entrar al restaurante, nos atendieron en seguida.

El restaurante era uno de los negocios de Cameron, lo reconocí con el nombre de *Timeus Grill*, era más que obvio que era de él.

Quizá Katerina se lo administraba por la forma en la que la saludaron. Yo nunca había ido.

—¿Hay algún problema? —preguntó Katerina al ver mi expresión de sorpresa.

—¿Desde cuándo está este restaurante? —pregunté curiosa.

—Lleva un par de años, no había arrancado como Cameron quería, pero ahora que funcionó me dejó mostrártelo.

—Creo que así le hace con todos sus negocios.

—No pienses en trabajo ahora, vamos a que pruebes la comida.

Ella sonrió e hizo que la siguiera.

El lugar era mediano, pero estaba lleno de mesas y de personas. Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos y tenían en el centro velas, la luz no era brillante, sino tenue. En las paredes de madera había cuadros colgados con imágenes de lugares turísticos de Inglaterra.

Habían pensado muy bien el ambiente. La música apenas se escuchaba, pero era agradable.

Nos dieron la mesa en un cuarto privado. Parecía que se usaba para una cena romántica o algún evento en especial. El cuarto sólo tenía una mesa con un mantel blanco, platos, cubiertos y velas.

Las paredes aquí no eran de madera, todas eran de ladrillos color rojo, los cuadros que estaban colgados en ese cuarto eran muy artísticos. En una esquina noté que había un bar que tenía muchas botellas de vino.

Katerina me enseñó mi silla.

Aba se quedó afuera después de revisar la habitación. Me sentí libre al fin.

—Cuéntame, ¿es tu novio? —preguntó Katerina mientras el mesero guapo de ojos azules nos servía vino.

—No —contesté tímidamente.

—Pero ¿Te gusta? —Ella insistió.

—¿Cameron te envió a preguntarme?

—Ya sabes que sí, pero no le diré nada, esto es entre tú y yo, como siempre ha sido.

Ella sonrió como si planeara alguna travesura.

—Por mi parte sí —confesé—. No sé de su parte.

—¡Es obvio que sí! —exclamó—. No se hubiera molestado en venir.

—En eso tienes razón.

—¿Cómo está Cameron? —Cambio de tema. Era obvio que estaba preocupada por él.

—Ya lo conoces, siempre dirá que bien.

—¿Cómo lo ves tú?

—Ha estado preocupado, lo veo en su rostro, aunque él no me dice mucho —confesé.

—Imagino. Es un terco, por eso sabía que vendría, no puede alejarse tanto tiempo de mí.

—¿Tan predecible es? —pregunté desconcertada.

—No. —Ella se rio—. Sólo que cuando le avisé del baile, sabía que vendría en seguida.

—¿Irás con él al baile? —pregunté. No sabía si la había invitado o iría con alguien más.

—No lo dejaría ir con nadie más. —Ella sonrió.

Se querían de una forma muy extraña. Yo no pudiera mantener una relación así. Quería a Cameron, pero no me gustaba como era con sus parejas, le gustaba tener más de una al mismo tiempo.

Cerré los ojos, intentaba alejar esas imágenes de mi cabeza...

Cenamos carne con verduras; la comida del restaurante había superado mis expectativas y no era porque era de Cameron. Es como si supieran como me gustaba, en qué término y la selección de verduras.

Disfrutaba mucho la compañía de Katerina, con ella podía comunicarme de mujer a mujer, era más fácil abrirme con ella.

Las dudas e inquietudes que podía llegar a tener en mi vida, ella me ayudaba, era como una hermana mayor que me aconsejaba, me escuchaba, me advertía y me regañaba. Había cosas que no podía compartir con Cameron, y no porque no confiara en él, sino porque eran cosas mías que sólo podía compartir con otra mujer.

Era feliz de tenerla como amiga.

Se escuchó que sonaba su celular cuando estábamos terminando de cenar, ella lo miró y después de la tercera llamada, se levantó a contestar.

—Espera aquí, no tardo —dijo Katerina mientras salía del cuarto.

Asentí, pero ella ya se había ido.

Tampoco sabía a qué se dedicaba ella, nunca lo había pensado, pero quizá era como yo. Cameron la debía mantener, por algo tenía que estar a su lado.

Entró poco tiempo después, no se tardó ni dos minutos.

—¿Nos vamos? —preguntó seria.

—Vamos —respondí.

No sabía de qué fue la llamada, pero no se veía nada contenta. Aun así, ella forzó una sonrisa y no quise preguntar nada más.

En el camino de regreso veía la ventana, pensaría que veía las calles que estábamos pasando, pero su mirada estaba perdida, pensando, no se daba cuenta que le había hablado más de dos veces y no había respondido.

Me acompañó a la puerta de la entrada de la casa para asegurarse de que entrara. No se quedó ni a saludar a Cameron.

Entré. Busqué por todas partes, pero no los encontré. Cameron y Santiago habían salido.

Me fui a cambiar a pijama. La había extrañado, abrí el cajón y ahí estaba; unos pantalones rosas con puntos blancos y una blusa rosa con un tono más claro.

Me puse pantuflas y bajé a la sala, aún no llegaban. Agarré la colcha que se usaba de adorno de uno de los sillones, prendí la tele y me senté a buscar algo que ver.

Tiempo pasó y ellos no llegaban, mis ojos se empezaron a cerrar en contra de mi voluntad.

Me levanté con el sonido de la puerta. No abrí los ojos, aún estaba más dormida que despierta.

Se escuchó mucho ruido en la entrada, unas llaves caerse al suelo, no fue fuerte, por lo que no vi la necesidad de abrir los ojos, prendieron la luz. Era bueno que no los haya abierto...

Sentí dos miradas profundas en mi dirección y los pasos acercarse a donde estaba.

—¿Te ayudo? —Escuché la voz de Santiago preguntar.

—¿Crees que no puedo? —preguntó Cameron. Había tomado, apenas se le entendía lo que decía—. Mejor tú, no quiero que le pase nada —respondió después de un largo silencio.

Santiago se escuchaba bien, no parecía que él tomó.

Sentí dos brazos, uno bajo mi espalda y otro debajo de mis piernas, me cargó con facilidad. Olía a él, a Santiago.

Mantuve mis ojos cerrados.

—¿La pongo en su recámara? —preguntó él. Mi cabeza estaba recargada en su pecho.

—Sí, después ven a mi oficina. Quiero hablar contigo —dijo Cameron serio.

Se escucharon sus pasos. Se estaba alejando.

No sabía si debía decir que estaba despierta, ya se fue el sueño. Me daba vergüenza que me cargara por las escaleras y me llevara al cuarto.

Ya estaba ahí, mejor disfrutaba el momento.

Subió las escaleras con mucha facilidad. No dijo nada, se mantuvo en silencio. Cuando llegó frente a la puerta de mi cuarto, con una mano abrió y con el pie la empujó para que se abriera.

No sentí que prendiera la luz. Caminó y poco después sentí como quitaba el cobertor con una mano, no escuché que se quejara cuando hacía eso. Me acostó de una manera muy delicada y después me tapó con el cobertor como si fuera una niña chiquita que temblaba por frío en la noche.

Se sentó en la orilla de la cama.

—Ya puedes abrir los ojos —dijo Santiago.

¡Sabía que estaba despierta! No quería abrirlos, me daba vergüenza, se mantuvo callado y finalmente los abrí.

—¿Desde cuándo estás despierta? —preguntó.

El cuarto estaba oscuro, apenas y lo alcanzaba a ver, estaba sonriendo.

—¿Desde que recuerdo? Desde que me cargaste para traerme a mi cuarto —le confesé tímidamente.

—Me imaginé.

Me acomodó el cabello que tenía despeinado detrás de mi oreja. Sentí mariposas, algo me estaba haciendo ese hombre que no podía describir.

Recordé lo que sentí cuando bajamos del avión y era como si estuviera en una montaña rusa, estaba emocionada.

—Me dio vergüenza decir que estaba despierta. —dije después de ver que seguía en silencio.

—No te preocupes, es un honor haberte cargado.

Se acercó a mí y sin esperar nada, me sorprendió con un beso; sus labios rozaron los míos, y la fiesta de mariposas en mi interior explotó.

Si no estuviera acostada, caería al suelo, besaba como me lo imaginé en mis sueños.

Poco después se separó, me volvió acomodar el cabello.

Sentí como mi rostro se tornó color rojo... que bueno que las luces permanecieron apagadas.

—Iré a ver qué quiere Cameron. Nos vemos mañana.

Asentí, pero no sabía si me vio. Se acercó, me besó la frente, se levantó y se fue. Cerré los ojos.

Cuando me levanté por la mañana, estaba en mi cuarto. No sabía si lo que pasó por la noche fue verdad o un sueño muy real.

Estaba confundida, ¿y si sólo fue un sueño? Me iba a ver rara si llegaba con una sonrisa de idiota.

Tocaron la puerta.

Cuando me levanté, se cayó una rosa de mi cama, me agaché a recogerla. Creo que no había sido un sueño después de todo.

Cameron estaba en la puerta cuando finalmente llegué a abrir.

—¿Cómo amaneciste? —preguntó Cameron entrando al cuarto.

—Bien. Muy bien —contesté sonriendo.

Miró mi habitación como si estuviera buscando algo y después me volteó a ver.

—¿De qué hablaste con Katerina?

Cambió el tema, ¿hice algo malo? Era mi única amiga...

—Cosas de mujeres. —respondí. No iba a decir nada, menos que hablamos de él.

Ella me confesó que la había mandado a investigar, si quisiera, ya se lo hubiera contado.

—¿Se pusieron de acuerdo para decir lo mismo?

Me reí, creo que pensábamos igual.

—No, pero fue salida de mujeres así que se queda entre nosotros.

—Mujeres... No olvides que hoy es el baile. Te vemos en la noche —dijo

saliendo de mi cuarto.

—¿A dónde van? —pregunté desconcertada.

—A trabajar —se limitó a decir.

Salí del cuarto para cuestionarlo más y me di cuenta de que Santiago estaba ahí; trajeado como Cameron, se veía tan guapo. Me acordé de que estaba recién levantada.

Él sonrió y yo me puse completamente roja y sin decir nada, me di la media vuelta y entré a mi cuarto. Cerré la puerta y me recargué en ella.

—Debes perdonarla, usualmente es más educada. —Escuché que Cameron dijo.

No sólo mi rostro, si no mis orejas estaban rojas.

—Yo sé que sí —respondió Santiago.

Escuché que bajaron las escaleras.

Sentía que estaba ardiendo, ¿por qué Cameron lo invitó a quedarse con nosotros? ¿Por qué no me advirtió que estaba afuera con él? ¿Lo hizo adrede para que huyera de mí?

Me daba vergüenza que me viera desarreglada. Ya iban dos.

Katerina llegó por la tarde y nos encerramos en mi cuarto, nos íbamos arreglar.

Ella se compró un vestido largo color turquesa y su antifaz color morado oscuro. Se iba a ver tan bonita.

Lo que fuera de cada quien, pero ella era bonita. La veía casada con Cameron, era la única que lo comprendía y él se preocupaba mucho de lo que ella pensaba y decía.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Se dio cuenta que la estaba viendo mucho.

—¿Por qué tú y Cameron no son novios? —pregunté. Me arrepentí después de que las palabras salieron de mi boca, pero ya lo había hecho.

—Es complicado, Eli. Toda su vida lo es. Mi vida es complicada también, él entiende, por eso tenemos la relación perfecta —respondió vagamente.

—¿Complicado? ¿Relación Perfecta?

—Su trabajo consume mucho de su tiempo, mis prioridades aquí, no competimos con eso y por eso tenemos esa relación perfecta.

Sabía que él era adicto a su trabajo, pero cuando ella estaba, lo transformaba.

—¿No te molesta que no sean nada?

—Podrá decir lo que quiera, pero es lo más cercano a una relación que tendrá —dijo ella viendo el espejo eligiendo como se veía mejor mi cabello, recogido o suelto.

Me le quedé viendo, de verdad sentía que lo decía feliz.

—No me veas así, sé que hay infinidad de otras mujeres fuera de Londres que lo pretenden y que salen con él, pero no significan nada. Me preocuparé cuando la tenga a su lado como a ti.

—¿No te molesta que yo esté siempre a su lado?

—Para nada. Eres su hermana, mis ojos cuando yo no estoy.

—Cuando Cameron no está, ¿hay otros hombres en tu vida?

Se empezó a reír y casi se equivocaba en su maquillaje.

—Con un Cameron tengo más que suficiente para distraerme una vida entera.

Cuando finalmente terminó de maquillarme, me miré al espejo y me sentí muy diferente, pero me gustaba lo que veía. Katerina sabía maquillar y peinar, había decidido recoger mi cabello; me gustó mucho el peinado.

Ella también había quedado muy bonita. El cuarto de baño era muy grande; el espejo amplio, por eso las dos podíamos vernos sin estorbarnos.

Sacó su celular y nos tomó una foto, bueno varias. Hicimos muchas poses frente al espejo. Hace mucho que no me divertía así y ni siquiera habíamos salido de la casa.

Aba tocó la puerta, nos dijo que nos llevaría. Santiago y Cameron nos verían allá.

Katerina me volteó a ver, me ofreció su mano y yo la tomé, bajamos de las escaleras aun con la sonrisa que usamos para las fotos.

Nos subimos al mini Cooper y nos llevó.

El baile sería en un museo propiedad de Cameron, a veces me preguntaba de dónde sacaba tantos negocios y dinero, pero cuando le preguntaba, sólo me volteaba a ver con una expresión de, *es normal tener tantas cosas*, y no me respondía.

El edificio era color gris, de tres pisos, con algunas estatuas en las esquinas, rodeado de arbustos y áreas verdes.

Vi a muchas personas caminar en vestidos largos y en traje, traían puesto antifaces o máscaras completas. No se podía saber quién era quién.

—Ponte esto antes de bajarnos. —dijo Katerina dándome el antifaz.

Me lo puse y me vi en el espejo del carro. Me gustó el contraste que hacía el maquillaje con mis ojos.

Katerina se puso la de ella. Me sujetó la mano y nos bajamos del carro.

Aba también se puso una máscara, pero sabía que era ella porque no traía un vestido puesto, su boca no sonreía, y sus manos se mantenían frente a ella. Iba detrás de nosotras.

Habían puesto una alfombra roja, personas tomaban fotos al llegar, aunque me imaginaba el desafío después intentando descifrar quién era quién, no sabía cómo le iban hacer.

La entrada no era por el museo, las puertas estaban cerradas. Había otro camino a un lado. Nos encontramos con muchas personas haciendo fila para entrar, todas irreconocibles por las máscaras y antifaces que llevaban puesto sobre su rostro.

Aba nos ayudó a llegar al frente, dio un código en números y nos dejaron entrar de inmediato.

Al entrar, estábamos en un recibidor decorado con rosas blancas y velas de todo tipo de tamaño y grosor color blanco.

—¿Su saco? —Me interrumpió una señorita.

Katerina ya se lo había quitado y Aba no hizo ningún movimiento.

Me lo quité. Sentí un poco de frío porque el vestido que traía puesto no tenía espalda, ni mangas, se sujetaba del cuello. Me gustaba.

—Por aquí. —La señorita con vestido naranja nos indicó.

El salón al que entramos tenía las paredes blancas con algunos grabados del mismo tono, había mucha gente, mesas y meseros con charolas llenas de bebidas que caminaban de un lado a otro.

Estaba decorado con muchas telas color blanco y negro. Había personas realizando acrobacias aéreas, creando un espectáculo, la música era en vivo. La mujer que cantaba tenía una gran voz.

Me hizo sentir escalofríos cuando levantó su voz para llegar a un tono.

—Vamos a bailar —dijo Katerina a mi lado.

—¿No los vamos a buscar? —pregunté entre la multitud.

—Ellos nos buscarán.

En eso tenía razón, ellos debían buscarnos.

Bailé un rato con ella, las personas se pegaban mucho a nosotros. Empecé a sentir claustrofobia y me salí de la multitud cuando la mujer empezó a cantar otra canción.

Perdí de vista a Katerina, sabía que no se daría cuenta que faltaba.

Había unas escaleras cerca de la pista, el barandal era grueso color blanco, la alfombra hacía contraste por su color rojo.

Las subí, el segundo piso era pequeño ya que consistía en rodear la pista de baile y el escenario, aunque había puertas color blanco que no sabía a dónde llevaban.

Había personas recargadas en el barandal disfrutando de la fiesta desde lejos. Un mesero pasó con una charola, traía copas de champagne, agarré una.

Vi las puertas abiertas que daban a un balcón. Salí y se sentía fresco, era soportable. El barandal era igual de color que el edificio. Había nubes, pero no parecía que fuera a llover.

El balcón era mediano, no había nada ni nadie, sólo yo.

Me recargué en el barandal, le di un trago a mi bebida y la puse a un lado. Miré el cielo, mi mente estaba en blanco.

—Señorita, ¿por qué tan solita? —Escuché a mi lado.

Lo miré, alto y de cabello oscuro ondulado. Sus ojos color café. No sabía quién era.

—Estoy esperando a alguien. —Mentí.

—Mientras esperas ¿Quieres bailar? —Insistió.

Estaba borracho.

—No, gracias —contesté lo más amable que pude.

—¿Por qué no? ¡Vamos!

—Creo que la señorita dijo que no. —Escuché una voz conocida.

En el marco de la entrada al balcón estaba parado Santiago. Tenía puesto un traje color negro, excepto por su corbata que combinaba con mi vestido, su antifaz era también color negro y hacía que sus ojos verdes resaltaran aún más.

Por eso sabía que era él, por sus ojos y su voz.

Seguía acumulando puntos.

—No era mentira —comentó el joven mirándome después de estar en silencio por varios segundos—. Bueno, ya sabes dónde encontrarme si quieres bailar —dijo descaradamente con una sonrisa de borracho.

Entró sin decirle nada a Santiago.

Una vez que el joven entró, Santiago se acercó a donde yo estaba.

Tenía una copa de vino tinto en sus manos. Se detuvo frente a mí, todavía tenía duda si lo que pasó en mi cuarto fue real.

—¿Cómo sabías que era yo? —pregunté curiosa.

—Con ese antifaz, eres la única que trae color rojo. —Me explicó—. Y tú voz, la reconozco.

Me sonrojé.

—¿Desde qué hora están aquí?

—No llevamos mucho, pero no hablemos de trabajo. ¿Quieres bailar?

—Claro.

Santiago puso a un lado de mi copa, la suya. Pensé que íbamos adentro, pero me sujetó la mano y la cintura, y comenzamos a bailar en el balcón. La música no era calmada, pero tampoco era movida.

Me miraba fijamente, sentía como si ya lo conociera desde hace mucho tiempo. Era un sentimiento muy diferente a todos los que he tenido.

Cerré los ojos y volví abrirlos, me transformaba el estar frente a él, su olor, su físico, su forma de ser, me tenían hipnotizada. Bailaba con él y era como si el mundo detrás de mí no existiera.

No sentía frío, ni preocupación, ¿por qué me sentía así?

—¿Estás bien? —preguntó desconcertado.

—Sí —contesté poniéndome roja.

¿Qué me pasaba?

—Ya volvió el color a tu rostro. —Sonrió.

—Gracias por la flor —dije. Aún tenía duda de lo que había pasado.

—Estabas más dormida que despierta —dijo mientras me daba una vuelta—. No sabía si lo recordarías —terminó de decir cuando estaba nuevamente cerca de él.

Sí había sucedido. Sonreí más de lo normal.

—Sí estaba más dormida que despierta, no recuerdo mucho —afirmé.

—Entonces, déjame recordarte.

Me soltó de la mano. Me sujetó de la cintura, me acercó a él y me besó.

Sí lo había besado antes, conocía esos labios, los besé ayer. Sonreí en contra de mi voluntad, sentía como si estuviera volando ¿Dónde había estado toda mi vida?

Escuchamos el sonido de una garganta que se aclaraba a nuestro lado. Me separé de él con el corazón acelerado.

Reconocí la máscara de Aba; se quedó en la entrada del balcón.

Miré a Santiago, sus ojos me veían fijamente, aún me intimidaba, pero no alejé mi vista. Me sentía fuerte y diferente a su lado. Me transmitía seguridad.

Había dejado de escuchar la música, el sonido del viento y de los carros que pasaban por la calle.

Santiago sonrió, yo me reí.

—Creo que si lo recuerdo —respondí aún sonrojada.

—No te preocupes por eso, habrá más ocasiones para recordártelo.

Esas palabras me gustaron. Puntos extras.

Aba volvió a aclarar su garganta, volví a la realidad, no estábamos solos. Los dos volteamos a verla.

—El Señor Timeus me ordenó llevarla a casa —dijo Aba.

Acababa de llegar. Me acerqué a ella.

—¿Cómo que quiere que me lleves? ¿Por qué? —pregunté enojada.

—No tengo esa información —respondió apenada.

—Vamos. Después podrás preguntarle a Cameron —dijo Santiago a mi lado.

—No quisiera irme —susurré.

—Lo sé, pero su razón debe de tener.

Me sujetó la mano, entrelazó sus dedos con los míos. Diferente a todas las veces que había tomado de mi mano. Sonreí.

Está bien, realmente sólo quería bailar con él, entonces el lugar era lo de menos. Aba nos indicó el camino, parecía que sabía más de lo que dijo.

El trayecto a casa fue lento y silencioso. Santiago sostuvo mi mano todo el camino. Aún no sabía lo que éramos, pero no quería preguntar y arruinarlo.

Él miraba hacia afuera de la ventana, iba muy pensativo. No podía dejar de verlo, algo en él me tenía como una idiota enamorada. No era normal que no estuviera pensando mucho las cosas, si me dijera en ese momento que me fuera con él, lo haría.

No lo conocía, él era un misterio para mí ¿De dónde salió el hombre que estaba buscando desde hace tiempo? Eso parecía... Últimamente lo había estado pensando y después de poco tiempo se manifestó frente a mí.

Aba nos abrió la puerta cuando llegamos. Santiago me ayudó a bajar.

Mientras Aba acomodaba el carro y Santiago se estiraba, me acerqué a la puerta de la entrada para abrir.

Sabía que debió de haberme dado más miedo por lo que vi frente a la puerta. Que quizá debí gritar, pero era un *deja vú*, sólo que no era un pájaro; eran dos, color naranja brillante.

Me quedé mirando la forma en la que estaban puestos. Tuvieron tiempo suficiente para acostarlos, poniendo las cabezas a un lado. No era una imagen que quisiera recordar en un futuro, la borraría de mi mente en cuanto los recogieran.

—¿Qué pasa? —preguntó Santiago acercándose a mi lado. No los había visto.

—¿Crees que es un mensaje? —pregunté preocupada.

Aba me hizo a un lado en cuanto vio lo que ocurría. Nos ordenó que nos quedáramos afuera. Entró mientras hablaba por teléfono con una pistola en alto, me di cuenta de que estaba temblando.

Capítulo 4

Santiago Dante

Estaba por quedarme dormida en el sillón junto a Santiago cuando se abrió la puerta de la entrada bruscamente. Mi corazón se aceleró; me levanté de un salto, Santiago tomó mi mano e hizo que me sentara nuevamente.

Era Cameron.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Cameron entrando a la sala.

—No pasó nada Cameron —contesté.

—¿Por qué Aba dijo lo contrario?

—Había dos pájaros muertos en la entrada, no es gran cosa. —Santiago le explicó inocentemente.

Él no sabía que en Italia habíamos recibido un regalo igual. Yo pensé que era casualidad en ese entonces, pero no podía creer que pasara por segunda vez y menos en diferentes países.

—¿Cómo en Italia? —preguntó Cameron en voz baja sin ver a Santiago.

—Sí, pero en vez de uno, fueron dos —contesté lo más calmada que pude.

Santiago me volteó a ver. Debía querer una explicación.

Cameron no dijo nada y sacando su celular se fue a su oficina. Nosotros nos quedamos en la sala.

La puerta de la entrada se volvió abrir, era Katerina.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó al vernos.

Santiago se levantó, le deseó buenas noches a Katerina y después nos dejó solas en la sala. Subió las escaleras, no sé si estaba bien después de escuchar que no fue la primera vez que recibíamos ese tipo de regalos.

Ella se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Me vas a explicar? —preguntó levantando una ceja.

—No es nada. No deberían de hacer esta situación más grande de lo que es, eso es lo que quieren esas personas que no tienen nada que hacer —dije molesta.

—No parece que sea algo así. Cameron no reacciona de esa manera. —Ella explicó.

¿Cómo sabía cómo reaccionaba? No era predecible, ya me lo había aceptado. Siempre había sido sobreprotector, en Italia no hizo escándalo por eso.

—Había dos pájaros muertos en la entrada —le conté finalmente.

Su mirada se perdió en dirección al pasillo ¿Habría algo que me estuvieran ocultando? Quizá si era algo más grande de lo que decían, ¿debía estar asustada?

—¿Revisaron la casa? —preguntó más calmada.

—Aba entró y estuvo por una hora buscando. Después llamó a uno de los escoltas de Cameron y la ayudó. No entró nadie, todo está en orden. —Le expliqué— ¿Tú sabes qué está pasando?

—Debe tratarse de una broma.

—Entonces, ¿no debo preocuparme? —pregunté. Quería verla a los ojos y creer que todo estaba bien.

—No. —Ella sonrió—. Él no es un niño, sabrá qué hacer con esas personas que no tienen nada que hacer.

Ya era de madrugada cuando llegué a mi cuarto. Prendí todas las luces de mi cuarto, no había pensado en el hecho de que pudieran haber entrado a la casa y ahora tenía miedo de dormir sola.

Para estar segura, entré a mi clóset, moví toda la ropa, así como el cuarto de baño, me sentía rara pateando la ropa y averiguando si había alguien oculto o no y en caso de que si, prepararme para correr.

No había nadie y no faltaba nada, nadie parecía haber estado ahí más que Katerina y yo antes de ir al evento.

Cuando salí del cuarto de baño, Santiago estaba parado a lado de mi cama.

Me asusté, no estaba esperando que él estuviera ahí.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Pensé que se había ido a dormir... sonreí.

—Sí, sólo que Katerina me dejó pensando... ¿Qué tal si entraron? —respondió mientras llegaba a mi cama.

—¿Quieres que te haga compañía para que duermas?

—¿Te molestaría?

—Para nada.

Se acercó y me besó. No sabía lo que éramos, no lo conocía bien, no podíamos ser novios. Esperaba que fuera el comienzo de algo bueno y duradero.

Me cambié a pijama y después me fui a la cama. Santiago había colocado una silla junto a ella. Me acosté y él sujetó mi mano.

—Gracias por el baile —dije acomodándome.

—No hay nada que agradecer. Descansa.

Cerré los ojos, me sentía muy segura y relajada.

—Buenas noches. —Escuché que dijo.

Sonreí.

—Buenas noches.

Durante dos semanas que estuvimos ahí, Aba se había pegado más a mí. No me dejaba ir sola ni al baño.

Santiago había tenido una conversación con Cameron, ahora parecían cómplices, nunca supe de qué hablaron y no me lo ha querido decir, en su momento me dijo que eran cosas del trabajo y que lo dejara en eso.

Salimos a varios lugares turísticos siempre en compañía de Aba o algún otro guardia. Katerina llegaba de vez en cuando y hacía que saliéramos de la casa. Cameron se la pasaba todo el tiempo en su oficina.

Desde aquella noche, había estado muy nervioso, nunca lo había visto de esa manera.

Me preguntaba si todos los que estaban en esta casa estaban igual que yo de confundida por la actitud de Cameron o era la única.

—¿Qué tanto piensas? —preguntó Santiago mientras desayunábamos.

—Sigo intentando saber de qué platicaron ese día que ahora son más unidos y se cuentan todo —mentí.

La verdad era que quería hablar con Cameron.

Él se rio.

—No debes de preocuparte por eso. —Él sonrió mientras se servía más del huevo que había preparado—. Es mejor que seamos amigos a que me odie por quitarle a su hermana.

Lo había olvidado, hace días, cuando fuimos a caminar junto al río Támesis para ver el nuevo edificio que estaban terminando me dijo que prefería pensar que Cameron era mi verdadero hermano.

—En eso tienes razón.

Sonreí.

—Tengo que ir a ver unos pendientes de Cornelio cerca de aquí, ¿te veo en la noche? —dijo levantándose de su lugar. Me encantaba cuando estaba trajeado, se veía tan guapo.

—Claro.

Esperé a que Santiago saliera de la casa para levantarme de la mesa del comedor.

Me fui de puntitas a la oficina de Cameron.

Me quedé observando alguna de sus obras de arte, realmente no sabía en qué pensaba él cuando las veía. Yo quería imaginar que le ayudaban a relajarse, intenté entender cuál era el mensaje.

Escuché ruido del otro lado de la puerta, si estaba ahí. Toqué quedito como si no quisiera que escuchara que lo buscaba, por alguna razón estaba nerviosa, no entendía por qué.

—¿Sí? —Escuché del otro lado de la puerta.

La abrí en silencio y me asomé.

La oficina era amplia, tenía un escritorio color café oscuro que ocupaba mucho espacio. Un librero a un lado, una sala con sillones color negro y detrás del escritorio había una ventana que ocupaba desde el piso hasta el techo, reemplazaba la pared.

Se levantó de su escritorio en cuanto me vio.

—¿Qué pasó, Elizabeth? ¿Todo bien? —preguntó mientras se acercaba a mí.

—¿Quería saber si quieres algo de desayunar? —mentí. No sabía cómo hacerle preguntas sin que me viera como una niña chiquita curiosa.

—No, gracias. Katerina vendrá en un momento e iremos a desayunar. —Me explicó.

—Entonces, ¿puedo saber qué te pasa? —pregunté agarrando valor.

—¿De qué hablas?

—No quieres que pase tiempo en la casa, me mandas a ver la ciudad como si nunca hubiera estado aquí.

—No es nada, sólo que tengo mucho trabajo y no quiero que estés aburrída. Creo que debemos volver a casa.

Cuando se refería a casa, no tenía idea de dónde se refería. Yo llamaba casa donde él estuviera. Era mi familia.

—¿A dónde? —pregunté curiosa.

Él sonrió, sabía que siempre viajábamos y en muchos de esos lugares teníamos casa.

—A Barcelona. —respondió.

Barcelona era donde yo había vivido la mayoría de mi niñez, antes de que mis padres murieran. Nuestros padres hacían negocios, yo lo conocí en una de esas ocasiones.

Se juntaban todas las noches hacer negocios, a mi familia le iba muy bien y siempre buscaba ayudar a otras personas. Los papás de Cameron estaban muy agradecidos con ellos.

Un día mis padres tuvieron un accidente en un autobús, no sabía a dónde se dirigían, no iban solos, iban con más personas. Los lograron rescatar vivos, pero no sobrevivieron la noche en el hospital. Yo estaba chica y su familia me acogió.

También estudié gran parte de mi vida escolar ahí. Al principio en escuelas privadas y finalmente terminé con clases privadas en casa.

—Está bien. Volvamos —dije mientras me sentaba en uno de los sillones—. Ahí podrás explicarme por qué haces escándalo por un pájaro muerto.

—Elizabeth, por favor, deja ese asunto en paz. No tiene nada que ver contigo. Sal y diviértete. —Su tono de voz había cambiado, estaba molesto.

—No. ¡Soy la única que no sabe lo que está pasando!

—Lo sabrás en su momento. No es grave, son personas del trabajo, ya sé quiénes son. No volverá a pasar.

—¿Están enojados contigo?

—Suficiente por hoy Elizabeth, ve a arreglarte.

Salí de la oficina de Cameron, tenía la sensación de que no era verdad lo que dijo, no después de escuchar que había mandado a investigar a Santiago.

Ahora tenía la necesidad de saber sobre ese señor Ugoni, seguido por los empleados de Cameron. Si él no me quería decir lo que estaba pasando, quería descubrirlo de otra manera.

Por la noche, fuimos a cenar al restaurante de Cameron los cuatro; Santiago, Katerina, Cameron y yo. Parecía que no había pasado nada en esas dos semanas, se reían y platicaban de los lugares que habíamos visitado. ¿Soy la única que estaba pensando mucho las cosas?

—Relájate. —Me secreteó Santiago, me ofreció una copa de vino tinto que acepté enseguida.

Para ser tan corto tiempo, me conocía mucho, sabía que seguía preocupada por lo que había pasado.

—Gracias —contesté dándole un sorbo a mi copa.

—Todo estará bien. —Me aseguró.

Me sujetó la mano todo el tiempo que estuvimos en el restaurante. De un momento a otro me sentía muy cansada, quería llegar a mi cama y dormir.

Cameron se dio cuenta de lo cansada que estaba y nos fuimos de inmediato.

Al entrar a la casa Cameron y Katerina subieron las escaleras, estaban agarrados de la mano ¿Por qué no podían ser novios?

Santiago me cargó, lo que me sorprendió al principio, me empecé a reír, no hice el esfuerzo por bajarme. Me sentía tan feliz en sus brazos, me miró, sonrió y me llevó a mi recámara.

—Te ves cansada —dijo al bajarme frente a la puerta del clóset.

—Lo estoy —confesé.

—Ponte pijama, te acompañaré hasta que duermas.

—No creo que batalle mucho en eso hoy, no sé por qué me siento así.

Bostecé.

Hice lo que me dijo antes de que dijera algo más, casi me quedé dormida en el clóset buscando mi pijama, pero él me mantuvo despierta mientras me contaba sobre su trabajo.

No creía que tener una dulcería le dejara tanto para no estar todos los días en el negocio.

Me acerqué a él y lo besé. No me cansaba de besarlo y abrazarlo. Me estaba enamorando de él y apenas lo conocía. Había muchas cosas que no sabía de él, pero no me importaba.

Se sentó en la silla que estaba alado de mi cama, no la había querido mover desde que él la puso ahí. Así tenía confirmado que nada había sido un sueño.

—Duerme, mañana hay muchas cosas que hacer. —Me ordenó cuando finalmente estaba en mi cama.

—Sí...—contesté. Quería saber qué cosas eran las que íbamos hacer, pero mi cabeza estaba dando vueltas. Tenía mucho sueño y no iba a ganar la batalla de quedarme despierta más tiempo.

Abrí los ojos para darme cuenta de que no estaba en mi cama. Me levanté asustada y con el corazón acelerado, todo estaba oscuro; estaba sobre un sillón y tenía la sensación de estar en movimiento.

El cuarto era muy pequeño, estaba envuelta en mi edredón color rosa con el que me tapé para dormir y aún traía puesta la pijama.

Intenté moverme, me caí porque estaba muy enredada con la colcha. El piso tenía alfombra así que no sentí mucho dolor con el golpe.

Una puerta se abrió y por fin entró luz. Cameron estaba agitado y se acercó a ayudarme a levantarme.

—¿Estás bien, Elizabeth? —preguntó una vez que me sentó nuevamente en el sillón.

—¿Dónde estamos? —pregunté desconcertada.

—Vamos en camino a París.

—¿Qué?

—Tengo que hacer unas cosas ahí en las cuales no quiero que te metas, así que nada de preguntas. —Me advirtió—. Santiago se ofreció acompañarnos, así que puedes salir con él mientras termino esos pendientes.

—¿No íbamos a regresar a Barcelona?

—Haremos esta parada antes.

—Cameron, ¿te puedo hacer una pregunta?

—No Elizabeth, sé a dónde vas con eso.

—No es de lo que crees.

—Está bien, hazla y te diré si puedo contestarte.

—¿Me trajiste ropa? —pregunté avergonzada.

Se empezó a reír y después salió de la habitación. Trajo de regreso una maleta negra muy grande.

—No sabía qué era lo que querías —dijo poniéndola a un lado de mí.

—Gracias —respondí. Era claro que quería bombardearlo de preguntas al mismo tiempo que quería golpearlo, pero no lo haría.

—Cuando estés lista, sal, estamos por llegar.

Cameron salió de la pequeña habitación encendiendo la luz. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad que me dolieron por un rato.

Al salir de ahí, me di cuenta de que estaba en el avión en el que habíamos llegado a Londres, no sabía que tuviera una habitación privada. Aunque pensándolo bien, creo que era un cuarto para las aeromozas, ahí podían descansar si era un vuelo muy largo.

Cameron y Santiago estaban platicando seriamente, pero al verme los dos se callaron y me voltearon a ver.

Una señorita de cabello largo y dorado estaba a mi lado ofreciéndome de tomar. Le pedí un refresco, necesitaba azúcar.

—Buenos días —dijo Santiago cuando finalmente me senté junto a él.

—Buenos días —contesté secamente, era obvio que él sabía que vendríamos.

—¿Qué te pasa? —preguntó desconcertado.

—Pudieron haberme dicho que saldríamos de viaje. No tenían que cargarme y llevarme hasta el avión. —Repentinamente sentí mucha vergüenza, que habrán pensado las personas que me vieron en el aeropuerto envuelta en un edredón.

—Estabas muy dormida. —Él me explicó—. Intentamos levantarte, pero sólo decías incoherencias. Llegamos tarde, el vuelo estaba programado más temprano.

—¿Me vieron así en el aeropuerto? —pregunté en voz baja como si alguien más nos pudiera escuchar, me estaba poniendo roja.

Cameron se empezó a reír del otro lado.

—No entramos al aeropuerto —respondió Santiago. También tenía una sonrisa en su rostro.

—Entonces, ¿llegamos directo a la pista?

—Sí. No te preocupes, tu reputación está a salvo —dijo jugando.

Sólo con eso ya me había relajado. Los dos estaban sonrientes como si todo se hubiera quedado en Londres, haría lo mismo que ellos. Era contagioso.

París, Francia

Cuando aterrizamos me di cuenta de que todos los escoltas habían estado en el avión. Nunca los vi hasta que me estaban entregando otra maleta de equipaje, parecía que había puesto toda la ropa que tenía en la casa.

Me preguntaba si Katerina vendría después o se quedaría como siempre en Londres. Supuse que así sería siempre hasta que Cameron decidiera lo contrario. Siempre lo estaba esperando, es lo que yo veía...

—¿Quieren comer algo antes de llegar a la casa? —nos preguntó Cameron en camino al carro.

No hacía tanto calor en París, estaba despejado. En cuanto llegamos al carro, un camry del año, empecé a escuchar a las personas hablar francés.

Había estudiado poco el idioma, así que no entendía muchas cosas de las que decían.

Aceptamos ir a comer en seguida. Tenía mucha hambre, sólo tenía en mi estómago el refresco que me sirvieron en el avión.

Me sorprendí cuando llegamos al lugar. Se llamaba *Azura Crêperie*, entendí en seguida que el restaurante era de Cameron. Nunca me había dicho.

El lugar era pequeño, tenía una fachada contemporánea, las paredes eran de color blanco y los muebles color negro.

Cuando entramos al lugar, me di cuenta de que los cuadros que la decoraban eran míos. Yo estudié arte, lo único que me dejó hacer Cameron y todas las pinturas que hacía se las regalaba a él. Nunca me había dicho lo que había hecho con ellas. Ahora entendía que secretamente estaba haciendo ese lugar.

Estaba lleno de personas, muchas de ellas parecían ser turistas.

Me quedé viendo un cuadro, se lo había dado hace tres años en navidad, éramos nosotros. Abstracto, claro. Recordé que se burló y me cuestionó si había intentado dibujar un gato, estaba por golpearlo cuando me dijo que era su favorito.

Con todos decía lo mismo.

Seguía sin entender porque conmigo era así. Lo miré hablando con una de las meseras, habla serio y señalando algunas cosas, no veía a ese hombre que era conmigo cuando estábamos en casa.

La mesera sonrió, coqueteó con él, como todas. ¿Podré asignarle número uno?

Se acercó y nos dijo que la siguiéramos.

—¿Es tú restaurante? —preguntó Santiago mientras nos llevaban a la mesa.

—No. Es de Cameron —contesté en automático.

—Son tus cuadros y es tu nombre el que está afuera —interrumpió Cameron sentándose en nuestra mesa.

—¿Tú los pintaste? —preguntó Santiago.

—Fue hace años —respondí apenada.

Al llegar a la mesa había pan en medio con algunos aceites a un lado. La host se retiró de ahí y el mesero llegó en seguida.

Le habló en francés a Cameron y le respondía igual. No sabía de lo que estaban hablando.

—¿Tienen planes? —nos preguntó Cameron después de que el mesero se fue.

—No tenía idea de que vendríamos a París, así que no, no tengo planes —contesté.

Aún seguía un poco molesta porque no me habían advertido que amanecería en otro país.

—Tenemos planes —interrumpió Santiago.

Cameron sonrió.

Me le quedé viendo a Santiago y luego a Cameron. Era obvio que lo planearon todo, ¿tendría algo que ver con lo que hablaron? ¿Qué tenían pensado?

—Bien. Entonces no me preocuparé porque estén aburridos —respondió Cameron.

Por la noche caminamos junto al río Sena, agarrados de la mano. Me sentía y sabía que estaba en un lugar feliz. Caminamos por largo rato sin decir nada. Cruzamos las calles, visitamos locales, nos tomamos fotos, nos detuvimos en el puente a ver los candados de cientos de personas que habían estado ahí, algún día querría tener uno.

Vimos a muchas personas caminar como nosotros.

Cuando llegamos frente a la torre Eiffel, me quedé contemplándola, su altura, su figura, color, todo... Era de noche y se veía preciosa, podría quedarme hipnotizada con esas luces.

Santiago interrumpió mis pensamientos, me di cuenta de que frente a nosotros había una mesa, sola; tenía un mantel color blanco, dos sillas, una vela larga en medio y una rosa frente a una de las sillas.

Él me invitó a que me sentara en una de las sillas.

No sabía si Santiago lo había planeado, pero me sentí halagada por el detalle. No todos los días te hacían algo así en la ciudad más romántica del mundo.

—¿Tú hiciste esto? —pregunté mientras me sentaba y él me daba la rosa que estaba frente a la silla.

Muchas personas que caminaban por ahí se nos quedaron viendo.

—Tuve ayuda...—contestó él apenado.

Imaginé que quería decir que Cameron ayudó. Sonreí.

—Gracias —dije observando la torre. Estábamos tan cerca.

Santiago sacó por debajo de la mesa una hielera, Aba se acercó a ayudar. Dentro de la hielera había: una botella de vino tinto, carnes frías, queso y aderezos. Santiago ya tenía el pan sobre la mesa.

—¿A qué se debe la ocasión? —pregunté después de que Aba nos sirviera vino y se alejara de nosotros.

—Quería hacerte una pregunta...—dijo él levantando su ceja.

Sentí mariposas en mi interior ¿De qué pregunta habla? Mi estómago tenía nudos por todas partes, estaba muy feliz. Quizá estaba bromeando.

—¿Cuál pregunta? —pregunté desconcertada.

—¿Quieres ser mi novia? —preguntó serio; estaba nervioso.

Para mí era claro que éramos más que amigos, ya nos habíamos besado y nos comportábamos como una pareja. No pensé que fuera de esas personas que ocupaban tener el título de novios, sonreí.

—No te conozco muy bien...—respondí nerviosa—. No quiero que te decepciones después.

Se empezó a reír.

—Tendríamos más tiempo para conocernos, y sobre la decepción, no creo. Eli, nos comportamos como novios, por qué no hacerlo formal...—Me explicó—. Si dices que sí, entonces tenemos toda la noche para hacernos preguntas.

—¿Si digo que no?

—Entonces, no hay razón por la cual conocernos más, ni seguir como estamos...

Sonreí.

—Está bien —respondí feliz.

—¿Qué cosa?

—Acepto ser tu novia —dije nerviosa.

Fiesta de mariposas en mi estómago. Sonreí como idiota, otra vez...

Él sonrió.

—Entonces, tenemos mucho tiempo ¿Empiezas tú o yo? —preguntó sirviéndome más vino.

No me había dado cuenta de lo rápido que me lo había tomado.

—Empiezo yo —dije tomando valor.

Se me quedó viendo, pero finalmente cedió.

Mientras el cortaba el pan, empecé a bombardearlo de preguntas.

Le pregunté de dónde era y me respondió que había nacido en Estados Unidos, no sabía en dónde exactamente. Por lo que le habían dicho parecía ser que fue en Colorado, había vivido toda su vida como yo; viajando.

Yo tampoco sabía dónde había nacido ahora que lo pensaba. Tengo que preguntárselo a Cameron, él debía saber.

Tenía veintiocho años, eso ya me lo había dicho hace días, pero quería asegurarme, cumplía en marzo 14. Estudió mercadotecnia, pero dijo que ha aprendido más por experiencia.

Su lugar favorito era Estocolmo, no entré en detalles, pero se escuchaba interesante. Le pregunté de su familia, me dijo que sabía que tenía un hermano menor, pero no lo conocía, ni siquiera sabía su nombre. No tenía idea si sus papás estaban vivos ya que él vivió en distintos orfanatos dentro de Estados Unidos.

No parecía que hubiera sufrido por falta de familia, teníamos más en común de lo que él pensaba, se veía muy feliz.

Me dijo que conoció al señor Ugoni mientras él estaba en la universidad y lo invitó a trabajar.

—¿Dónde está el señor Ugoni ahora? —pregunté curiosa.

—Debe estar en Argentina —contestó muy seguro.

—Quizá debas pasarle la llamada a Cameron cuando hables con él —dije recordando la urgencia de Cameron.

—¿Por qué?

—Cameron lo está buscando. Mandó a investigar su paradero cuando...— Mejor me callé, no sé si debía decirle que también él era investigado.

—¿Qué pasa? ¿Cuándo? Pensé que ya había aclarado ese punto con él.

—También te mandó a investigar a ti...—confesé. Me mordí el labio—. Hace eso con todas las personas, no lo tomes personal. —Intenté explicar.

—No es para menos, imagino que, en su situación, también querría saber con quién estoy tratando. Le pasaré a Cornelio cuando hable con él...

Me sonrió.

—Su situación... —repetí desconcertada.

—Por sus negocios, son muy importantes, le han de querer hacer fraude de vez en cuando.

—Quizás tengas razón. ¿Te molesta que te investigue?

—No tengo nada que ocultar.

Pensé que se enojaría por el comportamiento de Cameron, era un acosador con todos, pero estaba calmado.

Nunca había pensado en eso que dijo Santiago, quizá por eso era así, le habían de haber querido ver la cara en algún punto de sus negociaciones y entendía, se veía joven y creían que se podían aprovechar.

Mientras comíamos, me recordó que aún podía contestar preguntas.

Le pregunté cosas muy tontas, estaba nerviosa y él tener el poder de hacer preguntas me limitaba a pensar, sabía que en su turno se vengaría. Yo lo haría.

Aprendí que su color favorito era el verde, le gustaba más la playa que la ciudad, pero que prefería un chocolate caliente a un refresco. Su día festivo favorito era navidad, le encantaba la comida que preparaban en restaurantes y lo que él aprendió a cocinar.

Prometió cocinarme galletas para ese día. Quería decir que planeaba estar conmigo mucho tiempo.

Deberíamos cocinar los dos juntos algún día...

Finalmente llegué a las preguntas incómodas, le pregunté cuántas novias había tenido, me respondió que dos serias, y mejor no pregunté a qué se refería con eso. Imaginé las relaciones de Cameron y mejor no quise saber.

—¿Qué pasó con ellas? ¿Por qué no funcionó? —pregunté curiosa.

Sentía celos, pero era un pasado que no podía cambiar. Lo que no fue en mi año, no me hacía daño.

Yo sólo tuve un novio antes que él y no podía decir que fue serio porque sólo duró una semana. Cameron era quien tenía la culpa de que no supiera que era una relación seria.

—Una fue porque trabajábamos juntos y no funcionó —dijo secamente— ... y la otra me engañó, bueno me dijo que le gustaba alguien más... pero es engaño.

Parecía sincero y esperaba que se negara a darme información, pero todo me lo dio de inmediato. Creía que podía confiar en él, por eso éramos novios, me sonrojé al pensarlo.

Había llegado al tope de los puntos extras que le quería dar, todo era positivo y no le veía nada negativo. Era muy bueno para ser verdad.

—¿Ya se acabaron tus preguntas? —preguntó con una ceja levantada.

No quería que siguiera él, quería seguir preguntando, pero no se me ocurría nada. Pensé en preguntarle lo que había hablado con Cameron, pero no sabía si arruinaría el momento.

—Tengo una pregunta, pero no sé si la contestes —confesé.

—Creo que sé de cuál hablas —respondió.

Me mordí el labio inferior. Era muy obvia.

—¿Cuál crees que te voy a preguntar?

—¿De qué hablé con Timeus? ¿Cierto?

Asentí.

—Descuida, no es nada del otro mundo. Sólo que uno de los negocios que no podía concretar con Cornelio, lo hizo gracias a mí. Así que está agradecido.

—¿Eso es todo?

—¿Cómo? Es muy importante.

—Cameron siempre se sale con la suya, era cuestión de tiempo que hiciera ese negocio...

—Pues eso era.

Me reí. Tanta era mi curiosidad, que realmente para mí eso no era algo extraordinario, supongo que para ellos sí.

—¿Ya terminaste?

No quería terminar.

No sabía cómo ordenar todo lo que le quería preguntar, pero al mismo tiempo no quería verme urgida por información de su vida en una noche.

—Por hoy —contesté con una sonrisa.

—Está bien, por hoy. Sigo yo —dijo sirviendo más vino en nuestras copas.

—Adelante.

Estaba muy nerviosa y no sabía por qué, no tenía nada que ocultar.

Me preguntó cómo había llegado con Cameron si no éramos familia directa, le daba curiosidad nuestra relación. Le platicué lo que sabía y recordaba.

Yo tenía doce años cuando pisé por primera vez la casa de Cameron en Barcelona, fue justo después de que mis padres murieron en aquel accidente junto a una docena de personas más.

Le conté que cuando tenía catorce, los padres de Cameron estuvieron en un accidente aéreo en el cual no sobrevivieron, la verdad era que no recordaba mucho de ese día, me dijo Cameron que me afectó mucho.

Cameron ya era mayor de edad y me cuidó.

—¿Un accidente aéreo? —preguntó asombrado.

—Para serte honesta, esos años de mi vida son grises, creo que por el impacto lo eliminé de mi mente. Cameron me tuvo que repetir la historia —confesé.

Miré hacia la torre Eiffel, hacía mucho que no pensaba en eso y aunque dejé de esforzarme, quisiera poder platicarle a Santiago cómo me sentía, pero era como si no me hubiera dolido porque no lo recordaba.

—¿Por eso te ves nerviosa cuando vamos volando? — Santiago interrumpió mis pensamientos.

Lo miré, se mantenía serio, parecía preocupado.

Asentí.

Él sujetó su copa, estaba pensando qué más preguntar, sonrió después de unos segundos.

Eso no estuvo tan mal...

Me miró, no sabía lo que pensaba y me daba más nervios.

—Sé la respuesta de esta pregunta, pero tengo que hacerla, ¿Cameron siempre te ha tratado bien?

—Sí, creo que mejor que cualquier persona —dije sin pensarlo.

—¿Por qué a otras no?

—Digamos que no hace amigos fácilmente.

—Sí, me he dado cuenta. Contigo es diferente.

—Sí, no sé por qué, entonces esa pregunta la puedes evitar. Nunca he comprendido, mi teoría es que mis papás ayudaron mucho a los suyos.

—Eso debe ser.

Me hizo otras preguntas fáciles de contestar; mi color favorito que era el rosa, mi comida favorita... me tardé en responder, le dije que la crema de brócoli después de pensarlo mucho. Me miró extraño cuando se lo confesé.

También le compartí que coleccionaba caballos de cristal, estaban en Barcelona, que mis películas favoritas eran las de terror, que me encanta la ciudad y adoraba el calor. También le dije que era fanática del fútbol, aunque hacía mucho tiempo que no iba a algún juego.

—Entonces, sólo por curiosidad... ¿Novios? —preguntó finalmente.

Sabía que se vengaría.

—Uno. Cameron lo ahuyentó, como generalmente hace con las personas a mi alrededor, pero tenía razón. —contesté apenada.

—¿Uno? ¿Cómo se llama? ¿Por qué tenía razón?

—Tú no diste nombres...

—No me preguntaste.

Se le dibujó media sonrisa maliciosa.

—Se llama Paolo, fue un verano en Madrid. Tenía razón porque se tardó una semana después de que me dejó en tener otra novia.

—Erika la primera y Gabriela la segunda.

Me contestó los nombres de sus ex novias porque yo le había contestado su pregunta y a pesar de compartir toda esa información, sentía que aún me faltaba mucho por conocerlo.

No estaba en blanco como antes, pero no era lo mismo que me contara a que

lo viviera. Tenía que vivir más cosas junto a él para conocerlo más a fondo, verificar la información que me acababa de dar.

Ahora éramos novios, podía hacer eso.

—¿Alguna otra pregunta? —pregunté.

—Creo que, por hoy, sólo por hoy, lo podemos dejar así.

Suspiré como si me hubiera salvado de un examen difícil.

Aba se acercó para decirnos que ya era tarde y Cameron había hablado más de tres veces, estaba preocupado y quería decir que era suficiente, debíamos volver.

No le dije a Cameron en toda la semana que Santiago y yo ya éramos novios, y le pedí a Santiago que no le dijera nada, yo se lo diría en el momento indicado.

Quizá era paranoica, pero quería disfrutarlo, aunque fuera unos instantes, antes de que le pusiera un, pero.

No quería que lo ahuyentara. Tenía miedo de que Cameron no lo aprobara y en verdad me gustaba mucho, ¿cómo explicarle eso?

Santiago me decía que no tenía por qué tenerle miedo, que tuviera valor y fuera a decirle. Me recalcó que era mayor de edad y ya podía tomar mis propias decisiones. En eso tenía razón.

Por alguna razón todo lo que me decía Cameron lo aceptaba, lo que me pidiera que hiciera, lo hacía sin pensarlo, aunque me doliera o no me gustara, quizá siempre lo había mirado como un ejemplo a seguir.

Aunque también me había mentido en esos últimos días, me había ocultado información, me sentía en la sombra y eso no me gustaba.

No dije nada en días.

Un día me levanté con toda la intención de decirle, era hoy o nunca. Escuché ruido afuera, me asomé por la ventana, me di cuenta de que llovía muy fuerte. Según Cameron nos iríamos en dos días a otro lugar. Aún no iríamos a Barcelona, ese viaje debía esperar.

¿Por qué me ilusionaba? Quería ir a Barcelona, tenía dos amigos ahí, Tristán y Sofía, ¿qué habría sido de ellos? ¿Se acordarían de mí?

Tendría que esperar...

Me preguntaba si Santiago estaba en el hotel donde se estaba hospedando, esperaba que sí. Me asomé por la ventana y miré la lluvia caer con fuerza; el cielo se veía muy gris.

Me recogí el cabello, me puse mi bata color rosa que tenía colgada detrás de la puerta. Salí decidida.

Cameron estaba sentado en la sala leyendo el periódico muy concentrado, se veía tan en paz consigo mismo, hacía mucho que no lo veía así. Me senté a su lado.

—Buenos días —dijo haciendo a un lado el periódico.

—Buenos días —contesté.

—¿Quieres algo de desayunar? ¿Algo de tomar?

—Un café, está bien.

Le gritó a Roger, uno de sus escoltas.

Roger abrió la puerta que daba a la cocina, se asomó sin salir completamente de la habitación, alto de cabello oscuro.

Cameron le ordenó una taza de café y después me volteó a ver.

—Tengo algo que decirte —dije nerviosa.

Era ahora o nunca. Debía decirle que Santiago era mi novio, aunque pensándolo bien, ya debía de saber que no actuábamos como amigos, pero ahí va...

—¿Qué pasó, Elizabeth? —preguntó preocupado.

—Santiago y yo, somos novios. —Le confesé.

Se empezó a reír. Se detuvo cuando Roger llegó con la taza de café, la puso frente a mí y se fue.

—No te rías. Es serio. —Le insistí.

Me pidió disculpas con señas, se estaba acomodando en el sillón, eso no lo

hacía muy seguido. Siempre parecía un robot y no demostraba emociones.

—Me preguntaba cuándo me lo ibas a decir —dijo aguantándose la risa.

Estaba rojo porque se había reído mucho. No solía hacerlo muy seguido, creo que esa parte de él sólo la conocíamos Katerina y yo.

Me sentía de las personas afortunadas que veían ese lado de él.

—¿Me estás espiando? —pregunté después de analizar sus palabras.

—No. Aba me informó qué hicieron ese día. Supuse que no me decías porque no es serio.

—Te estoy diciendo, esto es serio para mí, no es igual que con Paolo. No quiero que lo investigues más...

—Eso no lo puedo hacer... —dijo serio.

Su mirada cambió y ya no tenía esa sonrisa que se le dibujó antes, no le gustaba que le dijera que tenía que hacer, pero tenía que entender en eso.

—Por favor, quiero conocerlo sin saber qué esperar. —Insistí.

—No lo hago para lastimarte, si no para que sepas la verdad y no te vean la cara, primero debo hablar con el señor Ugoni.

Me mordí el labio, él me había mentado, pero no era el momento de hablar de eso.

—Hazlo por mí, confía en mí.

—En ti confío. No confío en nadie más.

—¡Por favor! —Le rogué.

—¿En verdad te importa?

No me había dado cuenta del tono en mi voz hasta que me hizo esa pregunta. No era algo nuevo que me importaran muchas cosas, pero eso era diferente, él me hacía sentir diferente.

—Sí, me importa... y quiero conocerlo, no quiero un expediente de Santiago Dante que me diga quién es. —Le dije triste.

Se me quedó viendo, ¿pensará que me reiré y le diré que era broma? Se tendrá que quedar esperando toda la vida si cree eso.

—Hazlo por mí, yo no ando investigando a todas tus parejas.

Sonrió, un poco, casi nada.

—Está bien, por ti, no lo voy a investigar... —respondió después de un largo silencio—. No me gusta que me lo pidas por ti, sabes que tengo que cumplir con mi palabra.

Un arma secreta que podía utilizar, pero no quería aprovecharme, con eso podré preguntarle después más cosas, si es que hablaba en serio.

Estaba sonriendo, aunque él no se veía muy feliz.

—Nada Cameron, ni siquiera si tiene un perro, o qué le gusta de cenar y esas cosas. —Le advertí.

—Le doy un mes, si no hablo con Cornelio, lo tendré que investigar. No me gusta estar en la oscuridad.

—Pero, has hablado con él, han hecho negocios.

—No significa que sepa quién es.

—Bueno, ya lo prometiste.

—Un mes.

—Trato hecho —dije levantando mi mano.

Capítulo 5

Declaración de guerra

Madrid, España

Santiago no nos acompañó en ese viaje, tuvo que ir a Venecia de emergencia y me hablaría en cuanto estuviera libre. Nos compramos un celular cada quien antes de irnos de París para poder estar en contacto.

Cameron me dijo que era urgente llegar a Madrid. Problemas de uno de sus negocios y como siempre no quiso decirme de qué era, dijo que era mejor así que yo no tenía por qué preocuparme, él arreglaría todo.

Personalmente estaba cansada de tanto viajar. Generalmente nos quedábamos más tiempo en los lugares a los que íbamos, pero algo debía andar mal.

A todos lados me acompañaba Aba, no era nuevo, pero parecía que ahora estaba más cerca de mí. Caminé por las calles como siempre lo había hecho antes, aunque Aba sugería usar el carro, no quería, ya estaba cansada.

No la obedecí por lo que ella caminaba detrás de mí, casi a la par, antes solía caminar mucho y cuando podía me escapaba a alguna de las plazas para hacer algo de ejercicio.

Hoy tenía ganas de recorrer muchas partes, pero estaba lleno de personas que mejor busqué un lugar donde me pudiera sentar.

Llegué a una calle que tenía varios locales, me detuve frente a uno donde vendían café, me sentía mientras Aba ordenaba y revisaba mi bebida.

La miré mientras observaba como preparaban mi bebida, con paranoia y no de ella... de Cameron.

Tenía poca confianza para la humanidad...

Mi celular sonó. Era un mensaje.

—*¿Qué haces?* —*Leí que decía.*

—*Esperando a que me sirvan un café... ¿Tú?* —*Le escribí.*

Después de que Aba mirara extraño al mesero, puso el café sobre la mesa.

Sujeté el vaso, estaba caliente, esperaba que fuera lo que pedí. Soplé para enfriarlo un poco y le di un trago, estaba bien, no me podía quejar.

Se volvió a escuchar el tono de mi celular.

—*Trabajando, me desocupo en dos semanas. —Leí.*

¿No lo vería hasta dentro de dos semanas? Para entonces ya sería octubre y no sabía si aguantaría tanto tiempo, quizá debería pedirle permiso a Cameron de que me dejara ir a Venecia, así podría hacer sus negocios solo sin que yo fuera un estorbo.

Lo extrañaba, sentía feo, como si pudiera conocer a alguien más mientras estaba allá.

Estaba trabajando, me repetí una y otra vez.

—*No sé si esté en Madrid. —Le escribí.*

Escuché ambulancias pasar. Se escucharon por lo menos tres. Las personas se quedaron calladas, algunas se levantaron a ver lo que ocurría, pero nadie hizo nada. Yo tomé de mi café.

Mi celular volvió a sonar.

—*No te preocupes, en donde estés, te visito. Ten cuidado. No te vayas a encontrar con Paolo. —Leí.*

Sonreí. Si recordaba nuestra conversación.

No había pensado en Paolo desde hace mucho tiempo, no desde que sabía que era mentira que me quería, sin contar que le conté a Santiago de mi relación fugaz.

—*No debes preocuparte por eso. —Le escribí de regreso.*

Aba estaba hablando por teléfono cuando terminé de enviar el mensaje. Se veía seria, no demostraba emoción.

Había mucho movimiento en las calles. Las personas se veían aceleradas, aunque no sabía si era porque no tenía mucho que hacer y sentía que todos los demás estaban muy ocupados.

Estaba aburrida...

—¿Elizabeth? —Escuché que me preguntaron.

Miré hacia arriba, era un joven alto, delgado, de cabello oscuro al igual que sus ojos; al principio no lo reconocí hasta que recordé, era Paolo.

No sabía si responder.

—Paolo —dijo en voz baja.

Me estaba recordando su nombre, quizá estaba viendo mi expresión de confusión.

Él se sentó sin pedir permiso.

Aba volteó a ver, pero no se acercó, seguía en el teléfono.

—Sí, sé quién eres —respondí.

—¿Qué haces en Madrid? —preguntó como si habláramos todo el tiempo.

—Visitando. —Me limité a decir.

—Te ves diferente a la última vez que nos vimos.

—Sí, he cambiado.

—¿Sigues viviendo con Timeus?

Asentí.

—Sería bueno platicar con él después.

—No creo que él piense lo mismo.

Él sonrió maliciosamente.

—Eso imaginé. Aunque hay temas que quisiera discutir con él, ¿harás algo en la noche?

—Pensé que tenías novia.

—Ya no.

—Yo sí tengo novio, así que no estoy disponible en la noche. —Mentí la segunda parte.

Él se me quedó viendo fijamente.

No parpadeé en lo que pareció una eternidad.

—¿Siguen quedándose en donde se quedaron la vez pasada? —preguntó

Paolo curioso.

—Nos tenemos que ir —dijo Aba acercándose a la mesa.

Paolo se le quedó viendo, pero no se levantó. Yo no quería seguir ahí, sentí raro que Paolo me estuviera invitando nuevamente a salir después de cómo terminaron las cosas.

Me levanté de mi lugar y seguí a Aba, no me despedí, no le dije nada.

Una camioneta color negro, *Escalade*, con vidrios totalmente polarizados se detuvo frente a nosotros en seco.

Roger salió de ahí, dijo que me apurara.

No entendía lo que estaba pasando. Aba me indicaba el camino. Me subí en la parte de atrás de la camioneta, era nueva.

Cameron no estaba, me pregunté qué estaba pasando.

Miré hacia donde estaba la mesa, Paolo ya no estaba ahí. Sentí alivio.

—Señorita Azura, póngase el cinturón. —Roger me ordenó una vez que se detuvo frente a un semáforo que estaba en rojo.

Me lo puse sin preguntar nada. Cameron debía haberlo enviado, tenía que haber una urgencia para que lo haya mandado a buscarme.

—¿A dónde vamos? —pregunté curiosa.

Mi celular sonó.

—*No me preocupo, confío en ti. Hablamos después, tq. —Leí.*

No podía dejar de sonreír, Tq; Te quiero. Me hizo sentir muy bien, aunque me daban más ganas de ir a verlo o que él viniera.

Por un momento olvidé en donde estaba.

No le contaría que vi a Paolo, no significaba nada para mí y le dejé en claro que tenía novio, no quería crear un conflicto donde no había nada.

—*Hablamos después. Tq. —Le escribí.*

Me di cuenta de que Roger no dio la vuelta en dirección a la casa. Se siguió derecho, empezó a subir la velocidad, comencé a ponerme nerviosa.

—¿A dónde vamos? —volví a preguntar. Esta vez mi pregunta exigía respuesta.

—Ya casi llegamos. —contestó Roger sin verme.

Se detuvo frente a unos departamentos, no se veían tan bonitos como en los que nos quedamos en París, pero estaban bien. El edificio era de cinco pisos, debía haber por piso diez apartamentos; era color azul claro, con algunos grises oscuros.

Aba se bajó de la camioneta antes que todos, me abrió la puerta, me dijo que la siguiera.

Roger se esperó hasta que Aba se detuvo en el tercer piso. La seguí sin decir nada con la sensación de que alguien nos estaba siguiendo.

La camioneta abandonó el estacionamiento cuando Aba abrió la puerta para el departamento 304.

Dentro del departamento había un sillón, una mesa con una silla y una cama. No era como todos los lugares a los que había ido. No conocía ese lugar. Tenía miedo.

—Estaremos aquí hasta que el señor Timeus diga lo contrario.

Me senté en el sillón. ¿Qué estaba pasando? Nadie me decía nada, ¿cómo pensaban que iba a reaccionar bien? Estaba preocupada. Recordé las ambulancias, esperaba que no le haya pasado nada.

Saqué mi celular y le intenté marcar, me mandaba directo a buzón.

—¿Dónde está Cameron? —pregunté nerviosa.

—Él hablará cuando podamos regresar a su casa, no se preocupe —contestó secamente.

Detestaba que me contestara así, era un robot. No me decía nada, me preguntaba si tenía que ver con los pájaros muertos. El silencio en el cuarto me iba a volver loca...

Habían pasado tres horas, no sabía qué estábamos esperando. Me estaba empezando a dar hambre y sueño, Aba había estado sentada muy derecha, pareciera que no tenía sueño ni hambre como yo.

Bostecé mirando el celular, los minutos parecían horas. Ya había pasado mucho tiempo. Me sentía excluida y olvidada del mundo.

Aba se quedó dormida, me di cuenta después de media hora. Me levanté del sillón, me acerqué a ella, la vi, estaba completamente dormida. Lo escuché en su respiración y en sus brazos que caían a su lado, no había dormido en muchos días. Era cuestión de tiempo.

Me alejé, miré la puerta, la abrí lo más silencioso que pude. Era de noche, el cielo estaba despejado, se escuchaban sirenas de ambulancias, más que en la tarde.

Miré al cuarto, Aba seguía dormida.

Cerré la puerta. Tenía que buscar a Cameron. ¿Qué estaba pasando?

Sabía en donde estaba, había estado en Madrid antes.

Caminé por la banqueta, pasaban pocos carros por la calle, aún escuchaba sirenas de ambulancias, aunque también pudieran ser de policías.

El tono de mi celular me asustó, era Santiago.

Contesté enseguida.

—Santiago —dije.

—Eli, terminé por hoy. ¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien, y ¿Tú? —pregunté mientras caminaba.

—¿Por qué secreteas?

No me había dado cuenta, estaba hablando muy quedito, como si alguien más me pudiera estar escuchando.

Estaba a tres cuadras de la casa, no me podía detener ahora.

—No sé —contesté igual.

—¿Qué pasa?

—No te vayas a preocupar ¿Está bien?

—Creo que eso me preocupa más...

—Entonces, no te digo.

—Eli, ¿qué pasa?

Una cuadra más...Después de pensarlo, finalmente le dije —Creo que algo anda mal...

—¿Cómo que algo anda mal? —Se escuchó más que preocupado.

—En la tarde me llevaron a un departamento y me mantuvieron ahí encerrada. Aba se quedó dormida y como Cameron no contesta... estoy preocupada por él. —Le expliqué.

—¿Pero sigues con Aba?

—No, voy a la casa.

—No, no te muevas. Regresa con Aba. —Él insistió.

—Tengo que saber que Cameron está bien.

—Eli, maldita sea, no te pongas en peligro, por algo te mandaron ahí. Voy para allá...

—Estás en Venecia... No te preocupes.

—No es sugerencia, voy para allá...

Me colgó.

Nunca me había hablado así. Estaba muy enojado y otra vez sentía que sabían algo que no me querían decir. Era una persona adulta, no una niña que no entendía nada.

Sus palabras estaban en mi cabeza, tenía que mantenerme a salvo.

No quería regresar al departamento, ese lugar me daba claustrofobia y Aba estaría furiosa porque me fui.

Seguí caminando hasta la calle donde estaba la casa. La única en color melón. Se veía muy silenciosa, como si no hubiera nadie. Me asomé por la reja, los carros no estaban, pero la reja se abrió al recargarme.

Siempre le ponían candado para que no entrara ni saliera nadie. Empujé la reja color negro y se deslizó lentamente. La emparejé detrás de mí, así parecía que no entré. Nunca me había sentido tan nerviosa como en ese momento, estaba temblando.

Atravesé el jardín que estaba enfrente de la entrada, todo seguía en calma. Sólo estaba prendido un foco que iluminaba la puerta principal color café.

No vi mucho de lo que había a mí alrededor. Cuando me acerqué a la puerta, me di cuenta de que estaba abierta.

No se escuchaba nada, estaba en completo silencio. El único sonido que había era el de mi respiración. Mi corazón se aceleró, no estaba preparada para entrar, pero estaba muy preocupada.

Empujé la puerta con miedo, si algo estaba pasando en la casa, entonces estaría en problemas.

La puerta se detuvo a la mitad; se atascó con algo, entré por la pequeña apertura que dejó la puerta y me di cuenta de que estaba pisando algo, un líquido.

Miré al piso, con la poca luz que había, vi bajo mis zapatos que había un charco oscuro que provenía detrás de la puerta. Me agaché. ¿Qué era eso?... Toqué el líquido con un dedo; la consistencia era espesa, me di cuenta de lo que era: sangre.

Me asusté como nunca me había asustado en mi vida. Empecé a temblar, sólo tenía en mi mente a Cameron, ¿le pasó algo?

Respiré profundo intentando calmar los latidos de mi corazón, estaba acelerado, sentía que se iba a salir de mi cuerpo.

Me asomé a ver quién estaba detrás de la puerta.

Me di cuenta de que Roger estaba en el suelo, parecía que estaba muerto, empecé a marearme.

No sabía de dónde provenía la herida.

Escuché un sonido dentro de la casa. Me tenía que ir, quizá seguían ahí y no quería terminar como él. Mi corazón seguía a mil por hora, no sabía qué haría saliendo de ahí.

Mirando hacia dentro de la casa, retrocedí silenciosamente.

Choqué contra algo suave, mi corazón se empezó a acelerar más, mi cabeza dio vueltas.

Miré atrás y juré ver a Santiago. Caí al suelo.

Estaba en un lugar cómodo, me sentía muy pesada, como si hubiera dormido por días. Recordé lo que estaba haciendo antes, no quería abrir los ojos, ¿y si no era Santiago? ¿Si me secuestraron?

Sentí dolor en mi mano derecha. Una aguja entraba por una de mis venas. La moví y el dolor se incrementó.

—Elizabeth. ¿Estás despierta? —Escuché que me preguntó una voz familiar.

Abrí los ojos, todo me daba vueltas. Cuando enfoqué bien me di cuenta de que estaba en un hospital; el techo era blanco, como casi todo lo que estaba en el cuarto.

Cameron estaba sentado a mi lado, viéndome fijamente y no tenía expresión de felicidad.

Quise volver a cerrar los ojos, pero era muy tarde.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado y a la vez enojado.

—¿Dónde está Santiago? —pregunté pensando en lo que había visto.

—Su vuelo aún no llega. Está por aterrizar.

Miró su reloj para asegurarse de lo que me dijo era cierto.

Tendría sentido, estaba en Venecia. No podía haber sido un vuelo tan corto... ¿A quién vi? ¿Cómo llegué aquí?

—¿Sabes lo que hiciste? —preguntó Cameron enojado.

—Estaba preocupada por ti... y luego Roger... —dije intentando recordar.

—Si yo ordeno algo, es para que lo cumplas y no estés de curiosa donde no se te solicita.

—¡Entonces dime qué está pasando! —Le exigí.

—Habrá tiempo para eso, ahora estarás en observación y te podrás ir mañana —dijo más calmado.

—¿Cómo llegué aquí? —pregunté mientras me sentaba.

No me sentía mal.

—Te encontré tirada en la sala de la casa —respondió serio.

—No recuerdo haber entrado hasta la sala...

—Supongo que estabas en shock.

—Y ¿Aba?

—Está despedida. No puede dormirse en el trabajo.

—Quiero saber qué pasa.

—Debes comer algo, nada de preguntas.

Cameron ordenó una sopa con verduras y pollo. La trajeron enseguida, me dijo que haría una llamada, estaría afuera. Me repitió muchas veces que no me levantara, si no, se iba a enojar.

Me quedé comiendo; prendí la tele, busqué noticias sobre lo que había ocurrido, no encontré nada. No supe si tenían algo que ver las ambulancias o era coincidencia.

La puerta se abrió. Me sorprendí cuando vi a Santiago, aún seguía pensando que lo vi antes de llegar ahí. Se veía cansado, agitado y preocupado.

Se acercó y me besó.

—¿Qué estabas pensando? —preguntó enojado.

—Perdón... Estaba muy preocupada, tenía que ver si Cameron estaba bien...

—contesté arrepentida de no hacerle caso.

—No me puedo ir dos semanas sin que te metas en problemas.

Se escuchaba serio y enojado. Estaba preocupado.

—No pasó nada, fue el susto. Estar en el hospital empeora como se ve, pero te aseguro que estoy bien.

—Bien. Eso es bueno, me tranquiliza saber que estás bien.

—¿Crees que tenga que dar mi declaración?

—¿De qué hablas?

—Roger, uno de los escoltas de Cameron, lo vi...

Recordé la escena, no se veía nada bien, me dio nauseas, alejé el plato.

—¿Lo viste? —preguntó confundido.

—Muerto.

—¿Viste quién lo mató?

Negué con la cabeza.

—Entonces, no hay nada que declarar. Sólo perderás tu tiempo y si no tienes evidencia no procederá, quizá hasta te puedan ver como sospechosa. —Me explicó.

Lo miré, quería poder hacer algo para ayudar a que Roger tuviera justicia.

No sabía qué era lo que pasó, pero supuse que no querían atacarlo a él, sino a Cameron. Era lo obvio, al menos que Roger hubiera estado involucrado en otras cosas.

—Descansa. Aquí estaré. —Santiago interrumpió mis pensamientos.

Cameron y Santiago me trataron como niña chiquita lo que restó del mes.

Habíamos regresado a Sicilia, de esa manera Santiago podía ir y venir de Venecia más fácil.

Creo que se estaba ganando la confianza de Cameron.

Ya no había pasado nada, todo estaba tranquilo.

Cameron había cambiado a su equipo de seguridad después de lo que ocurrió en Madrid. Ahora quien me cuidaba era una mujer alta, delgada, con el cabello dorado y de ojos color café. Sentía que se parecía a todas las parejas de Cameron.

Su nombre era Cristina y si pensaba que Aba era intensa, ella era más, pero más comunicativa, no me podía quejar en eso.

Paradiso Blu se había convertido en mi lugar favorito. Estaba muy segura ahí y Máximus aún me recordaba.

Ya me dejaban cabalgarlo sola, no se había puesto nervioso. Se portaba tan bien.

Me detuve en el recibidor a esperar a que Cristina fuera por el carro para irnos cuando vi que Cameron salió de su oficina, se despedía de una mujer de cabello dorado, era número tres de la semana.

Ella siguió a los guardias de Cameron a la puerta.

Dejó que la escoltaran y le enseñaran la salida por la que no volvería a entrar, ¿sabrían que las usaba por una noche?

Cerré los ojos, esa parte de Cameron era la que detestaba, sólo cuando estábamos en Londres lo perdonaba.

—¿Ya te vas? —me preguntó.

—Cristina traerá el carro y nos vamos —respondí.

—Bien. Antes de que te vayas, acompáñame.

—¿A dónde?

Él caminó a su oficina, no sabía si quería entrar después de que vi que salió con aquella mujer, pero lo seguí de todos modos.

Abrió la puerta y me dejó pasar.

Había un escritorio con una computadora y varios papeles al fondo, detrás de él, un librero que ocupaba toda la pared, lleno de libros de todos tamaños.

Dos sillones color rojo individuales estaban frente al escritorio, y por donde pasamos había otros dos sillones con una mesa frente a ellos. Había una jarra para café y dos tazas a un lado que acababan de usar.

—Creo que nunca había entrado aquí —comenté viendo que tenía cuadros de algún artista que no conocía y después en su escritorio una foto de él y mía.

—No estaba terminado —respondió.

—¿Querías que viera cómo quedó?

Me señaló su silla en el escritorio para que me sentara. Lo obedecí.

—Sabes que no soy bueno hablando —dijo recogiendo unos papeles que se encontraban frente a mí.

—¿Investigaste a Santiago? —pregunté intentando adivinar.

Cuando investigó a Paolo, tenía la misma cantidad de papeles y tampoco

sabía cómo decírmelo.

—No, sabes que cumplo con mi palabra —contestó ofendido.

—Perdón, pero la vez pasada así fue.

—¿Crees que tendría esta expresión?

Negué con la cabeza, lo miré, no me decía nada y pregunté— ¿Entonces?

—Sé que últimamente te he dejado en la sombra, crees que no te digo cosas y que las oculto para hacerte daño.

Parecía que ensayó y estaba nervioso.

Me entregó dos hojas. Era una lista muy grande, alcancé a ver algunos nombres conocidos, Timeus Grill, Azura Crêperie, Paradiso Blu, Caramelle Dolci...

—¿Qué es esto? —pregunté leyendo la lista.

—Esta lista, es lo que hago —contestó recargándose en el descansabrazo de la silla.

—¿Son todos tus negocios?

Debían haber más de cincuenta en la lista.

—Nuestros negocios. —Me corrigió.

—Tú haces todo.

Se le dibujó mitad de una sonrisa.

—Por ahora, en un futuro querré que me ayudes, pero te lo muestro para que sepas que, con uno, una persona normal se volvería loca. Imagínate tener sesenta y cuatro.

Mis ojos se abrieron de más cuando escuché el número.

—¿No te vuelves loco?

Negó con la cabeza.

—Te tengo a ti para que hagas eso por mí.

Sonreí.

—Tenemos muchos empleados, familias de las que dependen de nosotros, amigos, socios, enemigos...es normal, y necesito que confíes en mí como siempre lo has hecho para resolver este problema.

—¿Era tan difícil explicarme eso?

Sonrió como sólo él sabía hacerlo, porque no parecía una sonrisa.

—Creo que siempre pensaré que estás chica para que entiendas estas cosas.

—Ni que fueras el hombre más viejo del mundo —respondí jugando.

Sonrió.

—Anda, ve a Paradiso Blu antes de que se haga tarde.

Me levanté de la silla, lo abracé, le devolví el listado. Él se volvió a sentar en su silla y miró la computadora, estaba trabajando.

Sonreí y después salí de su oficina.

Cristina me vio a lo lejos, detrás del barandal donde le dije que se quedara.

Vi llegar a Santiago, tenía una rosa en sus manos. Intercambió palabras con Cristina, supuse que la estaba saludando. Me acerqué con Máximus.

—Se ve bien —dijo Santiago al verme.

Me bajé del caballo y corrí a él. Me cargó y lo abracé con fuerza. Se había ido por tres días, lo extrañaba mucho.

Me entregó la rosa que tenía mientras me dejaba en el suelo.

No quería admitirlo, pero creo que lo amaba. Él no me lo había dicho y yo no lo haría hasta que él lo hiciera.

La verdad era que no sabía cómo funcionaban las relaciones.

—¿Acabas de llegar? —pregunté.

Empezamos a caminar al hipódromo.

—Hace una hora. Puse mi maleta en la habitación del hotel y vine. —Me platicó.

—Esperaba pudieras llegar, pensé que tendrías mucho trabajo.

—Tengo mucho trabajo, pero prefiero verte.

—Espero no te despidan.

—Descuida, tengo todo bajo control.

Él sonrió. Se acercó y me besó.

—Te quiero mucho —le dije queriendo decir que lo amaba.

—Yo también. —Me volvió a besar.

Estuvimos todo el día ahí, vimos carreras y cenamos en el restaurante. Era como una ciudad en la cual me podía mover libremente.

—¿Cómo ves a tu nueva amiga? —preguntó Santiago mientras cenábamos.

—Es mejor que Aba. Aunque no hemos estado en ninguna situación de peligro como la vez pasada. —Le platicué.

—¿Ella si habla?

—Algo. Estoy empezando a entender que es parte de su trabajo.

—Quizá lo es.

—¿Quieres ir a la casa? —pregunté nerviosa.

Quería meterme a bañar, sabía que debía oler a establo.

Él sonrió.

Le cambié el tema drásticamente.

Pagó la cuenta y poco después estábamos saliendo de Paradiso Blu.

Cristina manejó a casa, había sacado su celular, sabía que le informaba a Cameron que había decidido moverme e íbamos a casa. No se le escapaba nada.

—Entiendo señor... Con todo respeto, no creo que sea buena idea... por el caso mandarín... yo le advierto...entiendo...

Escuchaba toda la conversación, pero no sabía lo que decía Cameron ¿Qué era el caso mandarín? ¿De qué estaban hablando?

Cristina colgó. Nos miró por el retrovisor.

—Señorita Azura, le voy a pedir que no se asuste... —dijo seria.

Era como si me hubiera dicho, *asústate lo más que puedas*, Santiago me sujetó la mano fuertemente.

—¿De qué hablas? —pregunté curiosa.

—Iremos a su casa, pero ha ocurrido un incidente, el señor Timeus está bien.

No sabía qué debía pensar.

Ahora lo tenía muy claro, tenía tantos negocios que atraía a personas malas. Entendía la razón de su protección, pero que hubiera un incidente, ¿otra vez? ¿Alguien resultó herido? ¿Murió?

Pensé que después de los días tranquilos ya se había solucionado todo.

No dije nada en todo el camino, estaba intentando adivinar qué pasó. Santiago estaba serio y viendo a la ventana, esperaba que eso no lo estuviera involucrando en problemas relacionados con Cameron. No quería que le pasara nada.

Al llegar a la casa, había patrullas estacionadas y una ambulancia. Me bajé del carro antes de que Cristina pudiera abrirme la puerta.

Santiago iba detrás de mí, no decía nada; él tampoco sabía lo que estaba pasando.

Cameron estaba sentado en la sala, había dos policías sentados frente a él; lo estaban interrogando. Por el pasillo a la otra sala que daba al patio; había personas vestidas de blanco tomando fotografías al suelo.

Estaba lleno de sangre.

—¿A quién atacaron? —Escuché que Santiago le preguntó a uno de los que estaba tomando la foto.

—A la señorita Jimena Montes —contestó el señor.

¿Jimena? Ella era tímida, callada, obediente, buena... ¿Qué pudo pasar para que la atacaran? Y que hayan entrado a la casa. Me daba la sensación de que me dio en Londres, no estábamos solos en la casa, ¿qué tal si seguían ahí? Escondidos, esperando a que la policía se fuera.

—Todo va a estar bien —dijo Santiago abrazándome.

Me dio un beso en la cabeza.

Cuando la policía finalmente se fue, Cameron se acercó conmigo. Me abrazó y dijo que lo acompañara a la oficina, Santiago debía esperar.

—Jimena está viva, se pondrá bien —dijo Cameron antes de que yo pudiera decir algo.

Sentí un gran alivio.

Lo seguí a la oficina donde habíamos estado en la tarde, se veía recogido.

—¿Quién la atacó? ¿Por qué?

—Como te dije por la tarde, por todo lo que tenemos, creamos enemigos, Los que están ocasionando todo son ex empleados y porque quieren hacerme enojar. Los despedí y nadie los quiere contratar.

Entendí lo que dijo, me lo explicó en la tarde. Sabía que no todo podía ser color de rosa, pero recurrir a la violencia, ¿era realmente necesario?

Si sabía quiénes eran, entonces debía hacer algo, poner una denuncia o meterlos a la cárcel.

—Nos iremos a Londres... ahí estaremos más seguros... —dijo serio.

Pensé en Katerina, con ella se debía sentir así, seguro, como yo me sentía cuando estaba con Santiago.

Asentí, me levanté de la silla donde me había sentado. Santiago debía seguir afuera.

—Si quieren guerra, guerra tendrán... —Escuché que susurró cuando yo estaba saliendo de la oficina.

Capítulo 6

Noche de brujas

Londres, Inglaterra

Ahora sí me declaraba cansada, agotada, rendida. No quería ver aviones en mucho tiempo.

Por días no salimos de la casa, Cameron se la pasaba en su oficina y Santiago había regresado a trabajar. Prometió regresar para Halloween, habría una fiesta de disfraces en la que Cameron tenía que estar presente.

Cristina me seguía a todas partes, incluso dentro de la casa. Era desesperante, el único lugar donde podía estar sola era mi cuarto, pero ya me había aburrido de estar ahí.

Estaba en la cocina.

Empecé a sacar todo lo que encontraba en el refrigerador, quería cocinar algo para distraerme y hacerme olvidar que algo estaba pasando; ahora entendía lo que hacía Cameron, pero me sentía apartada y al mismo tiempo en medio de la guerra.

—Señorita. ¿Qué hará? —me preguntó Cristina curiosa.

La miré, en verdad me estaba hablando, sonreí.

—Me puedes decir Eli, o Elizabeth, si te hace sentir mejor. —Le aclaré—. Y aún no sé lo que haré.

—Conozco una receta de galletas, tiene todos los ingredientes necesarios, ¿Le enseño?

—Sólo si me ayudas...

Cristina se me quedó viendo. Quizá crucé una línea, pero si iba a estar encerrada mucho tiempo y ella me seguiría a todas partes, por lo menos que hablara conmigo.

Katerina no viene seguido y cuando lo hace se la pasa con Cameron. En mi cabeza ya eran novios.

—Está bien. —Cristina interrumpió mis pensamientos.

—¿En serio? —pregunté con una sonrisa.

—Sólo por hoy.

Ella hizo una pequeña sonrisa, casi no se veía. Hizo a un lado lo que no necesitaríamos y después de que saqué la leche y los huevos, empezamos a cocinar.

Cristina era muy ágil y buena en lo que estaba haciendo. ¿Le habrían enseñado a cocinar en donde entrenó para ser escolta?

A veces quería saber de esas cosas, sólo sabía correr, el ejercicio de todos los días...

Me puse nerviosa, era perfeccionista. Una vez que formó la masa, la aplanó e hizo recortes de galletas muy exactas.

Miré mis galletas y estaban mal recortadas, apenas y parecían círculos. Me faltaba práctica.

Cristina me observaba de vez en cuando, no sabía qué era lo que pensaba porque su expresión era neutra, ¿estaba feliz? ¿Se estaba riendo de mis galletas?

Mi celular sonó.

—*Llegaré un día antes :) —Santiago escribió.*

—*¡Perfecto! Iremos por nuestro disfraz, tqm. —Le escribí.*

Dejé mi celular a un lado, estaba muy feliz porque llegaría justo a tiempo. Ya no contestó. Cristina y yo terminamos de hacer las galletas.

—¡NO! ¡NO TE LO VOY A PERMITIR! —Escuché la voz de Katerina. Estaba gritando.

Cristina se puso frente a mí y se acercó a la puerta.

—¡NO GRITES! —gritó Cameron más fuerte que ella.

Hacía mucho tiempo que no lo escuchaba así de enojado.

—¡NO HAGAS ESTUPIDECES ENTONCES!

—¿ESTUPIDECES? ¡NO ES UNA ESTUPIDEZ!

—¡SÉ QUE ESTÁ MAL! ¡NO JUEGUES CON FUEGO! ¡TE VAS A QUEMAR Y YO NO ESTARÉ PARA APAGARLO!

—¡VETE DE MI CASA SI NO TE GUSTA!

—¡ESO ES LO QUE HARÉ! ¡NO ME HABLES DESPUÉS LLORANDO!

—¡YA ESTARÍAS AFUERA!

Salí de la cocina. Estaban en el recibidor, ella tenía la puerta abierta. Me miró fijamente, parecía que quería llorar, nunca la había visto así de frágil.

Él estaba frente a ella, no le podía ver la cara.

¿De qué estarían discutiendo? Estaban bien hace unos momentos.

—Eli, espero verte pronto... —me dijo Katerina más calmada.

Salió de la casa sin despedirse.

¿Podría haberse ido para siempre? Cameron cerró la puerta, se dio la media vuelta; estaba rojo, muy enojado. Me miró, pero no dijo nada. Caminó por el pasillo y después se encerró en su oficina.

Quería saber qué estaba pasando. ¿Qué no le iba a permitir Katerina?

—¿Querrá las galletas? —preguntó Cristina detrás de mí.

Tenía la bandeja en sus manos, estaban listas.

Tuve una idea.

—Se las llevaré a Cameron, ¿puedes esperarme? —pregunté quitándole la bandeja.

—Claro, estaré aquí...

Cristina se sentó en el sillón de la sala, yo caminé por el pasillo lleno de pinturas. Estaba nerviosa, no sabía en qué humor estaría, esperaba que calmado cuando me vea.

Toqué la puerta.

Esperé a que me dijera que pasara, pero abrió la puerta.

—¿Galletas? —pregunté nerviosa.

Le enseñé la bandeja, me dejó entrar.

Me senté en uno de los sillones que había ahí, él no dijo nada, no lo haría.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada.

—Sí —contestó secamente.

—Me refiero a lo que pasó hace rato...

—Ya se le pasará.

—Se escuchaba enojada...

—No sigas Elizabeth, son problemas entre nosotros. Esa mujer está loca, pero cuando se calme regresará.

Agarró una de las galletas y la mordió.

—Está bien.

—Están ricas —dijo de mejor humor.

—Iré a dormir.

—No te olvides del evento. ¿Ya elegiste disfraz?

—Aún no, pero no te preocupes, no lo olvidaré.

Me levanté, dejé las galletas en el escritorio frente a Cameron, no tenía hambre así que mejor que se entretuviera comiendo antes de que fuera a explotar.

Estaba por salir cuando Cameron me detuvo.

—Ya hablé con Cornelio, gracias por pasarle mi recado a Santiago. Un trato es un trato, no lo investigaré —me dijo.

—Gracias.

Los días pasaron más rápido de lo que pensé, me había dedicado a correr y aprender a cocinar, me había distraído de todo lo que había estado pasando en la casa.

Mañana debía de llegar Santiago, no había sabido de él en dos días. Miré mi celular, le envié algunos mensajes, saludando, preguntándole cómo estaba, pero nada.

¿Me debería de preocupar? ¿Le debía de marcar? Éramos novios, podía marcarle...

Presioné los botones y finalmente me dio tono.

—¿Eli? —preguntó.

Sentí mariposas. Al mismo tiempo estaba enojada, me hacía preocuparme por nada.

—¿Santiago? ¿Está todo bien?

—Sí, tuve un par de días muy pesados, pero creo que ya terminé.

—Pensé que algo te había pasado.

—No, para nada. Te pido una disculpa, debes estar molesta.

—No, sólo preocupada. No sé cómo funcione esto, no sé si exageré.

—Fue mi error por no reportarme, pero estaré mañana contigo.

—¿De verdad?

—Así es.

—Entonces cuelgo antes de que cambies de opinión.

Sonreí.

—Nos vemos mañana, te quiero.

—Y yo a ti.

Colgué.

¿Debería estar molesta? Estaba preocupada más que enojada, y ahora sentía como si hubiera hablado con él todo el tiempo.

Cameron era así con Katerina, quería imaginar. No le ha de hablar en días, pero la diferencia era que Santiago sólo me tenía a mí, esperaba...

Me iba a volver loca. Eso del amor era complicado...

Me levanté muy emocionada, lo iba a ver, Santiago debía llegar pronto.

Me metí a bañar y después me arreglé más de lo normal; estaba cantando,

muy feliz, por fin podría salir de compras y él me acompañaría.

Cuando salí del baño me di cuenta de que mi ventana estaba abierta, sentí escalofríos recorrer mi espalda. Me acerqué y me asomé; sólo vi el jardín.

Cerré la ventana y por si acaso me asomé debajo de la cama, no encontré nada. Miré a mi alrededor, no sabía por qué entré en pánico, todo estaba bien. No pasaba nada.

Cristina revisaba la casa periódicamente por precaución, así que no debía preocuparme.

Salí del cuarto y cuando bajé las escaleras me di cuenta de que Santiago ya había llegado. Estaba platicando con Cameron.

Al verme, se levantaron los dos.

—Buenos días —dije acercándome a ellos.

—Buenos días —respondieron los dos al mismo tiempo.

Después de decirme que no me alejara tanto, Cameron subió las escaleras. Me dejó sola con Santiago, Cristina no estaba por ningún lado.

—Pensé que llegarías más tarde —dije estando frente a él.

—Quería sorprenderte —respondió con una sonrisa.

Me sujetó de la cintura, me acercó a él, me miró a los ojos. Me sonrojé, se acercó y me besó. Lo extrañaba tanto, quería estar con él todo el tiempo.

Mientras desayunábamos me platicó un poco de su viaje, decía que era rutinario y no había muchas novedades. Sólo ese par de días que estuvo saturado no durmió ni comió bien por el estrés, pero que dejó listo todo para poderse quedar más tiempo.

Eso me hacía feliz.

Cuando le pregunté cuánto tiempo se quedaría ahora, no supo responderme, me dijo que no dependía de él, pero intentaría estar conmigo lo más posible.

—Quizá algún día te pueda acompañar y así no será tan rutinario —le dije seriamente.

—Quizá algún día Cameron te deje. —Él sonrió.

—Creo que soy mayor de edad para decidir eso.

—Aun así, él se preocupa mucho por ti.

—Lo sé, pero sabe que eres bueno para mí. Tendrá que hacer sus excepciones.

—Sí, me parece.

Cristina nos acompañó al centro comercial, nosotros entramos a muchas tiendas buscando el disfraz perfecto para la ocasión.

Agarré muchos y entré al probador, Santiago hizo lo mismo.

Primero me probé uno de enfermera, me sentía extraña con ese disfraz; era muy corto y no sería aprobado. Me puse uno de gitana, no me gustaba cómo se me veía.

Había estado más de una hora ahí, me probé de todo: pirata, sirena, princesa, policía, astronauta, vaquera, mujer maravilla, calabaza, incluso de fantasma, ninguno me hizo feliz.

Finalmente me probé uno de una bruja, era perfecto. El sombrero era muy largo color negro y no era el típico disfraz que era con capa. Era un vestido color negro, con un corsé y la falda corta, pero no tanto, tenía volumen por el tul.

Debía usar medias negras o algún otro color, las botas eran de tacón y puntiagudas.

Podría usar el cabello suelto, me miré al espejo.

—¿Señorita Azura? —Escuché la voz de Cristina.

Me asomé.

—Ya casi estoy lista —respondí con una sonrisa.

Ella asintió y salió del probador.

Después de recoger todo lo que había tirado en el suelo, salí con dificultad, no quería que se me cayera nada.

Entregué lo que no me compraría, me quedé con el disfraz de bruja.

Me sorprendí cuando vi a lo lejos que Santiago platicaba con Cristina, se

estaban riendo, sentí algo extraño.

Cristina se mantenía a la par de él, yo estaba pagando mis cosas, quizá estaba exagerando, pero en días pasados no se despegaba de mi lado y ahora que estábamos en un centro comercial donde había más exposición de riesgo, no estaba.

Me mordí el labio, estaba sobre pensando las cosas, yo no era así.

Una cosa era hablar, pero otra cosa era reírse, estaba disfrutando de la conversación, cuando yo hablaba con ella medio sonreía, pero no se reía.

Me sentía roja de enojo, me tenía que calmar.

Cuando me acerqué con ellos, era como si no hubieran hablado nunca, estaban serios y creo que ahora sabía lo que se sentía el estar celosa, bueno sin contar los celos que tenía con las múltiples parejas de Cameron, pero creo que eso era diferente. No recordaba haberme sentido así.

Nunca pensé que pudiera llegar a sentir eso, Katerina me había platicado de ese sentimiento, yo tenía duda sobre lo que era.

Me explicó que había diferentes tipos de celos y descubrí los que me daban las parejas de Cameron, excepto ella.

Me dijo que a veces era por inseguridad. ¿Estaré insegura de lo nuestro? Katerina me decía que ella no sentía celos de las otras mujeres que estaban con Cameron, dijo que no significaban nada para él.

Si Santiago tuviera más de una pareja, no podría seguir a su lado, me importaba mucho, pero querría que siempre estuviera solo conmigo.

Intenté ignorar mis sentimientos, nada bueno podía salir de ellos. Los celos eran traicioneros, no debía sentirme así, estaba segura de lo nuestro.

Todo lo que restó del día me controlé, al menos creía que lo estaba disimulando bien.

Debo confesar que estuve muy atenta por si Cristina miraba de diferente manera a Santiago, era buena, pero mi mente me había convencido de hablar con Cameron de correrla si intentaba algo con Santiago.

—¿Podemos hablar a solas? —me preguntó Santiago cuando entramos a la casa.

—Claro. Ven —le dije subiendo las escaleras.

Lo llevé al único lugar que sabía que estaríamos solos realmente; mi recámara. El único lugar que no me seguía Cristina. Cerré la puerta después de que él entró, me recargué en ella.

—Es el único lugar que pude pensar —dije con una pequeña sonrisa.

Estaba nerviosa, no sabía de qué quería hablar.

—¿Estás bien? —preguntó.

Seguía recargada en la puerta.

—Estoy bien, ¿de qué querías hablar?

—Estabas actuando muy diferente en la tarde, ¿segura que todo bien? ¿Fue porque no te hablé en dos días?

Se escuchaba preocupado.

Me mordí el labio.

—No había pensado en eso, se me olvidó en cuanto colgué contigo ayer.

—Entonces, ¿qué pasa? —Él insistió.

—Te vas a reír —contesté nerviosa.

—No me voy a reír —dijo serio.

—Es una tontería.

—Sabes que puedes decirme lo que sea.

Se acercó a mí, me acomodó el cabello que tenía alborotado. Tragué saliva, nunca me había sentido así, estaba temblando.

—Nada de lo que me digas de forma seria, me hará reír. —Me recalcó.

Lo miré y después de que me miró sin parpadear por mucho tiempo finalmente obtuve valor y le conté lo que sentí en el día; que no quería exagerar las cosas, por eso había actuado así, aunque yo creía que había actuado lo más normal que pude.

Hasta yo sabía que eran pocas las veces que ocultaba bien mis sentimientos, no era buena disimulando.

Él sonrió cuando terminé de hablar.

—No hablaré con ella si te molesta, eres mi novia, puedes pedirme eso. Es una empleada, sólo hice conversación porque estaba aburrido. —Me aclaró.

—No, ella me cae bien, puedes hablar con ella. Es sólo que aún no sé cómo son las relaciones y creo que no debería sentirme así.

—Creo que te subestimas y si sabes cómo funcionan las relaciones.

Me sujetó de la mejilla y descansó su mano en mi barbilla. Me levantó del suelo, yo lo abracé con todas mis fuerzas, lo rodeé con mis piernas para no caerme, le sujeté la cabeza y lo besé como nunca lo había besado; lo amaba.

Me recargó contra la puerta, miró mis labios y los delineó con su dedo índice. Sentía algo que se generaba en mi interior, nuestros labios se encontraron una y otra vez, y después recorrió mi mejilla e hizo un camino por lo largo de mi cuello.

Sentía escalofríos por todas partes, pero me gustaba.

Me recargó más a la puerta y liberó sus brazos, me detuvo con la fuerza de sus piernas, me quitó la blusa y yo le desabroché su camisa, vi que cayeron al suelo.

Lo volví a besar, ahora era yo quien recorría su cuello y luego sus hombros, me di cuenta de que tenía un tatuaje en su espalda a la altura de su hombro, era un círculo del tamaño de la palma de mi mano, pero no sabía lo que era, como un laberinto, nunca lo había visto.

Nunca lo había visto sin camisa, pero se notaba que hacía mucho ejercicio, tenía marcado sus músculos y tenía algunas cicatrices en uno de sus hombros. Lo acaricié, su piel era suave...

Me levantó el rostro y me volvió a besar, se movía de lugar junto conmigo, no me quería desprender de él.

Nos caímos sobre la cama, cerré los ojos y lo besé, sólo se escuchaba nuestra respiración. Me sentía en un lugar seguro, me dejé llevar, mi mente estaba en paz... nada existía a nuestro alrededor...

Por la mañana me levanté con una sonrisa en mi rostro, nunca me había sentido tan feliz. Miré a mi lado, la cama estaba vacía.

Supuse que Santiago se fue antes de que Cameron entrara y nos viera, aunque a esas alturas no debía ser novedad para él. Esperaba que fuera eso.

Hoy era la fiesta de disfraces. No le pregunté qué se pondría.

Miré el techo, nunca me había sentido así, tan vulnerable. Cameron siempre me protegió incluso de mí y ahora sentía que todos podían ver lo que era, y por hoy, me sentía frágil, pero lo más feliz que había estado en mucho tiempo.

Me levanté de la cama, puse los pies en el piso, estaba frío. Recordé la noche anterior, sonreí. Era hora de seguir con el día.

No lo vi por ninguna parte de la casa. Cristina me informó que había salido temprano con Cameron y que no le habían dicho a dónde iban. Ella sabía, pero no me lo podía decir, se metería en problemas.

Me sentí sola todo el día hasta que llegó Katerina. Dijo que iba ayudar a disfrazarme. Ella se disfrazaría de diablo; su vestido era muy corto para el clima en el que estábamos, pero estaba acostumbrada.

—¿Cómo van las cosas con Santiago? —preguntó mientras me maquillaba los ojos.

—Muy bien. Extremadamente bien —contesté con una sonrisa.

—Se nota. Recuerdo haber tenido esa sonrisa hace, ¿qué serán? Cinco años.

—Ella sonrió.

Hace cinco años no conocía a Cameron o yo no la conocía. ¿Quién habrá sido? ¿Quién la hizo sentir así?

—Nunca olvides esa sonrisa, así te puedes sentir siempre si la recuerdas —dijo al ver que la miraba.

—¿Así te pasa a ti?

—No me malinterpretes, Cameron me hace feliz, pero esa sonrisa que tienes es diferente. Lo entenderás si algún día conoces a otro hombre que también te

haga feliz.

—No quiero conocer a nadie más.

—Bien. Estoy feliz por ti.

—¿Cómo van las cosas con Cameron? —pregunté preocupada. La última vez que los vi juntos habían discutido.

—Cameron es un idiota, pero sé que al final hará lo correcto —dijo ella enojada—. Todos los hombres lo son. —Agregó con una sonrisa.

—¿Dónde es la fiesta?

—¿Cameron no te dice nada? Es en el museo, *Tim Relic*, en el mismo lugar que la vez pasada.

—¿En el evento que duré media hora?

—Ese mismo... Listo —dijo finalmente.

Me miré en el espejo por un largo rato, Katerina tenía el don.

Sabía hacerme ver bien, aunque fuera maquillaje exagerado para el disfraz. Mis ojos se veían más claros con los tonos negros y morados que los rodeaban, mis labios eran color rojo muy brillante.

—Rojo pasión. —Se rio cuando vio que veía mis labios.

Me reí con ella.

Cuando finalmente estuvimos listas, bajamos las escaleras.

Me reí mucho al verlos sentados en un sillón en la sala. Cameron estaba vestido completamente de blanco y traía unas alas chicas, quiso disfrazarse de ángel; Santiago traía puesto un traje como los que siempre usaba, colores oscuros, traía un sombrero de hechicero y una capa que tenía mal abrochada.

Me acerqué a saludarlo.

El museo estaba lleno, más que la vez pasada que estuve ahí. Habían decorado el lugar con telarañas, fantasmas, monstruos, calabazas, velas flotantes, y hasta había sonido de risas que daban miedo.

Había música en vivo, todos bailaban con mucha energía. Me encantaba ver a

la gente disfrazada, se sentían más libres, muchos no se conocían y me imaginaba que se habían de sentir como si pudieran hacer lo que quisieran.

—¿Quieres bailar? —me preguntó Santiago con una pequeña sonrisa.

—Claro —respondí feliz.

Dejamos a Cameron y a Katerina solos, ellos iban a ir al cuarto VIP en la parte de arriba. Había otra fiesta más exclusiva con conocidos de Cameron, esperaba hayan arreglado sus problemas antes.

—Te ves muy bonita. —Santiago interrumpió mis pensamientos cuando llegábamos a la pista.

—El punto era ser una bruja aterradora, pero gracias. Tú también, te ves muy guapo —contesté volteándolo a ver. Me sentía muy nerviosa.

—Perdón por irme temprano, tenía que resolver un pendiente. —Me explicó.

—¿Lo resolviste?

—Creo que sí. —Él sonrió.

Bailamos por mucho tiempo, me la había pasado increíble desde que lo conocí. Son meses que se habían pasado muy rápido, sentía que llevaba más tiempo de conocerlo.

Las luces y el animador hacían que las personas se movieran. La gente saltaba y gritaba como loca, hacía mucho que no venía a uno de estos eventos de Cameron. Todo era fiesta y diversión.

La música estaba muy fuerte, apenas y nos entendíamos. Se notaba que se la estaba pasando igual de bien que yo porque estaba sonriendo.

Cada vez había más personas en la pista.

Recordé que no estábamos solos cuando Cristina nos sujetó de los brazos y nos sacó de la multitud. Pudimos haber seguido ahí, pero era su trabajo cuidarnos.

—¿Quieres aire fresco? —le pregunté a Santiago cuando finalmente salimos de la multitud.

—Claro. No estaría nada mal —dijo quitándose el sudor de la frente.

Tenía calor.

Me sujetó de la mano y salimos del salón. La calle estaba vacía, al parecer todos los que iban a llegar ya estaban dentro del lugar.

Cristina mantuvo su distancia y se lo agradecí, así me sentía verdaderamente sola con él.

—Deberías de acompañarme a alguno de mis viajes —dijo Santiago sujetando mi mano.

Nuestros dedos se entrelazaron.

—Invítame y voy —respondí.

—Cameron no te lo permitiría.

—Creo que contigo haría una excepción.

Él sonrió. Me acercó a él y me besó.

A lo lejos escuché el rechinar de llantas; se acercaba a toda velocidad. Cuando menos lo pensaba, Santiago me aventó al suelo; mi sombrero se cayó y rodó por la banqueta. No sentí el golpe porque realmente no me aventó, me agachó junto a él.

Estábamos detrás de una llanta de un carro que estaba estacionado en la banqueta por donde caminábamos. Escuché un sonido fuerte que se repetía una y otra vez, estaban disparando.

Cristina repelió la agresión de otro lugar cerca de nosotros, la vi agachada con su pistola, pero no nos volteaba a ver a nosotros, estaba alerta y vi que se movían sus labios, estaba avisando.

Miré el edificio, no creía que las personas que estaban dentro escuchaban lo que estaba pasando afuera por la música.

Empecé a temblar, no entendía la situación. Me mordí el labio, quizá no sobreviviríamos.

—¡Mírame! —Santiago interrumpió mis pensamientos.

No podía hablar, estaba muy asustada. Lo volteé a ver, sólo vi sus ojos mirando los míos.

—Todo va a estar bien —dijo sujetando mis hombros.

Se escuchaban balazos alrededor de nosotros, no entendía cómo íbamos a

estar bien.

Me asusté mucho cuando vi gotas de sangre que provenían de un brazo del saco de Santiago.

Estaba herido. El tiempo se detuvo, quería cerrar mi boca, pero no pude, no me respondía.

Lágrimas salieron de mis ojos.

—¡Mírame a mí! —exclamó enojado.

No podía enfocar.

No sabía en lo que estaba pensando cuando hice que se sentara y lo recargué en la llanta donde yo había estado, sólo sabía que debía pedir ayuda.

Mi mano se manchó de sangre, lágrimas nublaron mi vista. Respiré profundo, me limpié las lágrimas, y eliminé de mi mente por un momento lo que estaba pasando a mí alrededor.

Le ordené que no se moviera, me fui agachada, deteniéndome cuando escuchaba disparos, miré atrás, Santiago seguía sentado en donde lo dejé, no podía permitir que le pasara algo.

Corrí hacia Cristina.

—Dame las llaves del carro. —Le ordené mientras se acercaba a ver si yo estaba bien.

—¿Estás herida? —preguntó mirando mis manos.

Se me nublaron los ojos.

—No. Dame las llaves.

—No te puedes mover de aquí. —Me ordenó.

—Dile a Cameron que desobedecí, que voy al hospital.

—¿Estás bien? ¿Sí estás herida?

—Es Santiago, sólo dime dónde te estacionaste.

Se escuchó que se detuvieron en medio de la calle, me asomé, Santiago estaba sujetando su brazo. Cristina me interrumpió, me dio las llaves y me dijo dónde lo había dejado.

No me dijo nada más, se levantó del escondite y atacó de regreso.

—No sé cuánto tiempo pueda detenerlos, ve —dijo Cristina sin voltear a ver.

Me fui como llegué; agachada e intentando ir lo más rápido que podía para que no me pasara nada. Agarré a Santiago del otro brazo y con todas mis fuerzas lo ayudé a moverse.

—Tienes que ayudarme, no soy tan fuerte como tú —le dije lo más calmada que pude.

Él asintió, pero sabía que estaba sufriendo.

Mi celular se empezó a escuchar. Debía ser Cameron, pero no me podía detener.

Gracias a que Cristina distrajo a quienes nos atacaban, el camino no fue tan difícil.

Lo llevé por la banqueta, nos detuvimos en uno que otro carro, me asomé para ver si podíamos caminar y no vi nada, seguimos.

Se escuchaban menos y menos esos sonidos que nunca olvidaré.

Llegamos a donde estaba el carro estacionado. Abrí la puerta del lado del copiloto, ayudé a que Santiago entrara y corrí al otro lado.

—Voy a estar bien —dijo con una sonrisa forzada.

—Vas a ver que sí —contesté nerviosa.

—No te pongas así, no pasa nada.

Lo miré, me estaba calmando, él quien era el que estaba lesionado. No podía dejar que hiciera eso, yo era la que tenía que ser fuerte.

No me pasó nada gracias a él.

Cerré la puerta.

Encendí el carro, di de reversa y aceleré como nunca lo había hecho en mi vida. Santiago había cerrado los ojos, seguía despierto porque se sujetaba el brazo.

—No voy a dejar que te pase nada, Santiago. Espero lo entiendas, no me puedes dejar así —dije mientras me pasaba un semáforo en rojo.

Sólo lo vi sonreír, pero no respondió ni siquiera abrió un ojo. ¿Cómo podía sonreír en esos momentos?

Eso no podía estar pasando, sentía feo, no quería que le pasara nada. Tuve suerte de no encontrarme con patrullas que me siguieran.

Me estacioné frente a la entrada del hospital, estaba temblando. Miré mis manos, estaban manchadas de sangre de Santiago, lo miré y estaba inconsciente.

Me bajé de inmediato, corrí a pedir ayuda.

Lo bajaron de inmediato.

Lo intenté seguir, pero no pude entrar, lo metieron directamente a la sala de operación.

Salí a tomar aire, mi corazón estaba muy acelerado y no podía respirar bien. Caí de rodillas en la banqueta, mi rostro estaba mojado, me limpié las manos con el disfraz, pero seguían rojas.

No podía controlar mis lágrimas.

Miré mi celular, seguía sonando. Era la llamada número 47. Todas eran de Cameron, debía saber lo que pasó.

Contesté finalmente.

Caminé, no sabía cómo le hice, pero llegué a la sala de espera. No estaba sola, había más personas que estaban igual o peor que yo.

Me senté en la silla más alejada que encontré.

Respiré hondo, aunque no podía inhalar el aire correctamente, me miré, aún traía el disfraz y seguía manchada de sangre. Recordé su mirada y lágrimas escurrieron por mis mejillas.

Tenía que estar bien, ¿quiénes eran esas personas? ¿Nos estaban atacando a nosotros? ¿Por qué? Eso ya no me estaba gustando, nunca había pasado nada así...

Me empecé a marear, sólo podía escuchar mi respiración, la quería controlar, todo se puso en silencio. Cerré los ojos intentando relajarme, inhalé, eso era

una pesadilla, exhalé, tenía que despertarme.

Abrí los ojos, pero seguía en la sala de espera del hospital. Me mordí el labio intentando contener mis lágrimas... no se podía terminar así, tenía que pensar positivo, Santiago era fuerte y lo iba a lograr.

Han pasado horas desde que estaba en la sala de operación, en la pantalla que estaba en la sala de espera indicaba que Santiago seguía ahí.

Cameron entró al hospital, lo vi de lejos, pero no me quería levantar.

Parecía que observaba el lugar buscándome, miró en todas las direcciones hasta que dio conmigo, se acercó; se veía preocupado, me di cuenta de que había ido a cambiarse, ya no traía su disfraz.

—¿Estás bien? —preguntó agachándose para estar a mi altura.

—No... —dije con una lágrima en mi rostro—. No estoy bien, quiero saber cómo está Santiago.

—¿Qué fue lo que pasó?

Le platicué con mucha dificultad lo que había ocurrido. No quería creerlo, pero Santiago podía irse en cualquier momento.

Recordé lo fuerte que fue Santiago, me ayudó y me protegió, ahora yo debía ayudarlo a él.

Dejé de hablar recordando ese dolor. Cameron tenía expresión de preocupación, era la primera vez que lo veía titubear. Eso no me hacía sentir mejor, él era quien me daba la fuerza.

—No tienes que seguir contándome —dijo Cameron limpiando mis lágrimas.

—Quiero decirte todo, recuerdas, es lo que me pediste...

Él asintió.

Cameron me escuchó detenidamente, parecía que tenía miedo. ¿Debía tener miedo? ¿El ataque era a nosotros? ¿Fue coincidencia? ¿Sus ex empleados?

—Debes ir a bañarte. —Me ordenó Cameron.

—No me quiero ir... quiero saber que estará bien —contesté.

—No es una sugerencia, es una orden. Yo me voy a quedar aquí a esperarte.

Cristina te llevará, Katerina ya está en la casa.

Sentí un alivio al escuchar el nombre de Cristina; estaba bien, no le pasó nada.

Le hice caso a Cameron.

Me acompañó a la entrada, Cristina estaba ahí, se veía agitada y sucia, pero estaba viva.

Corrí y la abracé; sabía que era su trabajo y que Cameron no le gustaba que socializara así, pero le debía mi vida.

Más lágrimas salieron de mis ojos.

—¿El señor Dante? —preguntó preocupada.

—Está en operación... vamos a bañarnos y volvemos.

Ella asintió.

Cameron no entró al hospital hasta que yo estaba dentro del carro. Miré las calles, desiertas, debía ser muy tarde.

Otra vez tenía la sensación de que alguien nos seguía.

—Elizabeth, la admiro por lo valiente que fue —comentó Cristina viendo el retrovisor.

Sus ojos se veían vidriosos. Después de todo, somos humanos, teníamos el derecho de sentir tristeza, valentía, enojo...Ella no era la excepción.

—¿Valiente? No... Cristina, tu nos salvaste, te debo mi vida —respondí más calmada.

No contestó. Siguió manejando.

Katerina me estaba esperando en la entrada de la casa, uno de los tantos escoltas de Cameron estaba a su lado. Al verme corrió abrazarme.

No me contuve más y empecé a llorar; tenía miedo de perder a Santiago.

Después de convencer a Cristina que se metiera a bañar y que Iván haría guardia, Katerina ayudó a bañarme.

Esperó a que terminara y me quitó el maquillaje que no se había ido con el agua. Ayudó a tallar mis manos para que la sangre de Santiago se despegara,

ya no tenía más lágrimas...

Mis ojos estaban rojos, secos de tanto llorar, pero tenía un nudo en la garganta.

Al poco tiempo estábamos de regreso. Me bajé de inmediato cuando estuvimos frente a las puertas de la entrada del hospital. Katerina se bajó a mi lado.

Entré de prisa, Cameron nos estaba esperando, tenía un vaso de café en una mano.

—Elizabeth... —dijo al verme y me abrazó.

Sentí feo, no quería que me dijera que lo perdí.

—¿Ya te dijeron cómo está? —pregunté con la voz cortada.

—Ya salió de operación... está en observación. Él va a estar bien. — Cameron me explicó con una pequeña sonrisa.

Involuntariamente estaba sonriendo y llorando al mismo tiempo, no sabía cómo detenerme...

—¿Puedo verlo? —pregunté feliz.

—Ven.

Cameron le pidió a Katerina y Cristina que nos esperaran en la sala.

Él me guio por los pasillos, pasó por unas puertas que decían *personal autorizado*, no sabía si debíamos estar ahí.

Finalmente entramos a un pasillo donde los cuartos tenían grandes ventanas que te permitían ver su interior. Había muchas personas en camillas, todas parecían estar dormidas, me di cuenta de que estábamos en la sala de recuperación.

Todos estaban conectados a muchas máquinas.

Un doctor de gran edad, cabello completamente blanco y de ojos color claro estaba parado frente a una ventana. Tenía una tabla de plástico transparente con varias hojas y hacía apuntes.

—Doctor Bowman —dijo Cameron saludando.

—Señor Timeus —contestó con una pequeña sonrisa.

—Le presento a la señorita Azura. Quiere ver al señor Dante.

—Por aquí.

Cameron se quedó ahí. El doctor abrió la puerta del cuarto que estaba viendo cuando llegamos.

Entré apresurada, mi corazón se aceleró. Cuando me acerqué a verlo tendido en la cama, parecía que dormía profundamente.

—Está dormido por la anestesia, se levantará pronto. —Me explicó el doctor Bowman.

Cameron nos veía por la ventana. El doctor salió después de indicarme donde podía sentarme.

Miré a Santiago, estaba conectado a muchas máquinas que hacían distintos sonidos. Lo habían cambiado a un bata color azul y tenía una venda en su brazo izquierdo.

Me acerqué a él y tomé su mano derecha, quería que despertara.

—Me asustaste mucho —dije triste—. Si algo te pasa, me muero... ¿Qué no ves que te amo?

Sabía que no me escuchaba, tenía los efectos de la anestesia. Me acerqué a él y lo besé; quería que despertara.

Pasó una hora, no me moví de ahí.

Acerqué la silla a la camilla, le sujeté la mano. Me recargué en el barandal de la cama y lo observé. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que no he dormido.

Cameron y el doctor tenían mucho que se fueron. Empecé a cabecear; el sueño se apoderaba de mí.

Repentinamente sentí la mano de Santiago apretar la mía; el sueño se escapó rápidamente, mi corazón se volvió acelerar y tenía una sensación muy grande de llorar.

Lo miré. Tenía los ojos abiertos; no podía dejar de sonreír.

Capítulo 7

Tormenta de nieve

—Agua... —dijo apretando mi mano.

Me levanté de inmediato y busqué agua. Había una botella con agua cerca de la cama, se la di en seguida; la agarró con dificultad, quería ayudarlo, pero me indicó que él podía solo.

Se acabó la botella en dos tragos.

—¿Cómo te sientes? —pregunté preocupada.

—Desorientado... ¿Qué me pasó? —Tenía la voz muy ronca.

Me senté a su lado y le recordé lo que sucedió. Recordaba todo antes de entrar al carro. Le recordé que él entró solo y después fue cuando perdió el conocimiento.

Le expliqué que recién llegamos, lo metieron a la sala de operación y Cameron me había ordenado que me fuera a cambiar mientras él estaba en el quirófano.

—¿Cristina está bien? —preguntó él finalmente.

Involuntariamente sentí celos, pero los ignoré.

—Sí, nos salvó la vida —respondí honestamente.

—Eso es bueno ¿Quién nos atacó?

—No sé... Me vine directo al hospital, no me he ido de aquí. Cameron debe saber.

Me levanté para ir a buscar a Cameron, pero me sujetó la mano, dijo que no me fuera. Me senté nuevamente, estaba tan feliz que estuviera bien.

Cameron usó sus influencias y trasladaron a Santiago a una de las habitaciones más lujosas en el edificio que incluso tenía una sala de visita.

Todos los días a las nueve de la mañana llegaba a visitarlo. Iván, un

guardaespaldas de Cameron, se había estado quedando para cuidarlo, lo que me relajaba, así sabía que iba a estar bien.

Cada día que pasaba, Santiago se veía mejor, la bala no había entrado en un lugar peligroso. Claro, si yo no lo hubiera llevado a tiempo podía haber empeorado, se pudo haber desangrado.

Cada vez que mi mente llegaba ahí, desechaba ese pensamiento inmediatamente. Estaba vivo, eso era lo que importaba.

—¿Eli? —Escuché que Santiago me dijo.

Estaba distraída... otra vez. Sonreí.

—¿Estás bien? —Insistió.

—Sí, me alegra que tú estés bien —le contesté feliz.

—Sí, no es nada. Tendré una historia que contar en un futuro. —Estaba sonriendo.

—En un futuro, porque por lo pronto, no es una buena historia. Pude haberte perdido.

Él cambió su expresión.

—Pero estoy vivo. Gracias por traerme ese día —dijo levantando mi barbilla para que pudiera verlo.

—No me des las gracias. Haría lo que sea por ti.

Me besó como hace mucho tiempo no lo hacía.

Los próximos días, llegué a la misma hora, pero resultaba que le estaban haciendo estudios y tenía que esperar horas para verlo.

Sentía que no hablaba con él desde hace mucho.

La mayoría de las veces cuando por fin entraba, él ya estaba dormido. No lo quería levantar, había tenido días muy pesados.

Me quedaba siempre una hora viéndolo dormir, a veces veía la televisión con esperanza de que él abriera los ojos, pero las medicinas debían ser fuertes para que el ruido no lo levantara.

—Señorita Azura, ya es hora de regresar a casa. —Escuché que Cristina dijo a mi lado.

La miré.

—Voy en seguida —le respondí.

Ella salió de la habitación después de enseñarme el celular, Cameron marcaba y marcaba.

Me levanté de la silla, Santiago permanecía con los ojos cerrados, ya se veía mucho mejor de cómo lo vi el primer día que llegó. Creía que era cuestión de tiempo para que lo dejaran salir.

—Vendré mañana como siempre, te amo —le dije mientras le sujetaba la mano.

Aún no tenía el valor para decírselo cuando estaba despierto, quizá era mejor que fuera en una ocasión especial.

Después de unos minutos de ver que no abría los ojos, suspiré, le di un beso en la frente y salí.

Al día siguiente me levanté como lo había hecho normalmente. Me arreglé con la esperanza de que en ese día lo encontrara despierto o por lo menos que no duraran tanto sus estudios.

—Buenos días —dijo Cameron abriendo la puerta de mi cuarto.

Ya estaba lista.

—Buenos días —respondí buscando mi bolsa. No sabía dónde la había dejado.

—¿Vas al hospital?

—Sí, como todos los días hasta que Santiago esté listo para salir.

—Estaba pensando, nos iremos en una semana de regreso a Italia. Las cosas deben estar mejor.

—¿Qué pasará con Santiago? ¿Cómo que las cosas están mejor?

—Hablé con el doctor Bowman, lo dejarán salir pronto y todo estará mejor

porque encontré a las personas que estaban detrás de todo lo que nos ha pasado últimamente. —Sonrió.

Sonreí involuntariamente.

—¿Saldrá? —pregunté feliz—, ¿quiénes eran? ¿Los atrapó la policía?

—Sí, saldrá. Ya está muy bien. No, no los tiene la policía, logré hablar con ellos y llegamos a un acuerdo.

—¿Quiénes son ellos?

—Ex empleados.

—Parece que son más que eso...

—No encontraban trabajo por mi culpa y cuando las personas están desesperadas hacen locuras.

Recordé lo desesperada que estaba cuando llevé a Santiago al hospital, iba hacer lo que fuera necesario para que llegara. Pude entender de lo que Cameron hablaba.

Salí más tarde de lo normal por quedarme platicando con Cameron. Eran buenas noticias, quería correr y decirle a Santiago que todo iba a estar bien.

Cristina me estaba esperando en el carro, me subí en la parte de atrás.

—Buenos días —le dije con una sonrisa.

—Buenos días —respondió igual.

Me sentía muy emocionada.

Al llegar al hospital, Cristina se estacionó donde siempre, nos bajamos y entramos al edificio. Iván no estaba en la entrada de la habitación cuando llegamos; se me hizo raro, entré sin tocar, siempre había entrado así.

Había una enfermera doblando las sábanas de la camilla, habían limpiado el cuarto.

—¿El señor Dante está en estudios? —le pregunté a la enfermera.

Tendría sentido que Iván no estuviera.

—El señor Dante fue dado de alta el día de hoy —respondió con una sonrisa.
Sonreí.

Al girarme para salir de la habitación, me di cuenta de que Santiago estaba parado detrás de mí. Se veía mucho mejor de pie y no parecía que había estado en el hospital.

Lo abracé sin decirle nada.

—Sabía que vendrías —dijo serio.

—¿Qué pasa?

—Necesito atender unos pendientes, ¿crees que nos podemos ver en la noche?

—Acabas de salir, ¿ya vas a trabajar?

Él asintió apenado.

—Cornelio habló y no entiende. Dijo que ya salí, que puedo atender los pendientes. —Me explicó.

—¿Quieres que te acompañe?

—No quiero aburrirte. Mejor te veo en la tarde.

—Entonces, nos vemos en la tarde.

—Nos vemos a las siete frente al Big Ben...

Asentí.

Me sujetó la barbilla y me besó.

Salimos al mismo tiempo del edificio, pero él tomó un taxi y Cristina me ayudó a subir a nuestro carro.

—Vamos a la casa —le dije.

Ella asintió.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Sí, dieron de alta a Santiago, así que lo veré en la noche —contesté sonriente.

—Claro. Eso es muy bueno.

El camino a casa fue corto. Me bajé del carro de prisa y entré a la casa.

Fui a mi closet para buscar que me pondría en la noche, tenía que ser especial, íbamos a cenar y celebrar que estaba bien. Era el día en el que le diría como me sentía en realidad, que lo amaba.

Me puse nerviosa en solo pensarlo.

Las horas se pasaban lentas, miré mi celular, no me había llamado en todo el día, pero estaba trabajando. Hacía mucho tiempo que no me sentaba y me ponía a ver la televisión, me entretuve en los canales de películas.

Cameron no estaba por ninguna parte, ahora que lo pensaba, no me dijo que iba a salir. Me levanté del sillón, apagué la tele y fui a ver si estaba en su oficina.

Me acerqué a la puerta, escuché movimiento adentro de la habitación, toqué tres veces.

Nadie me respondió. Estaba segura de que había alguien ahí, volví a tocar.

Estuve esperando hasta que se me hizo raro que no me abriera, me preocupé, abrí la puerta y me di cuenta de que estaba vacío.

Creí que me estaba volviendo loca.

—Señorita Azura... —Escuché que Cristina dijo detrás de mí.

Me asusté y la miré.

—¿Qué pasa?

—Me dijo que a esta hora la llevara.

—Es verdad, ya es hora.

Sonreí.

Cerré la puerta detrás de mí después de volver a ver el lugar, estaba imaginando cosas, todo parecía estar en su lugar.

Cristina me llevó a donde había quedado de verme con Santiago. Estaba atardeciendo, se veía muy bonita la ciudad.

Miré hacia arriba contemplando esa maravilla de edificio, Big Ben, nunca me

había quedado viendo todos los detalles que tenía, sus adornos y su inmensidad.

Se me fue el tiempo mirando el edificio, viendo como las manecillas del reloj se movían sin realmente poner atención de la hora.

El sonido de la ciudad se convirtió en silencio, me perdí en pensamientos, lo tenía a él en mi mente, quería confesarle como me sentía, no lo podía ocultar.

Sé que él ya debía saberlo, era muy obvia, pero quería que saliera de mis labios, esas palabras que nunca le había dicho a ningún hombre, sentí mariposas y nervios en sólo pensar lo que debía de hacer sin saber qué reacción tendría.

Regresé a la realidad al escuchar un carro pasar detrás de mí.

Miré alrededor buscando a Cristina, la encontré, se había quedado del otro lado de la calle, me veía fijamente y después miró para todas partes.

Tenía la misma sensación que yo tenía de estar en la calle y más en la noche. Quizá Santiago no se acordaba y por eso no pensó en mejor irme a visitar.

Miré mi reloj, ya pasaban de las siete de la tarde. Santiago no se veía por ninguna parte, me recargué en un barandal que estaba cerca de ahí.

Saqué mi celular, marqué el número, me mandaba a buzón.

Suspiré, quizá se le hizo tarde.

Me cansé de estar parada, me senté, aunque las personas que pasaban se me quedaban viendo extraño, no me importaba, no eran muchas.

Me perdí nuevamente viendo la calle, las personas pasar, los carros, el sonido de la ciudad que poco a poco se apagaban y pronto me di cuenta de que la calle se estaba vaciando, Santiago aún no llegaba. Ya era de noche.

—Señorita Azura. —Escuché la voz de Cristina a mi lado.

—¿Qué pasó? —le pregunté preocupada, no me di cuenta cuando se cruzó la calle.

—Creo que es hora de volver a casa, está empezando hacer frío y el señor Timeus insiste que ya es tarde. —Me explicó apenada.

No había visto mi reloj, me di cuenta de que eran las once y media de la

noche... ¿A qué hora pasó el tiempo? Miré el reloj del Big Ben, tenía la misma hora, no estaba mal.

—Santiago me dijo que lo vería aquí. No me iré hasta que él venga.

Cristina se mordió el labio, la vi cruzar la calle. Sacó su celular y marcó, le hablaba a Cameron para hacerle saber mi decisión.

Intenté marcar nuevamente el celular de Santiago, me mandaba a buzón, otra vez... ¿Es hora de empezarme a preocupar? Le dejé más de diez mensajes de voz.

Marqué una y otra vez obteniendo la misma respuesta, empezaba a sentir el frío del que hablaba Cristina.

Mi mente divagaba por muchos escenarios, pero el peor era pensar que le pudo haber pasado algo, aun así, me sentía molesta, si se le hizo tarde por qué no me llamó... ¿Seguiría trabajando?

Si tuvo un accidente tendría sentido que no me contestara... mi mano empezó a temblar, signo de que estaba nerviosa y preocupada, creí que debía ir a buscarlo.

Escuché unas pisadas a mi lado, miré y vi unos zapatos color negro de hombre, me emocioné hasta que me di cuenta de que Cameron estaba agachándose para estar a mi altura.

—Tenemos que hablar —dijo Cameron sentándose a mi lado.

No creí que él era capaz de sentarse en la banqueta y menos con un traje que sabía que costó mucho dinero. Si estaba haciendo eso, quería decir que era serio lo que quería decirme.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien? —pregunté nerviosa.

Al parecer no sabía por dónde empezar, miró sus manos y jugó con sus dedos. Me acerqué a él y con mi mirada le exigí que me dijera.

Fuera bueno o malo tenía el derecho de saber.

—Santiago tuvo que regresar a trabajar —contestó finalmente.

—Sí, me dijo que iría a trabajar —respondí.

—No entiendes, no está aquí en Londres.

—¿Lo veremos en Italia?

Estaba molesta, se fue a trabajar y no me dijo nada, me dejó plantada esperando; cuando dijo que iba a trabajar no imaginé que se iría a Venecia.

—Digamos que no los verás en mucho tiempo.

Se acercó más a donde yo estaba, su hombro chocó contra el mío.

—¿Qué hiciste? —pregunté enojada.

—Yo no hice nada, Elizabeth... —dijo dolido.

—¿En cuánto tiempo no lo veré?

—No sé...

—¿Qué estás diciendo?

Empecé a sentir un nudo en la garganta.

—Se fue Elizabeth y no creo que regrese. Debe tener miedo por el ataque.

—¿No los habías encontrado? ¿No se lo dijiste? —Mi voz se comenzaba a cortar.

Empecé a llorar como no había llorado en años, me sentía impotente. Creí que era culpa de Cameron porque no tenía idea de qué les hizo realmente a esos ex empleados, pero si Santiago me amara como yo lo amaba a él, pelearía por estar a mi lado.

Era la salida más fácil, dejar todo como si no hubiera pasado nada, pero la verdad era que cambió todo...Recordé todo lo que hicimos juntos y al final ese incidente, ¿hubiera hecho lo mismo?

Mi mano se hizo un puño y la hice caer al suelo, golpeé el cemento, me dolió, pero más me dolía saber que se había ido.

Cameron no dijo nada, nunca había sido bueno con las palabras. Mi mirada se nubló, no podía ver claro, lágrimas escurrieron por mis mejillas sin control.

Cameron me abrazó y yo lloré.

Sicilia, Italia

Tres semanas después.

Cameron convirtió uno de los tantos cuartos de la casa en un estudio para que yo pudiera pintar, me compró muchísimas pinturas, pinceles, caballetes y lienzos de diferentes tamaños.

Llevaba dos semanas frente a un lienzo, no sabía qué dibujar o pintar, estaba en blanco.

Había llorado todos los días; la semana pasada hice el intento de volverle hablar, pero su celular ya no existía; lo canceló. ¿Era tan difícil decir adiós? ¿Tan difícil decir que no veía futuro?

Recordé el último día que lo vi, me dijo que lo vería ahí, se veía serio, pero pensé que era porque se estaba recuperando... ¿Siempre fue su plan?

Tenía un nudo en la garganta.

Debí darme cuenta de las señales que había, ahora dudo de que en esos días después del incidente hubiera estado dormido.

Me escuchó, sabía lo que sentía por él y tomó la decisión de huir.

¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Tendría a alguien más a su lado? ¿Lo volvería a ver? ¿Volvería a mí? ¿Se arrepentiría de haberme dejado? ¿Le importé?

Pensé que estaba a punto de un colapso nervioso, de volverme loca. Quería entender qué hice mal para que huyera.

Mi mano empezó a temblar con el pincel en lo alto, no pude pintar, no tenía ganas de hacer nada... Mejor no lo hubiera conocido.

Aventé el caballete al suelo, cayó con todo y lienzo, las pinturas rodaron por el suelo cubierto de plástico, no era la primera vez que hacía eso.

¿Habría alguien más para mí? ¿Aquí se acababa mi historia de amor? Sabía que era tonto, pero pensaba esas cosas y creía que lo estaba engañando. Nunca terminamos nuestra relación, así que mi mente no aceptaba que no estaba a mi lado.

¿Sería mejor si hubiera escuchado esas palabras frías salir de su boca? ¿Cortar toda relación rápido?

—¿Por qué no pintas una flor? —Escuché la voz de Cameron a mi lado.

Lo miré. Tenía el lienzo en sus manos y me lo dio. Ayudó a recoger todo para ponerlo frente a mí nuevamente.

—No tengo ganas —contesté.

—No me gusta verte así...

—Entonces no me veas, ve a tu oficina.

—No quiero decir eso... Sal, ve con Cristina a comprar los regalos de navidad.

Con eso, recordé que a Santiago le encantaban esas fechas, se me salieron lágrimas que no pude contener. Cameron era muy comprensivo, me abrazó y después de limpiar mis lágrimas, me obligó a salir.

Al salir del cuarto me di cuenta de que había estado mucho tiempo sin mucha luz que me dolieron los ojos; los sentía hinchados de tanto llorar, me sentía débil como si no me hubiera levantado de la cama por una grave enfermedad.

No tenía energía de hacer nada, respiré profundo, recordé que esa sensación ya la había tenido antes y salí adelante. Cuando perdí a mis papás tuve un periodo de depresión, fui con doctores, tomé pastillas y lo superé...

¿Qué tan difícil era superar esta pérdida? ¿Qué lo hacía diferente? No llevábamos tanto tiempo. Volví a sentir el nudo en mi garganta, aún no estaba lista para pensar en eso.

Hacía mucho frío cuando Cristina me abrió la puerta de la entrada, sentí como el aire se introdujo dentro de mis ojos, tuve que parpadear varias veces antes de que me acostumbrara.

Me abroché el saco y esperé a que Cristina me abriera la puerta del carro. No la había visto en días, había de pensar que era una niña chiflada que lloraba porque no tenía el dulce que quería.

Una vez dentro del carro, ella se subió en la parte del conductor, lo encendió y mientras esperaba a que se calentara el motor, me volteó a ver; me entregó una caja envuelta en un papel de regalo color plateado.

—Sé que en momentos así, esto ayuda —me dijo.

Me le quedé viendo, nunca un empleado me había dado algo, sentí raro en mi interior, como si me diera cuenta de que no soy la única en la tierra.

Lo abrí lentamente; eran chocolates, tenían relleno de diferentes sabores. Cada que comiera uno sería una diferente sensación, una sorpresa. Sonreí, hace mucho que no lo hacía. Sentí raro los labios.

Comí chocolates todo el camino, estaban muy ricos, y sentía que, aunque sabía que era más psicológico que real, me ayudaba a relajarme. Había olvidado que Cristina era así conmigo.

Me ayudó a bajar del carro cuando llegamos al centro comercial. Respiré profundo, iba a tardarme lo más que pudiera para distraerme. Eran tan pocas las personas a las que debía darle regalo que no me tardaría lo que quería.

Nunca me había dado cuenta de lo sola que estaba hasta ese momento. No tenía amigos, eso era lo que me hacía falta, contaba a Katerina, pero ella estaba en otro país.

Le hablaría pronto para platicar y distraerme en algo, ella siempre tenía muchas cosas que contar.

Sofía y Tristán, ellos estaban en Barcelona, le diré a Cameron que quería ir, no sabía si me recordaban...

Miré a Cristina, quizás se portaba así porque trabajaba para nosotros.

Entré.

Mientras veía los locales, me acerqué a ver unos lentes de sol que me llamaron la atención desde lejos. Los iba agarrar cuando alguien más los agarró.

Lo miré; era alto de cabello oscuro, ojos color café con un tono verde, aperlado y de buen cuerpo, estaba guapo.

—¿Los quieres tú? —me preguntó.

—Los iba a ver —contesté apenada.

Me los dio y los observé por un momento, si me gustaban. Pudiera ser uno de mis regalos de navidad.

—Los necesitas más tú que yo.

—Oye, ¿qué quieres decir con eso? —pregunté enojada.

—Por tus ojos, estuviste llorando —contestó serio.

—¿Se nota mucho?

—Sí...

Me sentí apenada. Andaba caminando por todas partes así, habían de pensar que estaba loca, quizá debía comprar los lentes y usarlos como si fuera para ver mejor.

—Bruno Klimt —dijo dándome su mano.

—Elizabeth Azura.

Cristina se acercó.

—No te ves bien.

—Gracias por recalcarlo... —le respondí seria.

Sonrió.

—Ven, vamos a que comas algo.

—No... estoy bien.

Sentí como si me estuviera invitando a una cita y no quería. No estaba lista.

—Descuida, no es una cita —contestó mi inquietud.

—Eso parece.

—Para empezar, una cita no es en un centro comercial y, para terminar, créeme no eres mi tipo. —Me explicó.

Se dio la vuelta y salió del local. Me quedé parada, inmóvil, ¿qué quería decir que no soy su tipo?

—¿Vas a venir? —preguntó asomándose.

Asentí.

Dejé a un lado los lentes, después regresaría por ellos.

Lo seguí hasta el área de comidas que tenía la plaza. No había mucha gente como lo imaginé, todos parecían estar aprovechando las ofertas navideñas.

Después de darle varias vueltas a los restaurantes, sin decir palabra, eligió uno.

Me hizo comer saludable. Me pidió ensalada, verduras y pollo a la plancha; era natural, no recordaba cuando fue la última vez que hice una comida completa.

—¿Qué quieres decir que no soy tu tipo? —le pregunté curiosa.

Sonrió.

—Eli, me gustan los hombres —respondió.

—A que no. —Le aseguré.

—Creo que conozco mis gustos señorita Azura.

No estaba bromeando.

Involuntariamente me empecé a reír, no podía parar. No sabía qué pasaba con mis emociones, sabía que lo podía asustar. Empecé a llorar mientras me reía.

—Me da gusto saber que te hago reír —dijo mientras tomaba de su limonada.

—Perdón... —contesté riendo y llorando.

No lo conocía, debía pensar que conoció a una mujer que estaba loca dentro de una plaza.

—Parece que has tenido un mal día. —Interrumpió mis pensamientos.

—Un mal mes.

—¿Un novio?

—Creo que se les dice ex.

—Es lo mismo. ¿Puedo ayudar en algo?

—No te conozco.

—Bien. Mañana sal conmigo... —dijo dándome una tarjeta—. Sé lo que necesitas.

La tarjeta decía su nombre y una dirección.

—Está bien. Lo haré —dije más calmada.

—Entonces, nos veremos mañana en esa dirección. —Me explicó.

Asentí.

Me acompañó a comprar los regalos de navidad, incluso me ayudó a escogerlos, aunque no conocía a las personas. Le compré a todos en la casa hasta los escoltas de Cameron, quería tardarme todo lo que pudiera.

Me ayudó mucho porque yo no sabía que comprarle a esas personas que no hablan en todo el día, no tengo idea de su personalidad ni de sus gustos, Bruno me hacía preguntas y con eso sabía exactamente que elegir.

Platicamos un poco. No parecía que le gustaran los hombres. Bueno, ahora que lo pensaba sí, pero si no me hubiera dicho, no sospecharía nada.

Cristina se mantuvo distanciada todo el tiempo, por momentos veía que volteaba a ver su celular, quizá ya le habría dicho a Cameron o estaba indecisa si marcarle para informarle de mi día.

Al finalizar las compras, fuimos al estacionamiento de la plaza, Bruno se despidió y me recordó que fuera al día siguiente a la dirección de la tarjeta.

Al llegar a la casa, escuché voces que provenían de la oficina de Cameron, miré a Cristina, quizá ella sabía con quién estaba en la habitación.

—¿Con quién está Cameron en su oficina? —le pregunté desconcertada.

—No he hablado con el señor Timeus desde hace horas —respondió apenada.

Caminé por el pasillo lleno de puertas después de darle las bolsas de los regalos a Cristina, me acerqué lentamente, nunca he interrumpido una junta de negocios, pero quería saber con quién hablaba y al mismo tiempo decirle que había llegado.

Quería contarle de mi día.

Toqué la puerta dos veces, esta vez lo hice más fuerte que otras veces.

Paolo abrió la puerta. Me sorprendí.

¿Qué está haciendo en Italia?

—Eli, que gusto que alcancé a verte —dijo Paolo con una pequeña sonrisa.

No sabía qué decir.

—Elizabeth, pasa. —Escuché la voz de Cameron.

Lo vi acercarse a la puerta.

—¿Qué está pasando? —pregunté sin saludar ni entrar.

—Vine por negocios, no te sorprendas —contestó Paolo de inmediato.

—Ve a cenar y pronto estaré contigo. —Cameron interrumpió.

—Bien.

Cerré la puerta como si ellos fueran los que estuvieran afuera, me di la media vuelta, eso era muy extraño, me sentí incómoda y no debería ser así, no sentía nada por ese hombre más que decepción.

Escuché que se abrió la puerta.

—Eli, antes de que te vayas, quería preguntarte algo. —Escuché la voz de Paolo detrás de mí.

Me di la vuelta para verlo.

—¿Qué pasó? —pregunté curiosa.

—Me dice Cameron que habrá una carrera pronto, ¿puedo ir contigo?

—No creo que a Cameron le parezca.

—Lo divertido es que fue su idea.

Creía saber a dónde quería llegar Cameron, como yo quería a Paolo hace tiempo y me estaba viendo llorar todos los días, era un intento por hacerme feliz y no sabía cómo, no entendía...

—Entonces, ¿qué dices? —Insistió.

—Sí él cree que es buena idea, me puedes acompañar. —Fue más difícil de lo que esperaba, estaba engañando a Santiago.

Mi corazón decía que lo estaba engañando, pero mi cabeza fríamente me decía que me dejó y merecía oportunidades para ser feliz.

Sonrió.

—Me voy antes de que cambies de parecer.

Se acercó, me dio un beso en la mejilla y regresó a la oficina donde aún seguía Cameron.

Sujeté mi mejilla, no sentí nada, fría como el hielo.

Me di la media vuelta y no fui a comer, me dirigí al cuarto que Cameron había acondicionado para pintar.

Me senté frente al lienzo, elegí un pincel y me dejé llevar por lo que sentía.

—¡Estás pintando! —exclamó Cameron feliz detrás de mí.

Me asusté, hasta solté el pincel, no lo escuché entrar.

—Sí —contesté mejor.

Él se agachó, recogió el pincel y me lo devolvió.

Hasta yo me sorprendí cuando miré lo que estaba pintando.

—¿Son lentes? —preguntó acercándose al cuadro.

Sonreí. Recordé a Bruno.

Asentí.

—¿Cómo te fue el día de hoy?

—Creo que tengo un nuevo amigo.

—Sí, algo me comentó Cristina —dijo serio.

—Puedes investigarlo, darme un libro entero de su vida, pero mientras lo haces quiero salir con él. Aunque después sea un psicópata como todos los hombres.

Él sonrió.

—Está bien.

—¿Por qué invitaste a Paolo?

—Distracción. Sé que no es lo que buscas, pero es lo más cercano que sé que te gusta.

Me empecé a reír. Cameron no sabía nada de esas cosas, él podía regresar con diferentes parejas y a veces repetir si gustaba, no sabía que no funcionaba así.

Me detuve cuando vi su expresión, estaba sonriendo, esa sonrisa chueca que le costaba tanto trabajo hacer, si tan solo supiera que se veía muy bien y no lo

hacía menos fuerte.

Me dijo que para navidad me tenía una sorpresa, que me animaría más. Me deseó buenas noches, me dijo que podía salir de ahí cuando quisiera y que si era necesario podía pintar todo el cuarto.

—Después ya no tendré dónde pintar —le dije analizando su propuesta.

—Hay más cuartos en la casa sin usarse.

Lo miré, él abrió la puerta. No dije nada, sólo sonreí y salí.

Me quedé contemplando las paredes de la habitación teniendo en mente lo que Cameron me había dicho, pero descarté la idea de pintar todo el cuarto, aún no tengo esa energía, quizá algún día por distracción lo haría.

Aunque una pared no estaría nada mal.

Me agaché por una de las tantas cubetas chicas que había de pintura en el suelo. Me quité los zapatos y abrí la cubeta.

Color rojo.

Agarré la cubeta con las dos manos. Mezclé el bote.

Miré el caballete, el tamaño del lienzo, pero no era lo que quería.

Agarré vuelo y aventé la pintura a la pared blanca. El color rojo se escurrió cubriendo partes que antes estaban color blanco.

Eso se sintió bien.

Agarré otro bote, color amarillo y después naranja, azul, verde, la pared se manchaba de muchos colores. Estaba sudando, toda mi energía estaba en aquella pared.

Caí de rodillas frente a la pared, el plástico hacía que no se sintiera tan frío. Estaba cansada, quería dormir.

Salí del cuarto, escuché murmullos, no sabía de dónde venían. Me guie por la voz, cada vez más clara; era Cristina hablando por teléfono.

—...Ya te dije que no sé, en cuanto sepa algo yo te voy a llamar. Deja de marcar, cuando tenga esa información yo te la haré llegar... —Ella siguió.

No sabía con quién hablaba, pero parecía molesta. No quise entrometerme,

pero cuando me di la vuelta para irme, tiré un adorno que estaba en el piso.

Me dolió el pie y sabía que me iba a descubrir.

—...Te marco después. —Escuché.

Cristina se asomó con el arma en alto al pasillo donde estaba, me vio y se acercó a mí.

—Elizabeth, ¿se te ofrece algo? —preguntó.

Guardó su arma.

—No...—dije sujetando mi pie para sobarlo—. Ya es noche, salí del cuarto, terminé de pintar. Escuché una voz y me asusté...—Mentí.

Me daba vergüenza que supiera que la espíe.

—Era yo —dijo apenada—. Mi hermano... —Me explicó.

Entendía, tenía familia.

—No digas más, no pasa nada —le dije más calmada.

Al día siguiente le dije a Cameron que iría con Bruno, se rehusó al principio, pero le recordé que Cristina iría conmigo.

Me bañé, me arreglé y desayuné poco, aún no tenía tanto apetito.

Le di la tarjeta a Cristina, la leyó y parecía saber a dónde íbamos.

Manejó por media hora, llegamos a una calle llena de negocios, locales, y restaurantes. Había muchas personas caminando, todas con el mismo objetivo: comprar regalos de navidad.

Hacía más frío que de costumbre.

Me puse un gorro y una bufanda que traía por si acaso. Cristina me abrió la puerta frente a un gran edificio que decía en letras plateadas KLIMT.

Respiré profundo.

Al entrar me di cuenta de que estaba como en un negocio de modas con mezcla de revista, no sé realmente qué era.

La recepción era amplia; había salas de espera con sillones color blanco muy modernos. Los adornos consistían en obras de arte y los cuadros colgados

eran de modelos.

Detrás del escritorio de la recepcionista había cuadros más chicos con portadas de revistas con diferentes nombres. Había un letrero igual al que estaba afuera con las letras más delgadas.

La recepcionista era muy bonita; de estatura chica, muy delgada, ojos color azul y de cabello largo, ondulado y dorado.

—Buenos días —dije acercándome a ella.

El recibidor estaba lleno de personas, parecían modelos. Ahora entendía, quizás me quería ofrecer un trabajo, no de modelo porque no encajaba con el perfil, pero ahora que estaba en su oficina presentía que eso sería. No lo aceptaría.

—Buenos días. ¿Con quién viene? —preguntó sonriente.

—Buenos días. Vengo con Bruno Klimt —respondí enseñándole la tarjeta.

—¿Tiene cita? —Estaba interesada.

—Me dijo que viniera temprano, no lo sé.

—¿Cuál es su nombre?

—Elizabeth Azura.

Ella miró el monitor, parecía sorprendida, me indicó el camino. Me comentó que ya le había avisado que estaba ahí y me estaba esperando.

Me subí al elevador, le rogué a Cristina que se quedara a esperar y me dijo que estaba bien, pero que le hablara si pasaba algo.

Me sentí más relajada cuando se cerraron las puertas del elevador.

Cuando finalmente se abrieron en el piso que me había dicho la recepcionista, me asomé. Las paredes son color blanco con cuadros similares a los que había en la planta baja, tenía una alfombra color crema. Había dos recepcionistas.

Una de ellas, al verme, se levantó.

Era alta, de cabello largo, ondulado y rojo, traía puesta ropa oscura, lo que hacía que le resaltara el color de su cabello.

—¿Señorita Azura? —preguntó al verme.

—Sí —dije en automático.

—Por aquí... —Me indicó el camino.

Se detuvo en una puerta ancha color negro, había un letrero que decía *Director General*, supongo que era el puesto de Bruno ¿Quién lo hubiera imaginado?

Me ayudó con el gorro y la bufanda, ya hacía más calor. Tocó la puerta y se escuchó la voz de Bruno decir que pasáramos.

La oficina tenía una sala, en medio había maniquís vestidos de diferentes maneras, su escritorio era exageradamente grande color negro como la puerta.

Los cuadros que adornaban el lugar eran fotografías de Bruno con celebridades, algunos se alcanzaban a ver que estaban en eventos de KLIMT. Nunca me imaginé que fuera así de grande el negocio.

—Pensé que no vendrías —dijo saludándome.

—Ya ves, aquí me tienes —respondí.

—¿Quieres algo de tomar?

—Un café estaría bien.

—Monique, un café para la dama —le dijo a la recepcionista mientras se sentaba en su escritorio.

Ella asintió y salió de la oficina.

—Tuve una visita muy interesante hace horas... —Me platicó.

—¿De qué era?

Me senté frente a él.

—Conocí al señor Timeus.

—Ay no... —dije sonrojándome.

—Dijo que le habías platicado de mí —dijo sonriente—. Muy guapo, por cierto.

Me sentí rara cuando dijo que Cameron era guapo.

—Es como mi hermano mayor. —Le expliqué apenada.

—Eso me queda claro.

Me platicó un poco de la visita, dijo que lo cuestionó de lo que hacía y cuáles eran sus intenciones conmigo.

—¿Qué le dijiste? —le pregunté curiosa.

—La verdad, que mis intenciones eran malas. —Bromeó.

—Con honestidad. Así le caen bien a Cameron. —Seguí bromeando.

No sabía qué me pasaba, pero algo en mí se sentía diferente ¿Podría confiar en este hombre?

—Le dije que era para sacarte adelante, que te encontré tirada y llorando en el centro comercial...

—Así no fue.

—¿Estás aquí o no?

Sonreí.

Me confesó que podía llegar a intimidar, aunque eso yo ya lo sabía, pasaba antes conmigo hasta que empecé a verlo como mi hermano.

Cuando le pregunté por el motivo de mi visita, me dijo que lo siguiera. Quizá no era ofrecerme trabajo después de todo.

Lo seguí por el edificio, la gente se paraba a platicar, preguntar y enseñarle cosas hasta que llegamos a una puerta color rojo.

—¿Es una puerta a otro mundo? —pregunté jugando después de que mostró la puerta.

Sonrió maliciosamente.

—Ya verás —respondió.

Abrió la puerta con facilidad y me dejó entrar.

Había una oficina, un joven estaba en su escritorio sumergido en su trabajo que hacía en su computadora, no se percató que entramos.

Bruno no se detuvo, se dirigió a otra puerta que estaba al otro extremo, era

del mismo color que la primera.

Al abrir me di cuenta de que era una bodega; estaba llena de ropa, zapatos, accesorios, bolsas y muchas cosas que no imaginaba que existían. Era otro mundo.

Se escuchaba música movida.

Recorrimos algunos pasillos hasta llegar al centro, ahí había muchas personas; modelos y personal vistiéndolos. Cuando vieron a Bruno todos se pusieron muy tensos.

—¿Por qué se detienen? —pregunté desconcertada.

—Porque llegué —respondió victorioso.

—¿Qué hacemos aquí?

—Me vas ayudar. Nos van a modelar, caminarán con diferentes combinaciones, requiero tu completa honestidad de lo que te gusta o no.

—No considero que sea experta en el tema.

—Honestamente me agrada. Siéntate aquí —me dijo señalando una silla vacía frente a lo que parecía ser una pasarela.

—Sí —le dije obedeciendo.

—Relájate, no pasará nada. —Él sonrió.

Asentí nuevamente.

Estaba muy nerviosa y no sé por qué, era como si yo estuviera frente a él modelándole, el color de mis mejillas me delataba cuando me sentía así.

De reojo vi cómo se dio cuenta de eso, sólo sonrió, no me dijo nada. Me sentí más relajada.

Bruno me distrajo todo el día con esa actividad, fue una experiencia nueva, muy bonita.

Al principio tuve miedo de decirle a Bruno que era lo que me gustaba, pero después de varios regaños de su parte, cedí.

No consideraba mis gustos fueran de moda, pero me dijo que no lo iba a elegir yo, sólo quería saber mi opinión. Me sentí tensa al principio,

intimidada por los modelos, hasta que Bruno con sus palabras hizo que me relajara.

Al final de la tarde, me obsequió ropa que me había gustado. Intenté negarme muchas veces, eran de él, pero me ordenó que las aceptara.

—Y me estarás acompañando a eventos, no acepto un no como respuesta, te haré saber las fechas —dijo mientras me acompañaba a la salida.

—¿No aceptas un tal vez? —pregunté curiosa.

—No, necesitas distraerte.

—Está bien. Muchas gracias.

—Gracias a ti. Ahora si me disculpas, iré a terminar el trabajo que no pueden terminar correctamente sin mí.

Sonreí mientras él regresaba gritándole a Monique sobre unos reportes.

Salí del edificio para darme cuenta de que hacía mucho frío, estaba temblando. Había mucha gente pasando, miré al frente, Cristina tenía la puerta del carro abierta para que me subiera, pero detrás del carro del otro lado de la banqueta vi algo más.

A lo lejos lo vi de pie, con una gabardina color negro, una bufanda gris que le tapaba mitad de la cara, pero sabía que era él por sus ojos color verde.

Nuestra mirada se cruzó, cerré los ojos y los abrí, ya no estaba.

Todo fue producto de mi imaginación, Santiago no iba a volver, mi corazón y mi mente no lo querían aceptar. Dejé caer las bolsas llenas de ropa que Bruno me dio, me senté en las escaleras donde estaba parada y empecé a llorar.

El día de la carrera en Paradiso Blu llegó. Por hacerle caso a Cameron, debía asistir en compañía de Paolo, no intenté mucho arreglarme.

No tenía ganas de hacer nada, me miré al espejo, nunca me había visto así de mal.

—Elizabeth, el señor Noboa te está esperando en el recibidor. —Cristina interrumpió mis pensamientos.

—¿Ya es hora? —pregunté volteándola a ver.

Ella asintió.

Me maquillé un poco después de volver a ver al espejo, no podía seguir pareciendo momia, tenía veintidós años, aún me faltaba mucho más por vivir.

Hoy era uno de esos días que me sentía molesta, no tanto por él, sino porque dejé que me pasara eso.

Bajé las escaleras lentamente, honestamente me sentía un poco nerviosa, pero no lo iba a demostrar, era hora de que empezara a ocultar mejor mis sentimientos.

Lo vi esperando en el recibidor, estaba de pie y se había arreglado como si fuéramos a un evento muy formal, me ofreció su mano para dirigirme a la puerta.

Al salir me di cuenta de que estaba muy nublado, esperaba no lloviera porque también hacía mucho frío.

—Timeus nos verá allá —dijo mientras me abría la puerta del carro.

—Eso era de esperarse —respondí secamente.

Paolo se sentó a mi lado mientras Cristina se subía al carro para llevarnos.

—¿Sigues enojada por lo que pasó hace años? —preguntó Paolo sin mirarme.

—No. De hecho, eso que pasó, me hizo abrir los ojos y ver cómo son los hombres en realidad —contesté seria.

—También enseña como son las mujeres.

—¿A qué te refieres con eso?

—No me diste oportunidad, lo más seguro es que si hubieras querido realmente salir conmigo, le hubieras dicho a Timeus, él no puede decirte que no.

—Lo intenté. Él tenía razón.

—¿Así como lo hiciste con tu ex novio?

No se sabía ni su nombre. Recordé que le di esa información cuando estaba en Madrid.

—Y ya ves lo mal que hice por no dejar que Cameron lo investigara.

No me contestó, se quedó mirando la ventana. Me di cuenta de que Cristina nos observaba por el retrovisor, nunca estaré completamente sola.

Cameron tenía oídos en todas partes.

Al llegar a Paradiso Blu esperé a que abriera la puerta, me bajé, escuché un trueno, estaba por llover. Miré al cielo, se veía completamente gris.

No me dirigí al hipódromo cuando entramos, Paolo se dio cuenta y me siguió, no hablamos en todo el camino, me sentí tan rara, como si no estuviera en el cuerpo en donde debía estar.

Miré a lo lejos buscando a Máximus, estaba comiendo, se acercó uno de los trabajadores a él. Quizá lo iba a guardar, quería cabalgar y si pudiera escapar, lo haría.

Me metí al campo y caminé hacia el caballo. Paolo me sujetó la mano e hizo que me detuviera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó preocupado.

—Voy a cabalgar. Es mi caballo el que está allá.

—Creo que va a llover, no es buena idea ahora.

—¿Por qué estás aquí?

—No entiendo la pregunta.

—¿Qué haces en Sicilia? ¿En mi vida?

—Quiero hacer las cosas bien. Quiero salir contigo.

Me empecé a reír involuntariamente.

—¿En serio quieres salir conmigo? ¿Qué no puedes ver cómo estoy? —le respondí.

Sentí una gota fría de agua en mi rostro.

—Tienes razón, esto no puede funcionar si no me das una oportunidad.

Empezó a llover fuertemente, no me moví de lugar. El agua estaba fría, pero no me importaba.

El agua limpiaba todo, si tan sólo pudiera borrar todo lo que había pasado y que pudiera volver a empezar de cero.

—Tenemos que irnos. —dijo acercándose a mí para que lo escuchara.

—No, no estoy lista.

Miré al cielo, cerré los ojos y me dejé mojar. Abrí los brazos, dejé venir la lluvia, quería que borrara los rastros de lágrimas que aún debía tener.

Por primera vez en mucho tiempo no estaba pensando en nada.

Paolo me cargó, abrí los ojos, intenté decirle que me bajara, pero fue en vano. Me llevó a los establos donde recién acababan de dejar a Máximus.

Empecé a temblar, hacía mucho frío.

Cristina llegó corriendo, se mantuvo alejada de nosotros del otro lado del establo, vi cómo se escurría su cabello, también estaba temblando.

Paolo me colocó una manta que encontró en el lugar para los caballos, no me quejé, en verdad tenía mucho frío.

Él se estaba quitando su saco y lo exprimíó para sacarle el exceso de agua.

—Entonces, ¿quieres darme una oportunidad? —preguntó Paolo volteándome a ver.

—Quizá algún día, en un futuro. Por el momento no estoy en disposición de salir, no quiero herirte —respondí más calmada.

Se escuchó otro trueno, quería pensar que la carrera quedó cancelada.

Miré a Cristina, hablaba por teléfono mientras nos observaba. Cameron debía estar preocupado porque no lo fui a saludar.

—¿Recuerdas cuando te conocí? —le pregunté después de que no dijo nada.

—¿Cómo olvidar ese día? ¡Caíste de tu bicicleta sobre mí! —exclamó con una sonrisa.

—¡Ya no soy ella! —Le expliqué— ¡Quisiera serlo en ocasiones, pero no puedo volver al pasado!

Sentí que estaba gritando, el agua caía con fuerza a nuestro lado.

—¡Para mí sigues siendo la misma! —respondió acercándose a mí— ¡Y quizá algún día me perdones!

Me sujetó de la cabeza, sentí sus dedos enredarse en mi cabello que seguía

escurriendo agua y sin decir nada me besó, no sentí nada.

Me separé de él.

—¡No puedo hacer esto! —grité para que escuchara mi voz. Lo miraba fijamente a los ojos.

Salí corriendo del establo a la lluvia, corrí, quería ir a casa, se me atoró el pie y caí al suelo. Estaba completamente llena de lodo, muchos recuerdos invadieron mi cabeza, no quería pensar.

Me sujeté la cabeza intentando olvidar el día que conocí a Santiago, cuando me salvó, me preguntó si quería ser su novia en París, el baile de máscaras, la noche en mi recámara, la bala perdida... empecé a llorar y gritar.

El agua de la lluvia hacía que mis gritos no se escucharan y las lágrimas se perdieran con las gotas que caían, y después de un rato, respiré hondo, me calmé...

Eso pasaría...

Navidad la pasé enferma, sabía que tenía que pagar alguna factura por quedarme tanto tiempo bajo el agua y el frío.

Cameron me regañó porque dijo que pudo haber sido peor, también creo que no le pareció que rechazara a Paolo, no sabía a qué se debía, pero si fuera él debería estar feliz de que no quería salir con nadie.

Aún con lo molesto que estaba, organizó una cena, para eso llegó Katerina, Bruno y ese día Cristina fue mi invitada no mi guardaespaldas.

Me la pasé muy bien con ellos, aunque mi mente seguía pensando en Santiago, estaba enojada conmigo.

No era posible que pudiera seguir sintiendo lo mismo, me abandonó... Era su pérdida... Esas fueron palabras de Bruno, pero en mi mente quería que fueran reales. Quería creerlas, así me dolía menos.

Mientras Cameron despedía a nuestros invitados, yo me quedé en el comedor, lo había mandado adornar, había luces, esferas y un pino enorme con muchos regalos todavía sin abrir.

Me serví una taza de chocolate caliente, ya me sentía mejor de la garganta después de aquel día lluvioso.

—¿Te la pasaste bien? —preguntó Cameron sentándose a mi lado.

Asentí.

—Quisiera saber cuál es el ingrediente que me falta —me dijo—. Claramente no te hago feliz.

—No creas eso Cameron, en verdad, agradezco todo lo que haces por mí y haré un esfuerzo por dejar todo atrás. Lo he hecho antes. —Le recordé.

—Me preocupas.

—Yo sé. A veces me pasa eso.

—Debes dormir, mañana nos iremos de Italia.

—¿A dónde iremos?

—Tengo asuntos pendientes en París, por unos siete días, después debo ir a Berlín, y finalmente a Portugal.

—¿Aún no iremos a casa?

El negó con la cabeza.

—Está bien.

—¿Hay algo que te preocupe?

—Sé que quizá ni me recuerden, pero quisiera saber de Sofía y Tristán.

—Lo voy a revisar, te aviso.

—Gracias.

Cameron se levantó de la silla, me dio un beso en la frente y me dijo que iría a terminar algo a su oficina antes de irse a dormir. Le dije que me terminaría el chocolate caliente y me iría directo a mi cuarto.

Mi mente se mantendría ocupada por lo menos por el siguiente mes y tal vez algún día me guste alguien más o nadie. No debía ser así, pero quería olvidarlo.

Cuando llegamos a París, Cameron se tomó el día libre para salir conmigo. Ahora no sólo tendría a Cristina siguiéndome, también a todos los escoltas que seguían a Cameron, aunque sólo se veía Iván, sabía que había más.

Era 31 de diciembre, las calles estaban llenas, hacía mucho frío y viento.

Cuando estuvimos frente a la torre Eiffel, empecé a sentir mucho enojo, aquí era donde Santiago me había pedido que fuera su novia. Hizo que odiara ese monumento, no tenía ganas de pasar año nuevo ahí ¿Por qué de todos los lugares que había escogió ese?

—¿Estás bien? —preguntó Cameron mientras mirábamos la torre.

—Voy a estar bien... ¿Podemos pasar el año nuevo en el departamento? —pregunté triste.

Él miró la torre y después a mí, conectando todo lo que había ocurrido hasta que recordó, quise imaginar porque me abrazó y me mantuvo cerca de él.

—Haremos lo que tú quieras, no lo recordaba. Tenía unos pendientes aquí y no pensé... —Él explicó.

—Llegará un día en el que no me importará... —contesté mirándolo.

Él sonrió.

Pasamos año nuevo en el departamento como se lo pedí, juntos, como la pequeña familia que éramos. No hubo compañeras o parejas como él les decía que interrumpieran nuestra cena y el conteo de las uvas.

Sonreí como hace mucho que no lo hacía, creía que de todas las personas que habían estado en mi vida, él era el único que se había quedado.

Confiaré más en que él sabía lo que hacía y me cuidaba.

—Cameron, ¿te puedo hacer una pregunta? —le pregunté cuando estábamos en el avión que nos llevaría a Alemania.

—Depende —dijo serio.

—¿De qué?

—Hazla y yo veré si puedo responderte.

—Está bien ¿Puedo ayudarte en alguno de tus negocios?

Se me quedó viendo sorprendido de mi solicitud.

—¿Por qué quieres trabajar? Ya te dije que mientras estés a mi lado no tienes por qué pensar en trabajar. Aparte ya tienes el trabajo de volverte loca por tu propia cuenta —respondió.

—Quiero distraerme y pensaba en que tienes 64 negocios, tiene que haber uno en el que te puedo ayudar.

—Buscaremos otra cosa para que te distraigas. Aún no estás lista.

No sabía si algún día estaría lista para él, pero ya no insistí, buscaría otra cosa para distraerme.

Berlín, Alemania

Bruno me marcaba todos los días, me hacía preguntas extrañas que tenía que contestar sin pensar y después me platicaba de su día.

En muchas cosas me sentía identificada con él, pero otras éramos polos totalmente opuestos. Bruno llegó en el momento indicado a mi vida, porque era muy importante que mi mente se mantuviera ocupada.

El viaje a Alemania se alargó más de lo que yo esperaba, Cameron se la pasaba en la calle y no regresaba hasta muy tarde, a veces llegaba de buen humor, otras veces llegaba y se encerraba en su recámara.

En la lista que me enseñó de sus negocios no venía donde estaba cada uno y en los diez años que había estado a su lado, habíamos venido una vez, quizá lo dejó encargado con alguien y no estaba dando resultados...

Rentó un departamento mediano para los días que nos íbamos a quedar. Tenía un estilo contemporáneo, el edificio era color blanco y estaba cerca de un centro comercial; me dijo que fue a propósito para que me pudiera distraer.

Cristina me ayudaba a cocinar galletas, ya se reía conmigo y estaba segura de que pronto me diría Eli, eso me hacía feliz, por fin sentía que tenía una amiga que me cuidaba.

—Elizabeth, ¿crees que cuando vayamos a Portugal pueda tomarme un día?
—preguntó Cristina apenada.

—Tengo que preguntarle a Cameron, pero no creo que tenga problema. Nunca te has tomado un día de descanso —respondí.

Creía que ese trabajo había destruido su vida social, se merecía ese día y otros más de vacaciones.

Escuchamos que golpearon la puerta fuertemente, era un golpe de desesperación por querer entrar. Cristina sacó su pistola, me dijo que me quedara en la cocina.

No la obedecí, la seguí a la puerta principal.

—¡CAMERON! ¡ELI! —Escuché que gritaron.

Cristina volteó a verme.

—¡POR FAVOR! ¡ÁBRANME! —Escuché otra vez.

Reconocí la voz de Katerina. Corrí abrir la puerta, aunque Cristina quiso detenerme fue muy tarde, ya la había abierto.

Katerina sujetada el marco de la puerta, tenía los ojos vidriosos cuando me vio, su cabello estaba despeinado, el saco que traía puesto lo tenía mal amarrado.

—¿Katerina? —pregunté al verla.

Estaba nevando afuera ¿Debía de preocuparme?

—¿Cameron? —preguntó sin entrar.

—No está —contesté acercándome a ella.

—Necesito...que...lo encuentres...

Ella entró al departamento, se acercó a mí, me intentó abrazar, la detuve como pude y de pronto sentí que se desvaneció, estaba inconsciente.

Terminé en el piso por el peso, la intenté voltear. Descubrí una mancha de sangre en su espalda.

Capítulo 8

Venecia

Cristina cerró la puerta después de ver la sangre. Sacó su celular y marcó para pedir una ambulancia.

Entre las dos volteamos a Katerina. Sus ojos estaban cerrados, pero aún respiraba, podía ver su pecho moverse.

La herida provenía de la espalda, la alfombra se estaba manchando de rojo, no paraba... Mi corazón se aceleró. ¿Cómo llegó aquí? ¿Por qué estaba herida? ¿Estarían afuera esperando?

—¡Mírame Elizabeth! —gritó Cristina.

Estaba temblando y recordé el día de brujas en Londres, el sonido de las llantas y los disparos, Santiago. Todo me empezó a dar vueltas. Katerina no respondía.

—¡Elizabeth! —Escuché que Cristina gritó nuevamente—. ¡Necesito que te quedes conmigo!

—Aquí estoy... —le dije sin poderla enfocar.

—Ayúdame. Tenemos que llevarla al hospital, la ambulancia no llegará a tiempo...

La empezó a mover para poderla cargar, parecía una muñeca, no se movía.

—¿Cómo sabes que no están afuera? —pregunté asustada.

Se me quedó viendo y después sacó su celular. Habló en códigos con la persona del otro lado del teléfono y luego colgó.

—No hay nadie. Vamos —dijo finalmente.

Entre las dos cargamos a Katerina, una parte de mí creía que era una pesadilla, pero la otra decía que debía ser fuerte y aguantarme las ganas de salir corriendo.

Cristina abrió la puerta y aunque dijo que no había nadie afuera, sacó su pistola. Siempre que veía un arma mi corazón se saltaba un latido, era

aterrador.

—Sólo tenemos que llegar al carro, de lo demás me encargo yo —dijo Cristina muy segura.

Asentí sin poder decir nada.

No supe de dónde saqué las fuerzas para ayudar a cargar a Katerina hasta el carro, era un Mustang color azul del año, seguro llegaríamos antes que la ambulancia.

La pusimos en el asiento de atrás y mientras me abrochaba el cinturón Cristina sacó su celular, marcó y por sus expresiones sabía que estaba hablando con Cameron.

Le explicó lo que había sucedido.

—Vamos al hospital ahora...Ella está bien... —dijo volteándome a ver— ... No, nada fuera de lo normal... Lo vemos ahí...

Colgó sin despedirse.

—¿Cameron? —pregunté.

—Sí, quería saber que estabas bien.

—Me imagino, pero aquí la que necesita atención urgente es Katerina.

Ella asintió, aceleró.

Miré hacia atrás, Katerina no despertaba. Me pregunté cómo llegó a Berlín y quién la hirió de esa manera. ¿Cómo escapó?

Cuando llegamos al hospital, ya había personas esperándonos con una camilla. Cameron debía haber hablado.

La sacaron del carro de inmediato, yo los seguí, me emparejé con ellos y sujeté a Katerina de la mano. No dejaría que me corrieran esta vez. Tendrían que cargarme.

Los paramédicos no me dijeron nada. Los acompañé por muchos pasillos, todos eran igual para mí; llenos de cuartos, pacientes y enfermeros.

Al llegar a la sala de operación uno de lo que iba ahí, me dijo en mi idioma

porque no entendía el alemán, que podía esperar o entrar a un cuarto donde se podía ver lo que estaban haciendo mientras llenaba una hoja con los datos de Katerina.

Acepté enseguida; entraría para asegurarme de que estaría bien. Me dio una bata color verde para que pudiera entrar y me indicó el camino.

Entré a un cuarto con paredes alfombradas color gris, rodeado por una banca acolchonada color negro, había una mesa, una cafetera con vasos, azúcar y crema a un lado.

Había una ventana que ocupaba la mitad de una de las paredes, desde ahí se veía la sala de operación.

Estaba muy nerviosa, no quería ver lo que estaban haciendo. Me preparé un café, me senté y miré la hoja que debía llenar.

Estaba en alemán, había cosas que entendí y otras que no. Logré poner su nombre y su fecha de nacimiento, pero dejé en blanco lo demás.

Escuché que se abrió la puerta, Cameron se acercaba a mí rápidamente. Me abrazó.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, estoy bien. Cameron, ¿qué fue lo que pasó? ¿Tienes algo que ver? —pregunté enojada.

—¿De qué hablas?

—¿Katerina? ¡Está herida!

—Ella se metió en problemas... Se metió donde no debía, ¿por qué debo ser yo el culpable? —respondió ofendido.

—¿Te das cuenta de que las personas que nos rodean salen lastimadas? —pregunté enojada, estaba pensando en Santiago.

Estaba por responderme cuando el doctor entró, le empezó hablar en alemán, él si lo entendía y lo hablaba perfectamente.

Se mantuvo serio todo el tiempo, no sabía lo que estaba pensando. Tenía muchos sentimientos encontrados, uno de esos era que ahora podía entender por qué Santiago me dejó.

No me quitó lo enojada que estaba por haberme abandonado, pero lo entendía.

Éramos imanes de la mala suerte, sólo cuando estábamos los dos, no nos pasaba nada.

—Katerina va a estar bien —me dijo Cameron al terminar de hablar con el doctor.

—¿Qué fue lo que la hirió de esa manera? —pregunté preocupada.

—Un cuchillo. Creo que la asaltaron...

Sabía que creía que lo culpaba, pero era mucha coincidencia. Si era verdad que la asaltaron, entonces estaba exagerando.

—Perdón, pensé que sería otro de tus ex empleados psicópatas.

—De ellos ya no debes preocuparte. No volverán a hacer nada.

Lo dijo muy seguro.

—Estaré afuera con Cristina.

—Sí. Te aviso cuando sepa algo más. No te vayas tan lejos.

Asentí.

Cuando salí Cristina estaba a lo lejos hablando por celular, al verme, me hizo una señal para indicarme que pronto estaría conmigo.

Me senté en la primera silla que vi, eso iba a durar mucho.

No sabía qué hora era, sentí como si hubiera estado ahí por muchas horas. Era raro, ¿Cameron sentiría lo mismo que yo sentí con Santiago? Lo vi muy calmado.

Sacudí mi cabeza intentando alejar pensamientos negativos.

—¿Estás cansada? —Escuché que preguntó Cameron.

—No —contesté.

No lo vi salir, se veía tranquilo.

—Katerina estará bien. Cerraron la herida, le dieron la sangre que necesitaba

y porque ustedes llegaron a tiempo, se va a recuperar.

Sonreí.

—Esa es una buena noticia, Cameron.

—Lo es. Ahora quiero que vayas a comprarle algo. No sé, flores o chocolates, mientras la trasladan a una habitación.

—Claro.

Sabía que quiso sonar más casual, pero su felicidad se demostró a través de cada palabra que dijo al pedirme que fuera a comprar esas cosas.

Él se fue después de darle unas indicaciones a Cristina.

No fui lejos, había tiendas de ese tipo de cosas justo afuera del hospital.

Se escuchó mi celular. Lo miré, era Bruno.

—Rápido, ¿amarillo o rosa? —preguntó Bruno en cuanto contesté.

—Rosa —contesté sin pensar.

—Bien... —Decía como si estuviera escribiendo algo—, ¿qué haces? ¿En dónde estás ahora?

—Escogiendo un regalo... Sigo en Berlín...

—¿Quién cumple años?

—Nadie, pero Katerina tuvo un accidente.

—¿La que estuvo en Navidad?

—Sí, está en el hospital. Cameron dice que estará bien. —Le expliqué.

—Es bueno saberlo... ¿Tú estás bien?

—Estoy bien.

—¿No me digas que sigues con lo de tu ex novio? Debiste haberle dado esa oportunidad a Noboa.

—Ese sentimiento no se irá pronto, aunque ya no quiero sentir nada y Paolo es historia no merece una segunda oportunidad... La que me preocupa ahora es Katerina.

—Cuando regreses, tenemos que salir a conocer más gente. Lo necesitas.

—Lo voy a pensar.

—No, ya me cancelaste varios eventos. No dejaré que lo pienses más.

—Dependerá de la recuperación de Katerina y la decisión de Cameron.

—Lo olvidaba... Tú hermanito... mmm...

—Preguntaré si puedo ir sola.

—Haz eso, hablamos mañana Elibu.

Sólo él podía decirme Elibu sin que sonara cursi. Sonreí.

Me distraje un rato viendo las flores, los globos, los peluches y las cartas. Pensé en Santiago, nunca le llevé algo de esas cosas cuando estuvo en el hospital, aunque ahora que lo pensaba, no hubiera cambiado nada.

Caminé por el pasillo del hospital con un ramo de flores, dos globos y varias cajas de chocolates. Cameron me envió el número del cuarto donde estaban.

Cristina me pidió permiso para hacer una llamada, estábamos frente a la puerta de la habitación, así que le dije que no había problema. Cameron y Katerina estaban del otro lado de la puerta.

Abrí la puerta con el número que decía en el mensaje, 275, había una sala y otra puerta del otro lado, puse las cosas en uno de los sillones junto a la segunda puerta.

La puerta estaba entre abierta, se escuchaban voces. Katerina ya se había levantado.

No quise interrumpir.

—¿Cómo se te ocurre venir a Berlín? —preguntó Cameron enojado.

—¿Cómo me preguntas eso? ¿Crees que vine por gusto? ¡Me hicieron creer que no estabas bien! —contestó ella igual de enojada, aún se escuchaba dormida.

—Hablamos ayer en la noche, ¿cómo voy a estar mal? ¿Cómo saben que estoy en Alemania? —preguntó más calmado.

—La misma manera que supieron en Londres... No estás haciendo un buen trabajo —contestó.

—No digas nada de eso.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que Eli sepa la verdad del porqué se fue Santiago? Todo por no hacer las cosas como debiste hacerlas desde un principio.

Mi corazón se detuvo. ¿Cuál verdad?

—Ya le dije la verdad —respondió secamente.

—¿Qué se fue a trabajar? ¿Esa verdad? Debe estar sufriendo igual que ella.

—Claro que no, si fuera así ya hubiera regresado.

—La ama, por eso no lo hace...

—Cállate... sólo cállate...

Siguieron hablando de algo más, pero yo ya había dejado de poner atención. Empecé a temblar, miré la puerta de la salida. ¿A qué se refería con eso? ¿Cuál era la verdad? Tenía que saber y Cameron no me iba a decir nada.

No la habían asaltado como me había dicho Cameron, eran las mismas personas, sus ex empleados... ¿Serían sus ex empleados?

Agarré mi bolsa y salí del cuarto.

Cristina no estaba por ningún lado. Era mi oportunidad o me detendrían; tenía que ir a Venecia, enfrentarlo y preguntarle por qué se fue.

Si me rechazaba podía cerrar ese capítulo de mi vida.

Caminé por los pasillos asegurándome de que no me estuvieran siguiendo.

Me sentía traicionada por Cameron y Katerina. ¿Por qué no me dijeron nada? ¿Cuál era esa verdad? ¿Estaría sufriendo?

Si Cameron sabía esto, ¿por qué insistió en que Paolo me acompañara ese día?

Yo también tenía poder en la decisión que pudo haber tomado, al menos que se haya sido porque no quería nada serio.

Me detuve en la entrada, respiré profundo. En cuestión de segundos, todo era

silencio, las ambulancias, enfermeras, enfermos y cualquier cosa que hiciera ruido quedó mudo.

Mi respiración era lo único que escuchaba y después algo invadió mi cuerpo con la necesidad de saber, enojo, tristeza, felicidad...regresé a la realidad.

Saqué mi cartera, la abrí, tenía suficiente dinero.

Miré atrás por última vez y salí del hospital.

Detuve a un taxi y con las pocas palabras en alemán que tenía, pedí que me llevara al aeropuerto más cercano.

Estando en el aeropuerto, me apresuré, compré una maleta pequeña en uno de los locales, vi pijamas, agarré dos y varias blusas que decían que amaba Alemania.

Después de eso, no fue difícil comprar el vuelo. Estaría en Venecia en pocas horas.

Si Cameron se daba cuenta, sería muy tarde, yo estaría volando. A esas alturas no me importaba lo enojado que iba a estar conmigo, yo estaría más enojada con él por haberme ocultado cosas.

Me subí al avión temblando. Era lo más atrevido que había hecho en mi vida.

No pensé en nada, ni en las consecuencias o el resultado. Para mi suerte quizá Santiago se encontraba en uno de sus viajes, respiré profundo, no podía pensar así, debía pensar que lo encontraría.

Venecia, Italia

Acababa de amanecer cuando llegué a Venecia. No recordaba haber ido antes, pero el paisaje era hermoso.

¿Qué estaba haciendo ahí? Quizá no era buena idea.

Mientras caminé por la ciudad, me sentí extrañamente libre. Cristina no estaba detrás de mí, no podía creerlo.

Era temprano por la mañana, todo lo que tenía que hacer era preguntar dónde estaba la dulcería, *Caramelle dolci*, aunque me preguntaba si seguiría

trabajando ahí.

Debía encontrarlo y si no trabajaba ahí, alguien debía de poderme dar información.

Mi celular empezó a sonar.

Estaba en problemas, lo miré, era Cameron.

Tenía dos opciones, contestar y que detuviera mi camino o no contestar y terminar con todo esto de una vez, pero se preocuparía mucho.

Tuve una idea. Rechacé la llamada.

Marqué el celular de Bruno.

—Rápido, ¿miel o mermelada? —contestó él.

Sabía que era yo.

—Mermelada —respondí.

—Escucho algo raro en tu voz ¿Qué pasa? ¿Estás encerrada en algún closet?

Me empecé a reír de los nervios, estaba hablando muy quedito sin pensarlo.

—Estoy por hacer la locura más grande de mi vida, quiero que me hagas un favor —respondí finalmente.

—Sólo porque no me quiero meter en problemas no preguntaré más.

—Gracias. Necesito que le hables a Cameron.

—Entiendo...

—¿Ya te habló? —pregunté preocupada.

—Ya van tres veces que lo hace y siempre tengo la misma respuesta, ahora ¿Cuál es el mensaje?

—Dile que estoy bien y regresaré cuando termine.

—¿Es todo? ¿No crees que me matará si le digo eso?

—Es mejor que lo que tenías antes.

—En eso tienes razón, pero creo que no lo hará feliz.

—Dile que sólo me comunicaré contigo. No te puede hacer nada así.

—Esa es una buena idea. Hablamos.

Colgué. Bruno era tan simple en ese aspecto, no tenía sed por información, hasta me daban ganas de hablarle y decirle realmente donde estaba. No lo haría.

Apagué el celular, sabía que Cameron no se cansaría de marcar.

Pregunté toda la tarde por direcciones, pero nadie me sabía decir dónde quedaba. Caminé por horas con una maleta vacía.

Me detuve en algunos puentes a observar el paisaje, estaba asombrada.

Quizá ya había conocido a alguien más.

No era buena idea estar ahí. Puse la maleta en el piso, me senté sobre ella. Tenía mucho sueño, hambre, estaba cansada, nerviosa, libre y aun así no pensé que fuera tan difícil.

Mientras atardecía el frío se incrementaba, sólo tenía la chaqueta que tenía el día anterior, tenía manchas de sangre de Katerina.

Sería mejor que comprara algo antes de que la gente que pasaba se diera cuenta.

Podría preguntar dónde quedaba esa dulcería mientras estuviera en el centro comercial.

La dirección al centro comercial fue más sencilla. Cuando entré, sentí calor, me quité la chaqueta y la guardé en la maleta que aún seguía arrastrando.

La sangre que tenía manchada se traspasó a parte de mi blusa, agradecí que fuera color oscuro.

Entré a varias tiendas cuando veía algo que me gustaba. Miré mi cartera, aún tenía efectivo, pero era justo para una noche en un hotel y una cena, por si no lo encontraba.

Si usaba mi tarjeta, era probable que Cameron descubriera donde estaba.

Necesitaba un abrigo, no sabía qué hacer, no pensé muy bien las cosas antes de venir.

Recordé que no le había hablado a Bruno para decirle cómo estaba. Saqué el

celular, lo prendí.

—¿Febrero o julio? —contestó cuando marqué.

—Julio, cumplo años —respondí.

—Febrero será entonces. Dime. ¿Cómo te va? —preguntó riéndose.

—Estoy en un dilema.

—Dime.

—Quiero comprar un abrigo, pero si lo hago Cameron sabrá donde estoy.

—Elibu, Cameron ya sabe dónde estás desde hace horas. Compraste un vuelo a Venecia y tiene tu nombre.

—¿Viene para acá?

—Para tu suerte, desviaron su vuelo, se tardará dos horas más en llegar, así que usa tu tarjeta. Tienes dos horas de ventaja.

—Gracias. Eres un buen amigo.

Sólo colgamos. Miré el reloj, no podía perder tiempo.

Agarré lo primero que encontré; compré dos abrigos, al pasar la tarjeta sabía que por un momento sabían dónde estaba y de ahí podrían empezar.

Venecia no era grande, pero no me detendría, no ahora que estaba ahí.

Salí de prisa del centro comercial.

Pregunté por la dulcería, hubo personas que me dijeron que quizá estaba fuera de la ciudad y por eso no sabían.

Era inútil. Caminé arrastrando la maleta, de vez en cuando miraba dentro de los locales, las calles, incluso de los carros que pasaban para ver si tenía suerte y lo veía.

Me senté en uno de los puentes, vi pasar debajo de mí góndolas con parejas y aunque sentí bonito al verlos también sentí un vacío en mi corazón.

Las cosas deberían ser simples.

Miré mi reloj de mano. El avión de Cameron debía estar aterrizando y yo no logré mi objetivo, respiré profundo mientras me levantaba de mi lugar.

El destino habló, si así tenía que ser, lo hubiera encontrado. Oficialmente me di por vencida, el tiempo se terminó y pronto Cameron estaría regañándome.

¿Dónde podía esperar a que me encontrara?

Fue un error haber venido, quizá estaba mejor sin saber lo que pasó en realidad. Me sentí como una loca; por impulsiva viajé sin pensar de un país a otro.

Había gente joven caminando hacia lo que parecía ser un bar. Los seguí, el establecimiento se veía bien, por fuera era color café; la fachada era como si fuera una cabaña.

Había fila para entrar. ¿Qué más daba? Me formé.

Había cinco personas antes que yo, entraron en grupo por lo que entré enseguida de ellos.

Hicieron que entregara mi maleta en el recibidor, me sentí libre al dejar que me la cuidaran.

Por dentro el bar era completamente de madera, tenía un estilo del oeste, como de vaqueros; así como lo ponían en las películas de Estados Unidos.

No estaba tan lleno como pensé, aún quedaban mesas vacías, pero me dirigí a la barra. Un hombre alto, corpulento y pelón estaba atendiendo.

No estaba acostumbrada a tener tanto miedo, pero era porque Cristina no estaba detrás de mí cuidándome. Todo me daba miedo.

Me senté.

—¿Ya la atendieron? —preguntó el barman.

—Acabo de llegar —contesté calmada.

—¿Qué le sirvo?

—Una copa de vino, la que sea que me recomiendes —contesté segura. Tuve un largo día de fracaso.

—Bien.

Lo vi agacharse, sacó varias botellas, me las enseñó y me pidió que eligiera una. Todas eran buenas.

—¿Vienes sola? —preguntó mientras servía mi bebida.

—Espero a alguien —contesté pensando en Cameron.

—Entonces, mientras esperas, esta bebida va por nuestra cuenta —dijo acercándomela.

—Gracias.

Miré la copa, era vino tinto, tenía la porción perfecta. La olí como si siempre lo hiciera.

El barman se puso a secar unos vasos que acababa de lavar, miraba como le hacía. Tenía mis dudas, no sabía si me iba a gustar. Después de revolverlo mucho, finalmente le di un trago.

Sabía bien, no era tan fuerte como me lo imaginé, estaba decente.

—¿Qué tal? —me preguntó.

—Sabe bien... —dije.

Empecé a sentir un hormigueo en mi lengua. El barman estaba viendo a otra dirección asintiendo.

Sentí como mis ojos se tornaron vidriosos, esa nunca era una buena señal... ya entendí...me drogó... Me levanté, pero mis piernas no respondieron de la forma en la que yo quería.

—Qué... —Intenté decir.

No salían palabras de mi boca.

—No te preocupes... —dijo con una sonrisa maliciosa.

Me recargué en la barra intentando poner mis pies en el piso, no me respondieron.

Mis ojos se empezaron a cerrar y todo me dio vueltas... Quisiera haberme quedado en Berlín, no hubiera venido. Cuando caí, alguien ya estaba detrás de mí, sentí sus brazos a mí alrededor.

Escuché el sonido de las olas del mar y gaviotas, olía a playa, estaba sobre algo suave. Me dolía la cabeza y sentía todavía que todo a mí alrededor daba

vueltas.

Abrí los ojos y me di cuenta de que era de día, estaba en un cuarto color blanco, me levanté, estaba sobre una cama. Traía unos pantalones de pijama y una blusa que decía que amaba Alemania, era lo que compré en Berlín.

Salté de la cama asustada.

Me mareé, me recargué un momento en la cama, no quería vomitar. Esperé un poco a que agarrara equilibrio.

Tenía mucha sed y la sensación de que quería vomitar.

Había dos puertas abiertas, el aire entraba haciendo que las cortinas largas color verde pistache se movieran de un lado a otro, eso era lo que me daba el olor a playa.

Salí corriendo como pude, pasé por una terraza que tenía una mesa con cuatro sillas. Bajé unas escaleras que daban a la playa para darme cuenta de que me encontraba en una isla.

Sólo estaba esa casa y a lo lejos vi un yate junto a un muelle. Lágrimas comenzaron a salir de mis ojos ¿Dónde estaba?

No podía quedarme ahí sin hacer nada, tenía que haber una salida.

Caminé para ver si había algo más, un pueblo escondido dentro de la isla, alguien que me pudiera ayudar. A lo lejos caminando en la orilla del mar, vestido completamente de blanco, lo vi.

No sabía si era mi imaginación y era lo que quería ver, me acerqué a él.

Levantó la mirada y me miró fijamente, yo no podía dejar de acercarme a él.

Se acercó a mí, y así, sin decir ninguna palabra, nos besamos. Santiago seguía igual a como lo recordaba.

Muchos sentimientos comenzaron a juntarse dentro de mí, enojo, felicidad, alivio, alegría, decepción, tristeza... Eso no estaba bien.

Me separé de él en cuanto recordé lo que pasó en el bar.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—¿Cómo llegué aquí? —pregunté enojada—. ¿Dónde estamos? ¿Dónde está Cameron?

Lo último que recordaba era que estaba en Venecia, entré a un bar a esperar a Cameron, me dieron algo de tomar y después...negro...

—Te lo explicaré todo. Ven, debes comer algo.

Él caminó de regreso a la casa de donde yo había salido, se mantuvo a mi lado sin decir nada. Seguía creyendo que todo era un sueño, no encontré a Santiago en Venecia, debía seguir drogada.

Me indicó donde sentarme. Estábamos en la terraza, de ahí podía ver el mar, se veía color azul con tonos verdes claros, muy tranquilo y como si no tuviera fin.

—¿Qué hacías en Venecia? —preguntó molesto.

—¿Qué hacía? Fui a buscarte...— Respondí triste.

Estaba claro que no quería que fuera.

—¿Por qué ahora?

—No, no, no... así no funciona Santiago. Yo te hice preguntas primero. —Lo interrumpí.

Tenía tantas cosas planeadas cuando lo viera, besarle era la primera, ahora sólo quería golpearlo y sacarle la verdad. Estaba enojada.

—Está bien. Llegaste aquí porque te traje —contestó una de mis preguntas.

—¿Tú me drogaste?

—No, pero si no hubiera llegado a tiempo, alguien más te hubiera llevado.

Me sentí más tranquila cuando dijo eso, me rescató.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

Me volteó a ver, parecía que la respuesta era obvia, pero quería saber.

—Cameron me marcó cuando supo que estabas en Venecia. Te estuve buscando todo el día. Me avisó que habías hecho un cargo en la tarjeta y de ahí me guie. —Me explicó—. Cuando entré al bar, vi que estabas por caer inconsciente, te saqué de ahí y me vine aquí al verte mal. Cameron sabe que estás conmigo, vendrá pronto, dijo que tenía cosas que hacer.

—Fue una estupidez de mi parte ir a buscarte... —dije apenada—. No debí

haber ido a Venecia, te hubiera marcado... pero cancelaste tu celular, no sé cómo Cameron tenía el correcto.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Para qué me buscabas?

—Quería saber por qué te fuiste sin decir nada... Ahora que lo pienso, pudiste regresar y no lo hiciste ¿Es todo lo que querías?

—¿De qué hablas?

—De lo que pasó en Londres... —dije pensando el día en el que estuve con él.

Se levantó de su lugar, se acercó a mí y se agachó para estar a mi altura.

—¡Nunca pienses eso! —exclamó enojado.

—No puedo hacer eso. Te amo y pensé que tú lo hacías, aunque no me lo dijeras... —Estaba llorando— ...y justo el día que te recuperas, me dejas plantada y te vas, huyendo de mí...

—Elí, cálmate... —Acomodó mi cabello alborotado.

—Lo siento... En cuanto llegue Cameron, me iré —dije mordiendo mi labio.

—Es que tú no entiendes nada. —Se acercó más a mí—. Eli, te amo —dijo con su nariz rozando la mía.

Cuando dijo esas palabras, me tensé; mi cuerpo no se movía, era como si hubiera dejado de respirar.

Mi corazón se detuvo por unos segundos, no sabía si era verdad lo que dijo o sólo estaba jugando con mis sentimientos.

Con todas mis fuerzas tenía que ignorar eso y preguntarle por qué me dejó.

—Entonces, ¿por qué me dejaste? —pregunté después de respirar profundamente.

—Eli... —decía él.

—Fue por mi culpa. —Escuché que dijeron.

Miré hacia atrás, Cameron estaba parado por las escaleras. Tenía a un lado a Katerina quien se balanceaba con unas muletas y junto a ella estaba Cristina.

Al inicio de las escaleras se habían quedado dos guardaespaldas, entre ellos estaba Iván.

Lo miré y no me levanté a saludarlos, no sabía que significaba lo que me estaba diciendo.

—Creo que nosotras estaremos adentro —dijo Katerina mirando a Cristina.

Ellas entraron al cuarto de donde yo salí más temprano.

Cameron se acercó a la mesa, se sentó en una de las sillas después de ponerla frente a mí para estar más cerca. Santiago se sentó al otro lado de mí.

—¿Cómo que fue tu culpa? ¿Tú lo corriste? —pregunté enojada, estaba pensando en la conversación que escuché en Berlín.

—Uno de mis ex empleados no cumplió con su palabra de dejarnos en paz y sabe que tú eres importante en mi vida. Así que amenazó a Dante, le dijo que, si seguía contigo, te iba a matar. —Me explicó.

—No tiene sentido... ¿Por qué no amenazarte a ti? —pregunté.

Estaba confundida.

—Para asustarme, destruir lo más importante de mi vida... Dante no te iba a dejar, pero cuando me dijo de la amenaza y te involucraba a ti, yo le pedí que se fuera.

Nunca lo había escuchado hablar así de honesto conmigo, al menos eso creía que hizo. Santiago me sujetó la mano.

No sabía qué decir, no era su decisión. Yo pude haber hecho algo, ingeniado un plan en el cual no me tendría que separar de Santiago, era mi vida y si me quisieran muerta, lo estaría con o sin él.

—¡No puedo creer que tomen esas decisiones por mí y todavía que tengas el descaro de que me quisieras hacer salir con Paolo! —exclamé enojada.

—¡Era por ti, para que no te hicieran nada y vivieras! —contestó Cameron molesto.

—¿Qué clase de vida tenía? ¿Fue así de fácil? Hubieran planeado algo más para terminar por odiarlos y así viviría como ustedes querían.

Me levanté de la silla, bajé las escaleras, pasé a Iván y al otro guardia que

estaban de pie sin moverse. Caminé por mucho tiempo por toda la isla.

Estaba enojada, feliz y triste al mismo tiempo. Quería calmarme, no podía creerlo, estaba ahí, regresó de alguna u otra manera.

Dijo que me amaba.

Quería hablar con Bruno, él podría darme dos cachetadas, hacerme reaccionar y así tomar una decisión.

Me senté cerca de la orilla del mar; el agua que llegaba ahí sólo mojaba mis pies. Me remangué el pantalón. No hacía frío, no sabía dónde estaba.

El sol comenzó a ocultarse, había tonos rojos y naranjas en el cielo. ¿Qué iría a pasar? ¿Santiago se tendría que ir?

Tenía ganas de gritar de puro coraje. Si era verdad lo que dijo Cameron, quizá Santiago si sufrió como lo dijo Katerina, me amaba y se mantuvo alejado para que no me pasara nada.

¿Capturarían a ese ex empleado? Si era así, entonces no había porqué seguir separados.

Definitivamente nací para tener una vida más calmada, eso que me había tocado vivir no era lo mío. No estaba preparada para estar pensando en ese tipo de amenazas.

Empezó a refrescar por la noche, las estrellas se veían más grandes de lo normal. Sólo alumbraba la luz de la luna y la que provenía de la casa.

—Tienes que comer algo. —Escuché la voz de Santiago.

Se sentó a mi lado, me dio un plato con comida. Me sacudí la arena de las manos con mi pantalón y acepté el tenedor que me estaba dando.

Tenía mucha hambre.

—Me pudiste haber avisado —dije mientras veía lo que me había traído de comer—. Y si querías que no te buscara pudiste romper mi corazón en ese momento. No hubiera ido a Venecia.

—Pude hacer muchas cosas de diferente manera —contestó.

Parecía arrepentido.

—No puedo creer que estás aquí. Hay muchas cosas que quisiera contarte y

al mismo tiempo tengo miedo de que mañana ya no estés —le confesé.

—No me voy a ir a ninguna parte, ya no huiré, no si eso significa perderte.

—¿Perderme?

—Me fui por cobarde Eli, no porque no te amara.

—Después de que vi lo que le pasó a Katerina, pensé que entendía porque te fuiste.

—¿De qué hablas?

—Somos imanes de la mala suerte. Mis papás, sus papás, tú, Katerina...

—No digas eso, claro que no.

—Nunca me perdiste, yo te perdí a ti.

—Ya no será así. No te dejaré nunca más. Tengo que terminar unos pendientes, pero sólo iré si tú me acompañas.

—¿No piensas regresar a la dulcería? Al menos que ya no trabajes en eso...

—Aún sigo trabajando ahí... pero creo que debo empezar de nuevo, lejos de aquí. —Se me quedó viendo—. De preferencia contigo.

—Cameron no me dejaría —respondí en automático.

—Yo sé cómo te dejaría —dijo acercándose a mí.

—¿Cómo?

—Cásate conmigo.

Capítulo 9

Barcelona

Cameron trajo un doctor a la isla para que me revisara y descartara que me hubieran drogado con algo que me causara efectos secundarios, yo me sentía bien, pero al igual que él, quería escucharlo de un profesional.

El tiempo era relativo en ese lugar, ya habían pasado dos semanas desde que me desperté, seguía sin saber dónde estaba, pero era la primera vez en mucho tiempo que Cameron me dejaba para irse a atender sus negocios.

No había podido hablar con él, seguía enojada por lo que hizo, fuera la razón que fuera. Me vio llorar todos los días, sufrir por él y no me dijo nada que me motivara a pensar que Santiago me quería.

Quería arreglar las cosas, no me sentía feliz cuando estaba enojada con él, quería contarle lo que Santiago me había propuesto, que nuestra relación volviera a ser la misma, pero por el momento no confiaba en él.

—Señorita Azura, la comida ya está lista —me dijo Cristina.

Me salí a caminar a la playa, me sentía libre, aunque no pudiera irme de la isla.

Cristina había vuelto hablarme de modo formal, aún estaba enojada conmigo porque me depositó su confianza y en cuanto pude, salí corriendo, no sabía si algún día me volvería hablar igual.

—Puedes decirme Elizabeth como lo hacías antes. —Le repetí.

—La comida ya está lista para cuando quiera —dijo como si fuera un robot y se alejó en dirección a la casa.

Por más que le pedía disculpas por la manera en la que me fui, no me perdonaba, quizá Cameron la regañó como nadie en su vida lo había hecho.

No sabía qué hacer. Sabía que quería mi felicidad, pero no podía hacer a un lado todo lo que él había hecho por mí.

Suspiré, cerré los ojos, quería borrar todo lo que había pasado y volver a empezar una vez más.

Escuché las gaviotas pasar cerca de mí, abrí los ojos, picoteaban el agua intentando sacar algún pescado que nadaba por ahí.

—¿Podemos hablar? —preguntó Cameron a mi lado.

Lo miré, se veía triste, nunca lo había visto así.

—Dime —contesté.

—Quiero pedirte perdón por como manejé la situación —dijo acercándose.

—¿Por qué lo ocultaste? ¿Por qué tomaste esas decisiones sin mi consentimiento? Me dejaste llorar noche tras noche... Tuve que enterarme por Katerina.

—¿Ella te dijo?

—Los escuché en el hospital...

—¿Qué escuchaste?

—Que las personas que atacaron a Katerina eran las mismas que atacaron a Santiago y que debía estar sufriendo.

—¿Es todo lo que escuchaste?

—¿Había más que escuchar?

Negó con la cabeza.

—No quería que te enteraras así.

—Lo peor es que no querías que me enterara de nada, me dijiste que la asaltaron.

—No sé manejar este tipo de situaciones, tú eres lo más importante en mi vida —me confesó—. Si algo te pasa, me muero. Eres mi hermana, mi mejor amiga y si era necesario iba a seguir intentando que lo olvidaras hasta que fueras libre.

Una lágrima se me escapó, nunca lo había oído hablar así. Me acerqué a donde estaba él. Su mirada no era intimidante, era de una persona normal, vulnerable y buena. Un lado de él que nunca había visto.

—Tú también eres muy importante para mí Cameron, pero tienes que dejarme tomar mis propias decisiones —dije mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Aunque tu decisión sea la muerte? ¿Aunque no sepas que es lo mejor para ti? —preguntó Cameron.

—No me voy a morir Cameron, ya me hubieran matado con o sin Santiago, tú mismo lo dijiste querían hacerte daño a ti —dije seria—. Si es sólo un ex empleado, puedes denunciarlo. La policía te ayudará, pero no tienes porqué modificar mi vida a como se te antoje.

—No es así de simple.

—Si lo es. Déjame empezar de nuevo, si te preocupa mi vida, déjame ir lejos donde nadie me conozca y así sabrás que estaré segura.

—¿De qué hablas?

—Santiago me propuso matrimonio para empezar una nueva vida juntos lejos de todo y lo estoy considerando. Si nos vamos lejos, estaré segura.

Cerró los ojos como si fuera una mala idea. Yo analicé lo que dije, no encontré mejores palabras para decirlo.

—¿Te quieres ir? —preguntó abriendo los ojos.

—No quisiera, pero dices que corro peligro aquí y sería igual con todos, Santiago, Paolo o alguien más. No podría ser feliz, aunque quisiera, no mientras esa persona esté suelta por las calles.

—Si atrapan a esa persona, ¿regresarías?

—Claro, eres mi familia y nunca querría alejarme tanto tiempo de ti.

Él sonrió, se acercó y me abrazó.

—Le aposté a Dante que no me lo dirías —dijo sujetando mis hombros.

—¿Apostaron? ¿Habló contigo?

—Sí, el día que te trajo aquí. Quería mi aprobación —me confesó.

—¿La tiene?

—Sólo si tú se la das.

Lo abracé, me hacía muy feliz que por primera vez en mucho tiempo me dejara tomar esa decisión, la más importante que jamás tendría que tomar porque pensaba durar toda la vida.

Lo extrañaría, pero sabía que estaría bien, tenía a Katerina de su lado y si la dejaba entrar a su corazón, sabía que todo iba a salir bien.

Ahora sólo era cuestión de hablar con Santiago y decirle la decisión que había tomado.

Le marqué a Bruno para contarle lo que pasó. Se había mantenido al tanto de todo y quería saber mi decisión para que él estuviera presente, quería conocer a Santiago.

Tenía curiosidad de saber qué pensaba de Santiago. Ya me había confesado que Cameron era guapo, no estaba muy cómoda con esa declaración porque no lo veía de esa manera, pero quería saber qué opinaba de Santiago.

Llegaría por la noche, y podré decirle mi respuesta a Santiago con las personas que quiero que estén presentes.

Después de mucho tiempo me sentía feliz.

—Entonces, ¿conoceré al tal Bruno? —preguntó Santiago mientras caminábamos por la playa.

No creía que tuviera un nuevo amigo.

—Así es. Es mi mejor amigo, así que todo depende de él —dije con una sonrisa.

—¿Tu decisión está basada en sus opiniones?

—Algunas. Ayudó a mantenerme ocupada mientras tú no estabas.

—Sólo por eso estoy agradecido, pero no por eso quiere decir que me va a caer bien. Aunque después de escuchar del otro, no puedo decir que él sea el único que te mantuvo ocupada.

—Paolo no significa nada para mí —le respondí—. Cameron quería que me olvidara de ti... no te debes preocupar, le dejé muy claro que no quiero nada con él.

—No puedo enojarme por eso, tome una decisión y tengo que aceptar las consecuencias, aunque eso no significa que Bruno no quiera algo contigo.

Sonreí. No le había dicho que le gustaban los hombres.

—Ven, quiero enseñarte algo. —Interrumpió mis pensamientos.

No dije nada, sujetó mi mano, miró a todas partes asegurándose de que no estuviéramos acompañados y se adentró por las palmeras que cubrían la mayoría de la isla.

No había pensado en que podría haber animales salvajes hasta que escuché el sonido de changos.

—¿A dónde vamos? —pregunté curiosa.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Entonces, te va a encantar.

Caminé a su lado, escuché todos los sonidos que había en ese lugar, no sabía de qué eran. Miré a Santiago, él se veía muy seguro, sujeté su brazo y después entrelacé mis dedos con los suyos.

Me miró, se detuvo.

—¿Estás asustada? —preguntó curioso.

—¿Por qué asustada? Me encanta la vida salvaje —contesté sarcásticamente.

—Estás conmigo. No te pasará nada. —Me aseguró.

Sonreí.

Seguimos caminando, él apartó varias ramas para abrir el paso. La casa quedó atrás, no lograría volver sola, pero lo tenía a él.

Escuché el sonido del agua, ¿llegamos al otro lado de la isla? Era más chica de lo que creí.

Él se detuvo frente a mí, y después me indicó que viera al frente. Señaló en esa dirección.

No era el otro lado de la isla, era una cascada; el agua era cristalina, y caía sobre rocas. El manantial estaba rodeado de plantas exóticas, apenas y se veía el cielo de tantas ramas.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Me encanta —respondí.

Me acerqué a la orilla de una piedra para ver la cascada de cerca. Vi el agua caer con fuerza, salpicaba para todas partes. El agua era transparente y podía ver la profundidad.

—¿Quieres entrar? —preguntó a mi lado.

Lo miré.

—No tenemos traje de baño.

Se empezó a reír.

—No necesitamos.

Se quitó la camisa que traía puesta, me puse roja. Volteó a verme y después se subió a una de las piedras, miré el tatuaje en su espalda nuevamente, tenía que preguntarle qué significaba.

Se aventó sin pensarlo, lo vi llegar al fondo y después nadar a la superficie.

—Te toca. No está fría —dijo flotando.

Estaba temblando.

—Entonces, ¿por qué estás temblando?

—Nervios.

Sabía que estaba mintiendo.

Traía puesto un vestido de playa, así que fue fácil quitármelo. Él no dijo nada, estaba esperando paciente en el agua.

Me subí a la piedra de donde él se aventó. Se veía lejos desde ahí.

—Voy a envejecer aquí si no te avientas pronto —dijo al ver mi indecisión.

Eso era...eso era lo que iba a hacer pronto, me iba a aventar, saltaría de un lugar más alto. Mi vida cambiaría drásticamente, todo lo que había vivido con Cameron quedaría en recuerdos y podría hacer nuevos con Santiago.

Eso era...un salto...esperaría a que él estuviera abajo y me cachara.

Cerré los ojos, sabía porque no había dejado de temblar que el agua estaría helada, nada que no pudiera soportar.

Me aventé como él lo hizo.

El agua cubrió mi cuerpo, sentí escalofríos de los pies a la cabeza, estaba helada. Al mismo tiempo, un sentimiento de felicidad invadió mi cuerpo, él estaba ahí, a mi lado.

Nadé a la superficie, lo vi, seguía flotando.

—Dijiste que no estaba fría —dije al verlo.

No podía dejar de temblar.

—Tenemos una definición diferente de lo que es el frío.

Sonreí. Él seguía temblando.

Se acercó a mí. Nos recargamos en una de las orillas para no hacer tanto esfuerzo de mantenernos flotando. La cascada caía a nuestro lado, apenas y escuchaba mi respiración.

—Santiago, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Qué pasa? ¿Todo bien?

—Sí, no te preocupes.

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Qué significa tu tatuaje?

Sonrió como si se hubiera relajado, pensó que le haría una pregunta más difícil.

—Es de familia —respondió después de meditarlo.

Me le quedé viendo. Él me contó en París que fue adoptado y no sabía nada de su familia.

—Encontré una fotografía de mi padre cuando estuve con la familia que me adoptó, tenía el tatuaje en su brazo. —Él explicó.

—Entonces, ¿están vivos o no?

—El señor Holt me dijo que sí, pero no lo sé. Nunca los encontré.

Me quedé pensando, quizá con ese tatuaje se sentía unido a su familia.

—Es difícil de explicar —dijo intentando tocarse el tatuaje.

Lo toqué y lo delineé con mi dedo índice, no se le veía nada mal, me gustaba.

Le daba ese toque de chico malo, aunque sabía que no lo era.

—¿Cómo se verá en mí un tatuaje? —pregunté volteándolo a ver.

Sonrió.

—No deberías ponerte tatuajes.

—Tú tienes uno.

Me puso frente a él, me sujetó de la cintura para que no me hundiera. Por un momento olvidé donde estábamos. Me miró a los ojos, sentí mariposas por todo mi cuerpo, volaban y chocaban contra todo.

Era peor que antes de que se fuera. ¿Qué era lo que me hacía? ¿Por qué me sentía así?

—Te ves bien así. Muy bien —dijo serio.

—Está bien, no me pondré nada.

Se acercó y me besó. Me sujeté de sus hombros, era más alto que yo. Me acercó más a él y me abrazó, era como si no estuviera hondo.

Adrenalina recorrió todo mi cuerpo, de pies a cabeza, lo amaba. Eso era lo que me hacía...me sentía sola con él, no existía nada a nuestro alrededor.

Me sujetó del cuello, me besó la frente, la nariz, los labios, la mejilla, hizo un recorrido a mis hombros. Ese era un lugar feliz, un lugar seguro.

—Te amo, Elizabeth. —Me secreteó en el oído.

Solo así podía escucharlo, el sonido del agua que caía de la cascada cada vez era más fuerte.

Lo miré, me veía fijamente, estaba diciendo la verdad, al menos así lo sentí. Ese amor que sentía por él era mutuo.

—Y yo te amo a ti Santiago —le respondí.

Pude imaginarme así todos los días con Santiago. Lo besé como si no lo fuera a besar nunca más.

Lo amaba y nunca dejé de hacerlo.

Cuando vi llegar a lo lejos un yate, sabía que Bruno había llegado, finalmente lo vería después de mucho tiempo.

Katerina había organizado una cena. Iván y Cristina habían llevado leña a la playa toda la tarde.

Fui a recibir a Bruno al muelle. Santiago me acompañó, aunque no estaba convencido.

Cuando se bajó del yate, lo vi más alto que la última vez. Tenía una gran sonrisa en su rostro, al verme se acercó y me abrazó fuertemente; saludó a Santiago con un apretón de manos.

—Bruno, te presento a Santiago —le dije después de que lo saludó.

Bruno era más alto que Santiago, se le quedó viendo un rato y después sonrió.

—Mucho gusto —dijo Bruno.

—Mucho gusto —repitió Santiago.

Los tres nos fuimos caminando al lugar donde Katerina organizó la cena; ella aún traía muletas, pero sólo para recargarse, tenía que cuidar que su herida no se volviera abrir.

Para la ocasión habían puesto una fogata, ahí cocinarían el pescado; también colocaron una mesa de madera muy larga para que todos nos pudiéramos sentar.

—Señor Klimt —dijo Cameron dando su mano a Bruno cuando llegamos.

—Señor Timeus, señorita Glass. —Bruno se acercó a saludar.

Nos sentamos a platicar alrededor de la mesa, los temas de conversación iban saliendo poco a poco.

Santiago se me quedaba viendo y sonreía, tenía nuevamente esa mirada de cómplice que teníamos al principio de nuestra relación, me hacía ponerme nerviosa. Estaba sentado enfrente de mí.

Bruno estaba a mi lado, se dio cuenta de cómo nos mirábamos, sonrió, parecía que se burlaba de nosotros.

—Tengo que confesarte que te ves muy feliz. —Me secretó Bruno.

—Lo soy —contesté con una pequeña sonrisa.

—Aun así, tendré que hablar con tu novio. —Me advirtió.

—¿En serio?

—Sí, no es opción.

—Está bien, no lo asustes.

—Haré lo que pueda.

Santiago me miró fijamente, debía de pensar que estábamos planeando algo contra él. Sonreí, eso pareció relajarlo.

Al finalizar la cena, Bruno se acercó a Santiago, le dijo algo al oído y los dos se fueron a la terraza de la casa. No fui la única que los vio irse, Cameron también los observaba a lo lejos y al mismo tiempo ayudaba a Katerina a levantarse de su lugar.

No supe a qué horas dejaron de hablar, me quedé dormida y me levanté en mi cuarto, supuse que Cameron me había llevado.

Me arreglé y salí muy temprano, tenía curiosidad de saber de lo que hablaron porque se tardaron tanto.

Al salir de mi cuarto me di cuenta de que no había nadie despierto, debía ser muy temprano. Salí a caminar a la playa, el aire se sentía muy rico y apenas estaba saliendo el sol.

—¡Elibu! —Escuché que me gritaron.

Sólo una persona me decía así, lo miré, venía de prisa.

—¡Bruno! —Sonreí—. ¿Qué noticias tienes? —pregunté curiosa.

—Antes de dar mi veredicto, debes saber que creo que oculta algo —dijo preocupado.

A lo lejos vi salir a Santiago de la casa, se recargó en el barandal de la terraza; nos estaba viendo.

—¿Ocultando algo? —pregunté desconcertada.

—Es mi punto de vista, aunque él insiste que no es nada... puede ser —

respondió pensando.

—¿No te consta?

—No. —Él sonrió—. Por otra parte, te doy mi bendición si eso te hace feliz, aunque debo decirte que Cameron está más guapo.

Me reí.

Ya me había preocupado si era verdad que ocultaba algo, pero no le constaba, quizá era porque sabía mi historia y lo que sufrí, no quería que me volviera a pasar.

Lo abracé y le di las gracias por haberle dado esa oportunidad a Santiago.

Por la noche, Santiago me pidió que lo acompañara al yate, quería agarrar ropa ya que nos íbamos mañana. Cameron no me había dicho a dónde, él había salido y no sabía si ya había ido a todos los lugares a los que debíamos ir.

—¿Me puedes esperar aquí? —preguntó mientras llegamos al puente.

—¿Tengo que hacerlo?

Quería saber qué era lo que iba a hacer si me tenía que esperar.

—Sólo un momento.

—Está bien.

Sonreí.

Subió al yate, me quedé viendo el cielo; la luna parecía una uña y las estrellas se veían muy grandes, no se necesitaba luz.

Escuché ruido que provenía del yate, quería entrar, pero di mi palabra de que me iba a quedar en ese lugar.

Pasaron diez minutos más cuando se asomó del otro lado del puente y me hizo la señal de que podía subir.

Cuando por fin llegué, me di cuenta de que preparó una cena. Había una mesa con un mantel color azul claro, sobre la cual había dos platos, la comida ya estaba servida, una botella de vino y dos copas vacías.

Santiago puso música desde su celular, calmada y romántica. Había olvidado como era; romántico y dulce conmigo.

—¿Quieres cenar? —preguntó indicando la mesa.

Sonreí. En verdad estaba sorprendida.

—Claro.

Me ayudó a sentarme. La comida se veía deliciosa; pollo con una salsa blanca y verduras a un lado. Me esperé a que me sirviera vino, aún tenía miedo por lo que pasé en Venecia, pero con él, lo podía ignorar.

Estaba a salvo.

—Debes estar sorprendida —dijo al terminar de servirme.

—La verdad es que sí. Nunca habías hecho algo así, excepto en París, el día que me preguntaste si quería ser tu novia —le respondí.

—Entonces, sabes que es un día especial.

Lo había olvidado por completo, quizá quería una respuesta a su proposición antes de irnos y lo había hecho esperar varios días.

Aunque creo que fui muy clara aquel día que fuimos a la cascada. Más claro que el agua no podía ser.

—Sobre eso...—empecé a decir, pero él me interrumpió.

—Sé que llevamos poco de conocernos, y sé que eres muy unida a Cameron, pero creo que lo nuestro es de verdad, nos amamos y tal vez lo estés pensando mucho, pero Eli, yo te puedo ofrecer todo. Una vida nueva, un comienzo en blanco en el cual no nos tenemos que preocupar. No te hice una buena proposición antes y hoy quiero corregirlo.

Sacó una caja color negro de su pantalón, estaba nervioso.

Cuando la abrió me di cuenta de que era un anillo; de oro blanco con un gran diamante en medio y a su lado había dos diamantes más chicos.

Abrí la boca en asombro.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó serio.

—Sí —respondí casi como un susurro. Estaba llorando de felicidad.

Se levantó de su lugar, se acercó, colocó el anillo en mi dedo anular, me abrazó y besó.

El anillo era perfecto, no le cambiaría nada.

Me sentía tan bien a su lado como si no hubiera pasado nada de lo que viví días atrás y por primera vez en mucho tiempo, sentí seguridad de que no se iría de mi lado.

Acordamos que nos casaríamos lo antes posible para empezar nuestro futuro, con los días decidiríamos dónde vivir y qué hacer con nuestras vidas.

Nunca había sido tan feliz como en ese momento, sabía que tenía veintidós años y aún me quedaba mucho por vivir, pero no me molestaría vivirlos con Santiago, estaba completamente enamorada de él.

Me sacó a bailar. Lo miré a los ojos, la mirada que tenía era la del día en el que se fue, como de preocupación por algo. Sentí algo en mi corazón, no sabía si era porque sufrió y no quería volver a pasar lo mismo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Su expresión seguía siendo la misma.

—Creo que aún mi corazón no entiende que has regresado, veo la misma expresión que tenías cuando te fuiste —le confesé.

—¿Esto no es suficiente? —Sujetó mi mano donde estaba el anillo.

No sabía qué responder a eso.

—Esto significa que quiero pasar todos los días de mi vida contigo Eli, que pase lo que pase vamos a estar en esto juntos, no te volveré a dejar.

Se detuvo y me miró fijamente a los ojos.

—¿Me lo juras? —le pregunté sin parpadear.

—Te lo juro —respondió sin pensarlo.

Me sujetó de la barbilla y me besó. Mi corazón tenía que ceder, tenía que confiar en que esta vez sería diferente.

Aunque después de aquel día, creo que mi corazón ya lo había hecho por mí.

Lo abracé fuertemente y le dije que confiaba en él, aunque una parte de mi

dudara, me abrazó. Bailamos toda la noche hasta que vimos el amanecer, era hora de dormir, aunque fuera un poco.

Iríamos a Italia nuevamente, a Florencia. Cameron tenía un departamento de dos pisos ahí, cabíamos todos, aunque Katerina regresó a Londres y Bruno a Sicilia; ya habían tenido suficientes vacaciones y regresarían para mi boda.

En esos últimos días he sonreído lo que no había hecho en meses, sabía que me dolerían los labios cuando tuviera que estar seria.

—Sé dónde quiero casarme —le comenté a Cameron en el desayuno.

Santiago se estaba arreglando.

—¿Dónde? —preguntó Cameron mientras se servía café.

—Barcelona.

Él sonrió.

—¿En la casa?

—En el jardín. ¿Puedo?

—Lo que tú quieras.

Cameron se había portado diferente esos últimos días, quería pensar que era porque quería hacer las cosas bien y era como me demostraba que sus intenciones hacia mí eran buenas, quería que lo perdonara por lo que hizo.

Lo poco que le he pedido me lo ha cumplido, entonces no tenía por qué dudar de que me llevara a casa.

—Gracias —dije con una sonrisa.

Santiago bajó las escaleras poco después, se veía tan guapo como siempre.

Tocaron la puerta, los tres nos volteamos a ver.

Cristina salió de la cocina, los tres nos levantamos en automático, pero nadie fue a abrir. Cristina se acercó a la puerta y después de revisar por la ventana quién era, abrió.

Bruno entró tan de prisa que sentí nervios, pensé que estaba en Sicilia, después se nos quedó viendo y sonrió, en automático se me dibujó una sonrisa.

—Señor Klimt, pase —dijo Cameron acercándose a él.

—No tenemos tiempo, Eli, ya vamos tarde.

—¿Tarde? ¿A dónde vamos? —pregunté desorientada.

—Lo diré desde el principio para que entiendas. Timeus, me llevaré a Eli a probarse su vestido de novia, vamos tarde.

Miré a Cameron, hizo una señal de que podía ir. Santiago ya se había acercado a desearme suerte. Me despedí de los dos y me fui con Bruno, Cristina iba detrás de nosotros.

Parada frente a tres espejos que estaban en semicírculo vi el vestido de novia que Bruno había diseñado especialmente para mí.

Era hermoso, largo, parecía de princesa; no tenía mangas, estaba lleno de cristales y había un listón blanco debajo del busto, el listón caía por la espalda de una manera muy sencilla.

Era como si hubiera leído mi mente, sabía lo que quería.

—¿Qué opinas? —preguntó Bruno curioso.

—¡Increíble! —exclamé feliz.

—Esa es la expresión que buscaba. Voy por la mantilla, ya vengo —dijo mientras salía del probador.

Cristina estaba parada detrás de mí, la vi en el espejo, tenía los ojos vidriosos.

—¿Estás bien? —pregunté volteándola a ver.

Sabía que estaba enojada conmigo aún, pero ya pasó mucho tiempo y si algo le molestaba debía decírmelo.

Ella se mordió el labio.

—Te ves muy bonita... —me confesó.

Su voz se escuchaba diferente, como si estuviera triste al verme vestida así, ¿no querrá que me case? No, no podía hacerlo personal, quizá sólo era la emoción de la situación.

—Gracias —respondí sonriente—. ...pero ¿Qué pasa? —Insistí.

La curiosidad estaba en mi contra, quería saber y ahora me tenía que decir qué le pasaba.

—Es sólo que...creo que ya no me necesitarás. Me quedaré sin trabajo y me gusta mucho lo que hago.

—Hablaré con Cameron, trabajo si tendrás.

—Gracias.

Bruno regresó con la mantilla, me la colocó entre el cabello advirtiéndome que ese no sería mi peinado; cuando me vi en el espejo, estaba completamente enamorada de lo que Bruno había elegido para mí.

—¿Desde cuándo lo estás diseñando? —pregunté viéndome al espejo.

—Desde que dijiste que lo volviste a ver... y la llamada de Cameron de que diseñara el mejor vestido de novia para ti —respondió con una sonrisa.

—¿Ya sabía?

—Le pidió permiso y me habló en seguida, sabía que no te ibas a poder resistir. Conoce a su gente.

—Gracias, gracias, gracias. —Le repetí feliz.

—Ahora, aún tenemos tiempo, el cumpleaños de tu prometido se acerca. Tienes que sorprenderlo.

Después de la prueba de vestido, fuimos a un restaurante, ahí me ayudó a planear lo que haría, él se regresaría a su trabajo, entonces era totalmente por mi cuenta.

Nos veríamos antes de mi boda para los últimos ajustes. Estaba muy feliz por lo que estaba viviendo.

Al llegar a casa, no estaba nadie. Mi corazón aún no se reponía del todo, pero tenía que confiar que Santiago estaba con Cameron.

Me senté en la sala y prendí la televisión. Mi cabeza daba vueltas y vueltas de todo lo que había pasado en esos últimos meses, ¿estaba preparada para dar este paso?

Sabía que lo amaba, pero sólo eran meses lo que lo conocía y aunque nunca

me había hecho nada, sin contar su decisión por quererme salvar, no podía asegurar que sería así siempre.

Quisiera tener una bola de cristal que me dijera que me depararía el futuro con él, que me asegurara que siempre estaría a mi lado, me amaría y protegería.

No podía tener esos pensamientos, había tomado una decisión y me veía con él toda la vida.

Escuché que tocaron la puerta, esperé a que Cristina abriera, pero ella nunca salió de la cocina a donde la vi entrar, se me hacía raro que me dejara sola.

Tocaron nuevamente.

Me levanté de mi lugar y me acerqué a la puerta. Se escuchó nuevamente, pero era un toque que apenas se escuchaba, delicado, sin querer realmente que le abrieran.

Me asomé por la ventana que estaba a un lado de la puerta principal, Paolo estaba parado frente a la puerta, miraba su reloj y después a la calle.

Abrí la puerta justo cuando Cristina iba saliendo de la cocina, creo que el progreso que estaba haciendo con ella se fue al suelo por la expresión que tenía.

Con señales le dije que se quedara ahí y miré a Paolo que seguía parado en el marco de la puerta sin decir nada.

—¿Elizabeth? ¿Ahora tu abres la puerta? —preguntó sorprendido al verme.

—¿Qué haces aquí? —pregunté ignorando su comentario.

—Vengo a buscar a Cameron, tengo que hablar con él.

—Él no está. Le pudiste hablar a su celular.

—¿No está?

Negué con la cabeza.

—¿Qué es eso?

Me sujetó de la mano izquierda y la levantó para ver de cerca mi anillo, lo observó por segundos y después como si mi mano se fuera a romper la bajó delicadamente a donde la tenía anteriormente.

—¿Es un anillo de compromiso? —preguntó serio.

—Sí —respondí. Quería sonreír porque era algo que me daba felicidad, pero al ver su expresión no podía demostrarle eso, parecía molesto y dolido.

—¿Regresó?

Sabía que se refería a Santiago. Asentí.

—¿Y ahora te vas a casar? ¿No crees que te vaya hacer lo mismo? No lo conoces.

—Confío en él.

—Confías en todos, ese es tu problema.

—No voy a dejar que me hables así.

—Pues estás tomando decisiones equivocadas, si me dieras la oportunidad...
—decía él.

—No, no hables de eso. Te lo dejé muy claro. —Lo interrumpí.

Vi el carro de Cameron que se estacionaba frente a la casa.

—Debes ser igual que ellos.

—¿A qué se debe ese comentario? ¿Cómo que igual que ellos?

—Elizabeth, ¿está todo bien? —Cameron interrumpió.

En el jardín de la entrada estaban parados él y Santiago, no me di cuenta cuando se bajaron del carro. Paolo se volteó para mirarlos.

—Sí, todo está bien. Paolo quiere hablar contigo. Yo estaré adentro.

Paolo se acercó a donde ellos estaban, me puse nerviosa, no sabía qué era lo que quería.

—No, vamos a mi oficina —dijo Cameron a Paolo.

Paolo asintió y pasaron a un lado de mí.

Santiago se quedó en su lugar sin moverse, me acerqué a él.

—¿Está todo bien? —preguntó una vez que estuve frente a él.

—Sí —contesté sonriente.

—¿No estarás pensando que esto es una mala idea?

Negué con la cabeza.

—Lo bueno es que ya nos vamos de aquí y no me preocuparé de que te estén molestando.

—No tienes por qué pensar que dudo de lo nuestro.

Me abrazó fuertemente y me besó.

Marzo 14, su cumpleaños.

Cameron no me platicó sobre su junta con Paolo y la verdad no quería saberlo, entre menos supiera, era mejor para mí.

Sólo sabía que ese día Paolo salió molesto de la casa, quizá Cameron le dijo algo que no quería escuchar.

Ni se acercó a despedirse, Santiago estaba más que feliz por la forma en la que había cerrado la puerta al salir.

En verdad esperaba que lograra ser feliz con alguien que lo quisiera como se lo merecía, yo no podía ofrecerle nada, no lo quería y sea como haya sido agradezco a Cameron por haberme prohibido salir con él en su momento.

En ese día no pensaría más en ese asunto, era el cumpleaños de Santiago y era todo lo que me tendría ocupada.

Tenía todo planeado, lo hablé con Cameron, y me dejó hacerlo. Lo hacía para que yo supiera que me estaba permitiendo tomar todas mis decisiones.

Había estado distraído, así que quería imaginar que por eso me estaba dejando hacer lo que yo quisiera.

Por lo pronto, aprovecharía.

Cristina me ayudó a cocinar un pastel de chocolate un día antes, fue un reto distraer a Santiago, pero Cameron aceptó sacarlo a cenar, dijo que servía que hablaban a solas de nuestro plan.

Compré un globo muy grande que decía *felicidades* y le hice una carta.

Me paré frente a la puerta de su cuarto, tenía todo en mis manos, toqué la

puerta.

Cuando él abrió, lo felicité, lo abracé y lo besé, parecía sorprendido.

—¿Eli? ¿Por qué el pastel y el globo? —preguntó desconcertado.

Se estaba riendo.

—Hoy es tu cumpleaños, dijiste marzo 14, ¿verdad? —respondí.

Estaba segura de que había dicho ese día, aunque me hizo dudar con esa expresión, ¿habré estado bien?

—Lo sé, si es mi cumpleaños —dijo en tono de broma—. Sólo que cumplo veintinueve y eso quiere decir que siguen los treintas.

—¡Me asustaste! Tengas veintinueve o tengas cuarenta, te verás guapo y te amaré igual —le dije—. Te tienes que arreglar, tengo todo el día planeado. —Exigí.

—Está bien, ya vengo.

Se iba a meter cuando se acercó y me besó.

—Te amo —dijo.

—Y yo a ti —respondí.

No había nadie en el departamento cuando salimos, todo iba bien, él parecía que tenía curiosidad por saber a dónde lo llevaba, pero no me decía nada.

Mi plan era que lo hiciera. Debía tener esa intriga de saber a dónde lo llevaría.

—¿No me vas a preguntar a dónde vamos? —pregunté con una sonrisa.

—Sé que a donde me lleves, voy a ser feliz —respondió.

Así no funcionaba, tenía que ser curioso.

Cristina veía nuestras expresiones desde el espejo, supuse que lo estaba disfrutando.

—Es un lugar muy especial para mí. —Le platicué.

—¿De qué lugar hablas? —preguntó curioso.

Ahora sí, así era como me gustaba. Quería un poco de curiosidad.

—Tendrás que esperar —contesté.

—No se vale, haces que quiera saber y ahora no me dices nada.

Sonreí maliciosamente.

Se sorprendió cuando llegamos al aeropuerto. Cristina manejó hasta que estuvimos frente al avión que Cameron había rentado especialmente para nosotros.

—Tenemos que usar el avión para llegar.

Me quedé esperando a ver su expresión, estaba en blanco, no sabía si se sorprendió o no.

—¿Cameron te dejó? —preguntó viendo el avión.

—No del todo, él nos está esperando allá —le dije apenada.

—Está bien. Vamos.

Sonreí.

Nos bajamos del carro, el cielo estaba despejado y el aire fresco, era un día bonito, esperaba que a donde fuéramos también estuviera igual.

Personal del aeropuerto se acercaron a ayudarnos, nos guiaron a las escaleras que debíamos tomar para entrar al avión.

—¿Ya me dirás a dónde vamos? —preguntó Santiago antes de subir.

—¿Confías en mí? —Sonreí.

Él asintió.

—No empaqué mis cosas —dijo preocupado.

—Cristina me ayudó con eso.

Él volteó a ver a Cristina quien estaba bajando las maletas del carro, luego me volteó a ver a mí.

—Tienes todo pensado.

—Entonces, ¿estás listo para ir?

—Estoy listo.

Él respiró profundo y se subió al avión.

Cristina guardó las cosas y después se subió, era parte del trato, nunca quedarme sola. Aun así, sabía que confiaba en mí o en Santiago, cualquiera de las dos cosas me hacía muy feliz.

Durante el viaje lo vi muy pensativo, miraba la ventana como si intentara descifrar el rumbo que el avión había tomado, me volteaba a ver constantemente y con sus ojos me preguntaba a dónde íbamos, pero me resistí, me gustaba sorprenderlo.

Cuando finalmente aterrizamos, mis ojos se tornaron vidriosos, hacía mucho que no estaba ahí, amaba ese lugar.

Santiago descubrió donde estábamos cuando se abrió la puerta del avión, me volteó a ver y me besó.

Quizá sabía lo que significaba para mí llevarlo ahí.

—¿Me vas a llevar a tu casa? —preguntó curioso.

—Lo más cercano a ello. —Sonreí.

Le di la dirección a Cristina, nunca había ido y casi nadie sabía dónde quedaba. Cameron dijo que era porque era nuestro hogar, el único que no tenía una oficina, era una casa para una familia.

Cameron rentó un carro; audi A6 del año en color negro, nos subimos después de que acomodamos las cosas en la cajuela.

Cristina manejó siguiendo las indicaciones con ayuda de la dirección que le di y las que le habían dado un día anterior; se aventuró por varias calles, esperaba ver mucha diferencia, pero todo parecía ser igual.

Santiago sujetó mi mano todo el camino, la apretaba de repente, lo miré, creo que estaba más nervioso de lo que aparentaba.

Me preguntaba qué pasaría por su mente, esos últimos días lo había visto preocupado, mi corazón sentía algo y tenía que obligarme a descartar el hecho de que planeaba irse, tenían que ser nervios de la boda.

Me descubrió viéndolo, él sonrió, automáticamente me puse roja.

La casa seguía igual como la recuerdo; rodeada por una barda alta de ladrillos

rojizos, con una reja color negro que tenía un adorno de dos leones del mismo color. El jardín frontal era grande y en medio había una fuente que tenía cuatro niveles; pescados nadaban ahí.

Cuando Cristina nos abrió la puerta del carro y pisé el concreto, sabía que estaba en donde quería estar desde hace mucho tiempo, el día estaba soleado, era perfecto.

Se escuchaban pájaros cantar y el aire soplaba lentamente dando la sensación de que había un abanico. Santiago se acercó a donde yo estaba, observaba la fuente desde lejos intentando ver los pescados.

Estaba lista, eso era un paso muy importante para mí, nunca había llevado a nadie a ese lugar, sabía que el día que pasara sería porque él era el indicado.

—Antes de entrar Santiago, quiero que sepas que esto significa que eres parte de mi hogar ahora —dije frente a la puerta principal.

La puerta era de metal color negro como la reja, muy pesada. Cameron decía que nos protegía.

—Gracias por compartir esto conmigo —respondió Santiago.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Abrí la puerta con la llave que siempre traía en mi bolsa esperando a que un día como ese llegara.

La casa era de dos plantas, la de abajo consistía en una sala, cocina, comedor, recibidor y otra sala que daba al jardín donde quería hacer mi boda; en la planta alta había una sala en medio de cuatro habitaciones, dos sin usar.

—Antes de darte tu última sorpresa, quiero darte tu regalo —le comenté subiendo las escaleras.

—El regalo fue traerme aquí —respondió.

Lo miré, se veía feliz, sonreí.

Me detuve frente a mi cuarto. La puerta era color caoba, tenía colgada una letra E, color rosa con material de algodón, era un cojín, había olvidado que eso estaba ahí.

Abrí la puerta lentamente.

El cuarto estaba como lo dejé desde la última vez que estuve ahí. Tenía una cama king size, con un edredón color blanco de pluma de ganso, las almohadas eran de diferentes tonos de rosa.

Había dos cuadros en la pared sobre la cama, uno de mi familia; mis papás y yo de diez años; había olvidado su rostro. El otro cuadro era cuando yo tenía quince años, sólo Cameron y yo, la única familia que tenía.

Por último, había muchas repisas junto a la puerta del baño, todos los caballos de cristal que he coleccionado desde que tenía memoria, hacía mucho que no los veía, pero estaba el que estaba buscando.

Santiago se quedó mirando los cuadros y luego los caballos.

—No bromeabas con la colección —dijo Santiago viéndolos.

—No, es verdad —contesté apenada.

Estaba buscando uno en particular, los observé a todos, me encantaban. Lo miré, está ahí donde recuerdo que lo puse; un caballo de cristal con algunos detalles en plata era pequeño a comparación de los demás, el más delicado, pero ese era el que buscaba.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamé.

Se lo obsequié a Santiago.

—¿Me lo estás regalando? —preguntó observándolo.

—Es el primer caballo que tuve, me lo obsequió mi mamá, el más importante para mí. —Le expliqué.

—Entonces, no puedo aceptarlo —dijo devolviéndomelo.

—Me voy a casar contigo Santiago, pasaré mi vida a tu lado, acéptalo. —Insistí.

—Lo voy a cuidar con mi vida.

Sonreí al escuchar esas palabras, me acerqué y lo besé.

Su sorpresa aún no terminaba, lo sujeté de la mano, bajé las escaleras, él no sabía a dónde íbamos y miró a todas partes; me detuve al llegar al comedor.

Se sorprendió cuando Katerina, Cameron, Cristina y Bruno estaban esperándonos sentados ahí, después de todo, ellos eran mi familia. No conocía a nadie de sus amigos, entonces eso tendría que ser suficiente.

Me di cuenta de que también estaba Tristán, alto de cabello oscuro y de ojos color miel, pensé que Sofía también vendría, pero quizá podría llegar a la boda.

Santiago me volteó a ver, tenía una sonrisa dibujada en su rostro. Apretó mi mano.

En la pared había un letrero que decía: ¡FELICIDADES! Y otro que estaba segura de que fue idea de Katerina: ¡BIENVENIDO A BARCELONA!

Capítulo 10

Un nuevo continente

Katerina sacó un pastel de la cocina con ayuda de Cristina, lo puso en la mesa, nos acercamos a saludar y entre todos le cantamos por su cumpleaños, estaba rojo.

Cameron pidió hablar con Santiago, dijo que quería saber cómo iban nuestros planes, aunque él ya lo sabía todo.

Aproveché para acercarme a saludar a Tristán.

—No has cambiado nada —dijo después de que lo abracé.

—Creo que tú tampoco —respondí.

Estaba igual que la última vez que lo vi.

—¿Has estado viajando mucho? —preguntó curioso.

Nos sentamos en la mesa del comedor. Cristina se acercó a servirnos café.

Katerina y Bruno platicaban del otro lado de la mesa. Observé a Bruno y me vio, sonrió.

—Sí, ya sabes, desde que me salí de la preparatoria.

—Sí, aun así, no te olvido. Cameron me buscó hace un par de semanas para

decirme la buena noticia.

—Nunca me dice nada, los iba a buscar cuando estuviera aquí.

—¿Los iba a buscar?

—Sí, a ti y a Sofía.

Se mordió el labio.

—No sabes lo que pasó, ¿verdad?

—¿De qué hablas? Lo último que recuerdo, es que me dijo que le gustabas y quería salir contigo. ¿No funcionó?

Sus ojos se tornaron brillosos, quizá no debí decir nada.

—Sí funcionó. Salimos por un par de años y después nos fuimos por caminos separados. —Me explicó.

—¿Ella terminó todo?

—Sí y no. Terminó nuestra relación un día diciendo que tenía planes y que yo no estaba en ellos. Una semana después desapareció.

—¿Se fue a otro país?

—Eso quisiera Eli, reapareció después de dos semanas, sin vida.

No entendí lo que me estaba diciendo, una mujer de mi edad, muerta...No sabía qué decir al respecto.

Sujeté su mano y le dije que lo sentía mucho.

—Fue hace años y con el tiempo lo he superado. Quizá porque tuve tiempo de cerrar ese capítulo ¿Entiendes?

—No entiendo, yo no he terminado algunos capítulos de mi vida.

Hablaba de mis papás, no pude despedirme de ellos.

—No te pongas triste, hoy es un día especial, es el cumpleaños de tu prometido. Sonríe.

Él sonrió y fue contagioso, yo también sonreí.

No sabía cómo tomar la noticia que me dio, hacía mucho que no hablaba con ellos, pero era con quienes salía cuando estaba chica. Cameron los había

investigado, más bien a su familia y por eso podía salir con ellos.

Sofía lloró el día que le dije que viajaría seguido y tendría que dejar la preparatoria para estudiar en casa, prometimos que no nos separaríamos, pero eso fue lo que pasó.

Y ahora, nunca sucedería...

Eliminé ese pensamiento de mi cabeza, tenía razón era el cumpleaños de Santiago. Nos la teníamos que pasar muy bien.

Durante el día presenté a todos con Tristán, parecía que todos lo aceptaron de inmediato. Santiago se veía un poco cortante, supongo que no fue de su agrado o no pensó que tenía otro amigo que no fuera del círculo social donde siempre me movía, pero hizo el esfuerzo.

Finales de abril

Una semana para la boda y sentía que no tenía nada, los nervios empezaban a generar que me mordiera las uñas, había ido dos veces a ver una manicurista, todo debía ser perfecto.

Me había estado saliendo a correr todos los días, eso me había ayudado a calmarme y darle la bienvenida a todo lo nuevo que vendría.

Cristina me seguía, nunca corría a la par de mí, aunque en esos días no creía que fuera lo mejor porque no sabía qué era lo que me pasaba. ¿Eso era normal? ¿Voy a dejar a Cameron? ¿Me iré con Santiago a otro continente?

Me detuve después de que había corrido más de cinco kilómetros, observé a Cristina; para ella eso no era nada, debía entrenar muy duro todo el tiempo cuando yo no estaba fuera de la casa.

Respiré profundo, sentí el color rojo de mi rostro por el esfuerzo que había estado haciendo, me sujeté las piernas. Eso era lo que quería, lo que siempre soñé...

Recordé el día que estuve en Venecia, ¿por qué me torturo tanto? No se había ido de mi lado, ya pasó tiempo y seguía ahí siempre intentando sorprenderme con cenas y salidas a la ciudad, no lo haría si quisiera irse.

Pensé en lo que me contó Tristán sobre Sofía, no sé si lo quería o no, pero lo

dejó, y si lo quería, aunque le hubiera dicho lo contrario, quizá no le tocaría vivir la etapa en la que me encontraba. Tristán se veía tranquilo ese día, hizo las paces con eso, yo debía hacer lo mismo.

En cierto modo, si me despedí...

—Sabía que te encontraría aquí. —Escuché que dijeron a mi lado.

Me di cuenta de que Paolo estaba parado a mi lado, parecía que él también estaba corriendo en el parque que elegí por lo vacío que estaba.

Cristina estaba casi a nuestro lado.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté desconcertada.

—No del todo —respondió después de pensar su respuesta. —Estoy buscando a Timeus, pero ya que estás aquí, es mejor si lo hablo contigo.

—Eres terco, ya te dije que estoy feliz con Santiago, me voy a casar con él.

—Sigues con eso, creo que eres igual que ellos. ¿Crees que los dos han sido honestos contigo?

—¿De qué hablas?

—De Cameron y Santiago.

—Señorita Azura. —Cristina interrumpió.

Tenía el celular frente a mí, se veían los segundos que habían transcurrido de la llamada; estaba segura de que era Cameron, miré a Paolo que se quedó con las ganas de decirme algo más y tomé el teléfono.

—En este momento te vienes a la casa. —Me ordenó Cameron sin que yo pudiera decir algo.

—¿Qué es lo que Paolo busca contigo? —pregunté curiosa.

—Te diré todo cuando llegues, ahora despídete de él sin decir nada y Cristina te traerá a la casa. Me enteraré si haces algo diferente.

—Está bien —contesté.

Colgué el teléfono con más preguntas de las que tenía antes, miré a Paolo que se había mantenido a mi lado durante la llamada, sabía que escuchó lo que dijo Cameron.

—Déjame adivinar, ¿te tienes que ir? —preguntó al ver mi expresión.

Asentí.

—Tengo que irme. —Miré en dirección a Cristina.

—Sí algún día quieres saber la verdad, búscame —dijo Paolo dándome su mano como si se estuviera despidiendo.

Se acercó, me dio un beso en la mejilla, sentí raro.

—Espero nos veamos en otra ocasión. —Me secreteó en el oído.

Se dio la vuelta y siguió corriendo.

Sentí algo en mi mano, me di cuenta de que Paolo dejó un pedazo de papel con una dirección en Madrid, decía que no dijera nada. Memoriqué la dirección sólo por si acaso y lo rompí sin que Cristina viera lo que estaba haciendo.

Esperaba nunca tener que acudir ahí, confié en que me dirían qué pasaba.

Cristina me apuró a entrar al carro, sentí que no me estiré lo suficiente porque me empezó a doler el cuerpo. Me quedé viendo al vacío mientras recorríamos las calles, ¿a qué se refería Paolo?

Sacudí mi cabeza, debía querer confundirme y no lo haría, estaba segura de lo que quería.

Al llegar a la casa, me bajé de inmediato. No esperé a que Cristina me abriera la puerta, no me dirigí a bañarme primero, simplemente fui a la oficina que Cameron había instalado en estos días que íbamos a estar en Barcelona y toqué la puerta.

Después de algunos minutos, escuché que abrieron, Cameron estaba terminando una llamada.

—Es bueno saber que obedeciste, Elizabeth. Entra —dijo Cameron abriendo la puerta.

Escuché detrás de mí movimiento, Cameron saludó; era Santiago.

Lo miré, hice una pequeña sonrisa y entré a la oficina.

Me senté en el sillón que se encontraba frente al escritorio de Cameron, esperaba que no me mintiera como sabía que en algunas cosas lo había estado

haciendo, esperaba que supiera que no estaba tonta.

—Elizabeth, ¿estás enojada? —preguntó desconcertado.

—No. Quiero saber qué pasa —respondí.

—Noboa se presentó en la casa el día que te invitó a Paradiso Blu buscando hacer negocios conmigo. —Me confesó.

Se sirvió whisky en un vaso que tenía sobre la mesa.

—¿Por qué dice que tú y Santiago no han sido honestos conmigo?

Quería ser lo más directa posible para que me dijera la verdad.

Me volteó a ver, se me quedó viendo extrañado, esperaba que no fuera porque estaba inventando qué decirme.

—Se enteró de lo que pasó cuando amenazaron a Dante, cree que no lo sabes —dijo sentándose a mi lado.

—¿Del por qué me dejó?

—Sí, quiere que sepas la mala decisión que tomamos, pero espero ya nos hayas perdonado por eso.

Se escuchaba sincero, detestaba que siempre creyera que estaba diciendo la verdad...

—Tengo que confesarte que tengo mis dudas sobre eso, no sé si vuelva a suceder.

Me sujetó la mano y me miró a los ojos.

—Yo me voy a encargar de que nunca más vuelva a suceder.

Su mirada parecía que leía todos mis pensamientos, por primera vez en mucho tiempo me sentí intimidada y al mismo tiempo sentí protección.

—Muchas gracias —respondí.

Se acercó y me abrazó fuertemente.

El día de la boda no tardó en llegar, todo estaba listo; el jardín estaba decorado tal como lo quería con ayuda de Bruno.

La ceremonia sería pequeña porque no conozco a mucha gente, sólo algunos conocidos de Cameron que veía en eventos especiales y que saludaba, pero no importaba, tendría mucho tiempo de hacer amistades lejos de ahí.

Mi recámara se transformó en una estética donde me peinaría, maquillaría y vestiría, creo que nunca había visto mi habitación más desordenada que en ese momento, pero me puse muy nerviosa que no sabía lo que estaba haciendo.

Me estaban terminando de maquillar, ya estaba peinada, sólo faltaba ponerme el vestido que estaba tendido en mi cama.

Bruno dejó mi vestido justo a la medida.

Cameron abrió la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó asomándose.

—Claro —respondí levantándome de la silla donde me estaban maquillando.

—¿Puedo hablar con la señorita Azura un momento? —le preguntó a la señorita que me maquillaba.

—Claro. Me avisan para regresar y terminar —contestó amablemente.

Los dos la vimos salir del cuarto.

—¿Nerviosa? —preguntó volteándome a ver.

—Algo, siento mariposas en mi estómago. Es normal, ¿verdad?

Mis nervios se incrementaron.

—Si tienes dudas, puedes cancelar cuando quieras.

—No, no tengo dudas. Son nervios de felicidad, algo nuevo que viviré —contesté segura.

—En ese caso... —dijo sacando un sobre y una caja negra—. Este sobre contiene un número de teléfono donde me puedes encontrar las veinticuatro horas del día, sólo tú lo tienes. No se lo des ni enseñes a nadie más, ni siquiera a Dante.

Me entregó el sobre, no tenía nada escrito en la parte de afuera.

—¿Por alguna razón en especial? —pregunté curiosa.

—Considera este número de teléfono como de emergencia, sólo márcalo si es una emergencia. Si sólo quieres hablar, usa el que ya tienes —dijo serio.

—¿Crees que pasará algo así? ¿Qué lo tenga que usar? —pregunté preocupada.

—No, espero que nunca lo uses, pero no estarás cerca de mí. Nadie te puede cuidar como yo lo he hecho hasta ahora.

Sonreí. Ya entendí, estaba y siempre estará preocupado por mí.

Me acerqué a él y lo abracé.

—Entonces, lo cuidaré —dije mirándolo.

—Bien, y esta caja tiene mi regalo de boda para ti.

—Ya pagaste todo, eso es tu regalo.

—No es suficiente.

Cameron abrió la caja negra para enseñarme un collar con una cadena de oro blanco, tenía colgado una piedra mediana en forma de gota, brillaba mucho, muy bonito. Hipnotizaba si te le quedabas viendo mucho tiempo.

—Quiero que siempre lo traigas para que me recuerdes, de esta manera siempre estaré cerca de ti —dijo Cameron mientras me lo ponía.

Quedaba perfecto con el vestido.

Me miré al espejo, Cameron sabía que así me gustaban, ese era uno de los mejores regalos que me había dado.

—Nunca me lo quitaré. —Le aseguré.

—Y sabes que siempre estaré aquí para ti... —dijo triste.

—Y yo siempre estaré para ti, gracias por todo.

Le di un abrazo.

Lágrimas se me salieron de los ojos, lo iba a extrañar mucho.

—No llores que se te va a correr el maquillaje —dijo Cameron limpiando las lágrimas.

—Sí... —Sonreí—. Te voy a extrañar mucho.

—Siempre estaré cerca.

—Gracias.

—Por cierto, ya está aquí lo que pediste ¿Lo traigo?

—Sí y dile a Bruno que suba.

Había olvidado por completo que lo había pedido, Cameron me abrazó una vez más y salió del cuarto. La señorita que me estaba maquillando no entró, supongo que Cameron le dijo que aún no terminábamos.

No pasó mucho tiempo cuando escuché que tocaron la puerta. Me acerqué a abrir.

—¿No preguntas quién es? —preguntó Bruno.

Entró a mi cuarto, tenía el paquete en sus manos; era grande, plano y rectangular, parecía que para él no pesaba nada.

—Sabía que eras tú —le dije feliz.

—Está bien, ¿por qué no estás vestida? ¿Sabes qué hora es? —Estaba estresado.

—Ya voy, ya voy... quería darte algo antes —dije acercándome a quitarle el paquete.

—¿Me vas a dar esto que te traje?

—Sí...

—¿Qué es?

—Si lo abres, puedes ver.

Bruno lo miró y le arrancó el papel color café que lo envolvía, no pude verlo, estaba al revés, pero por la mirada de Bruno, supe que le había gustado.

—¿Son los lentes? —preguntó enseñándome el cuadro.

—Sí —dije sonrojada—. No había pintado nada en mucho tiempo y cuando te conocí, ese día, pinté esto. —Le expliqué acercándome a verlo junto a él.

—Pensaré un buen lugar para colgarlo.

—Donde quieras.

Me volteó a ver, sonrió, esperaba que si le haya gustado. Nunca le dije que lo había pintado, aún hace días no sabía si dárselo, pero era mi manera de darle las gracias por estar en esos momentos en los que lo necesité.

—Ya dejemos de hablar, te tienes que arreglar para la boda, ¡La maquillista! ¡El vestido! ¿Dónde está tu mantilla?

Bruno se puso histérico, salió corriendo, la señorita entró enseguida, me terminó de maquillar.

No lo veía tan real hasta que Katerina me terminó de hacer el nudo del listón. Me miré al espejo largo y grande que metí al cuarto con ayuda de Cristina, parecía una princesa.

La emoción que sentía era inmensa y al mismo tiempo moría de nervios. Todas las preguntas que había ignorado por un tiempo resurgieron, ¿tan rápido? ¿Dejaré a Cameron? ¿Me amaba? ¿Lo amaba lo suficiente para dar este paso? ¿Lo conocía realmente?

Estaba temblando, estaba muy nerviosa.

—Todo saldrá bien. —Me aseguró ella.

—No lo conozco tan bien ¿Es buena idea? —pregunté nerviosa.

—¿Lo amas?

—Sí.

—Entonces, terminarás de conocerlo cuando estén casados.

—Tienes razón.

—Yo siempre tengo razón.

Ella sonrió.

Nunca olvidaré sus miradas cuando salí al jardín, estaba recién podado, Cameron mandó a poner una carpa color blanco, había sillas con personas conocidas de él, no sabía si había de parte de Santiago.

En medio había un pasillo con una alfombra color blanco y pétalos color rojo

sobre ella.

A un lado estaban las mesas donde cenaríamos con manteles color blanco, floreros transparentes que tenían piedras hermosas de colores rosas y en otras son verdes, de diferentes tamaños al igual que las flores que lo adornaban.

El pastel estaba a un lado de la mesa que sería donde Santiago y yo nos sentaríamos, era de cuatro niveles, color blanco y en el nivel más alto había dos figuras; de una novia y un novio.

El escenario estaba instalado, había personas listas para empezar a cantar, estaban afinando sus instrumentos cuando pasé por ahí.

Santiago se veía tan guapo, se peinó de diferente manera y también se veía nervioso, pero no me quitó los ojos de encima.

Las personas que yo realmente quería estaban al frente. Había alguien más junto a Santiago, no sabía quién era, no lo conocía y no había escuchado de él.

Era igual de alto que Santiago, tenía el cabello dorado, sus ojos eran color azul. No era de aquí, ¿quién sería?

Cameron me estaba esperando al inicio del camino, él me iba a entregar, no podía pedir por alguien más apto para ese papel, claro, sería ideal que mi papá estuviera, pero sabía que donde quiera que estuviera, estaba a mi lado en ese día tan importante.

El sonido de un violín nos acompañó hasta llegar a donde estaba Santiago; mi mano temblaba de emoción y nervio, pero el ramo me ayudaba a disimular.

Las miradas de las personas que se encontraban ahí me hacían ponerme aún más nerviosa, pero caminé lento y seguro para no tropezar.

Cameron me tenía sujeta del brazo, creo que él también estaba nervioso, ¿qué es lo que estaría sintiendo en ese momento?

Al llegar, me abrazó y dio un beso en la mejilla, me sujetó de los hombros y dijo que me quería mucho, después volteó a ver a Santiago y le dio mi mano.

Santiago sonrió, me sujetó de la mano y todo empezó.

La ceremonia fue sencilla como lo esperaba, tuve nervios todo el tiempo excepto cuando acepté ser su esposa, señora Dante, sonaba bien.

Él no me quitó sus ojos de encima, me miraba y sabía que él sentía lo mismo que yo. Nos amábamos.

Cuando al final nos dijeron que nos podíamos besar, lloré de felicidad y lo besé como si no lo fuera a besar otra vez.

Escuché aplausos, me acordé de que no estábamos solos.

Para el vals escogí una de mis canciones favoritas de amor, en inglés, muy romántica; practicamos poco para el baile, pero creo que lo estábamos haciendo muy bien.

—¿Quién es él? —le pregunté pensando en su amigo.

—Él es mi mejor amigo, no sabía que iba a llegar, te lo quería presentar cuando llegáramos allá —contestó Santiago con una sonrisa.

—¿Allá? ¿Estados Unidos?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Kyle Thompson.

—Kyle... nunca me habías hablado de él.

—Descuida, una vez que nos instalemos ahí sabrás todo de él, incluso más de lo que quisieras saber.

Me sentí extraña que no me hubiera contado de él, pero lo entendía, por una parte, aunque tampoco yo le hablé de Sofía o de Tristán.

Siempre estaba hablando yo, rara vez me contaba de sus cosas. Ahora que estábamos casados, tenía todo el tiempo del mundo para terminar de conocerlo.

Bailé con Cameron después, parecía que estaba feliz, pero tenía nuevamente la mirada que intimidaba.

Me preguntó sobre Kyle, le contesté la verdad, le recordé que era parte de Santiago y no podía investigarlo, tenía que confiar en mí.

Se mordió el labio, no le gustaba estar en duda, me dijo que lo iba a pensar y seguimos bailando.

Fue el mejor día de mi vida; bailamos, comimos, platicamos, nos tomamos muchas fotos y conocí a más personas. Kyle resultó ser buena persona, aunque debía admitir que muy abierto, no tenía pena.

Lo primero que platiqué con él fue de sus salidas con Santiago. No se habían visto desde que estudiaban juntos en la universidad, pero se habían mantenido en contacto todo el tiempo, me dijo que era soltero, aunque tenía muchas parejas.

Me hizo recordar a cierta persona... Cameron.

Me advirtió que me presentaría a todas las novias que tuviera y que nosotros lo íbamos ayudar a elegir a la indicada.

Santiago se reía de mí al ver mis expresiones, no podía creer que era su mejor amigo, pero se llevaban muy bien.

Lo más cómico fue cuando bailó con Katerina, Cameron le había dicho que no quería bailar en ese momento.

En respuesta ella fue y sacó a bailar a Kyle, Cameron no dejaba de dar vueltas a la pista, era obvio que estaba celoso, pero como no quiso bailar; tenía que aguantarse.

Tristán fue un rato, solo, no sabía si era por Sofía, aunque dijo que ya pasaron varios años o simplemente quería ir solo. Nos felicitó y le pidió a Santiago que me cuidara, me deseó que tuviera mucha felicidad y se fue.

Bruno me presentó a su pareja; era más bajo de estatura que él, cabello color café y de ojos del mismo color. Era guapo, como él. Se llamaba David, no sabía si eran novios, sólo me lo presentó como su pareja y tenía pena de preguntar a qué se refería.

Las despedidas, eso fue lo más doloroso, despedirme de todos. Nos iríamos de luna de miel y después directo a Estados Unidos. Habíamos decidido vivir en Nueva York, y no sabía cuándo los volvería a ver.

Dejamos nuestras maletas preparadas el día anterior, estaba amaneciendo cuando entré a mi cuarto a recogerla, por alguna razón me sentí diferente ¿Era porque ya era señora? Me sentí extraña con ese título, pero al mismo tiempo muy feliz.

Me cambié a unos jeans y una blusa color verde, me puse tenis y dejé mi

vestido en la cama. Cameron me prometió enviarlo a mi nuevo hogar.

Me quedé mirando los caballos una vez más, no sabía cuándo volvería a ir. Siempre sería mi hogar.

—¿Quieres que envíe eso también? —preguntó Cameron detrás de mí.

—No. Quiero que se queden aquí, este siempre será mi hogar —dije volteándolo a ver.

Él sonrió.

—Tu taxi está aquí.

—¿Me ayudas? —pregunté señalando la maleta.

Él asintió.

Me acerqué antes de que cargara la maleta, lo abracé con todas mis fuerzas. Sabía que lo había hecho muchas veces, pero ahora que el taxi estaba esperando, me di cuenta de que era real, no sabía cuándo lo volvería a ver.

Él me abrazó, me pidió que me cuidara mucho y que siempre estaría esperándome.

Santiago ya me estaba esperando cuando salimos de la casa. Cristina le ayudaba abrir la puerta, la abracé antes de subirme, le conseguí que se quedara trabajando; ahora cuidaría de Cameron.

Una persona más en el equipo de seguridad,

Le di las gracias por todo y después de volverme a despedir de Cameron, subí al taxi.

—Señora Dante, ¿está lista? —preguntó Santiago sujetando mi mano izquierda.

Se veía mi anillo de compromiso más el de matrimonio; hecho de puros brillantes y oro blanco.

—Claro que sí señor Dante, ¿usted está listo? —le pregunté de regreso. Tenía una sonrisa que no me podía quitar.

La luna de miel comenzaría en Asia, iríamos a distintos países que

investigamos, se veían muy exóticos y tenían reseñas de personas que decían que debíamos de ir.

Me sentía muy nerviosa y feliz al mismo tiempo. No creía que me había casado todavía, parecía que estaba solamente de viaje con mi novio.

Tiempo después

Me encantaba dormir con él y levantarme a su lado, a veces se levantaba antes y me llevaba el desayuno, algunos días era al revés.

Todos los días salíamos a conocer el lugar en donde nos encontrábamos, a tomar fotos y comprar cosas, bueno yo más que él, las maletas iban a explotar.

Caminábamos por horas sujetados de la mano contemplando todo lo que nos rodeaba dependiendo de la ciudad en la que estábamos.

Por las noches siempre me sorprendía con un restaurante al cual teníamos que ir a conocer. Santiago dijo que tenía muchas sorpresas para mí y no mentía, todos los días me hacía sonreír, esperaba que así fuera siempre.

Habíamos llegado a Sydney, Australia cuando su celular empezó a sonar muy seguido. Él ignoraba las llamadas, pero conforme pasaban los días eran más insistentes.

—¿Quién te llama tanto? —pregunté mientras nos arreglábamos para salir.

Íbamos a ir a bucear, estaba muy emocionada.

—Es Kyle, suelo hablarle un día a la semana, pero no lo he hecho. Supongo que no entiende que estas semanas son diferentes —dijo mientras ignoraba la llamada.

—Debe estar preocupado, deberías contestar.

—Se puede esperar un día más.

Él sonrió, se levantó de la silla en donde estaba, se acercó a mí y me besó.

Lo abracé y lo besé también. Nunca me había sentido tan libre como ahora, no estaba esperando a que nos apuraran o que nos dijeran que debíamos ir a tal parte.

Ese era momento de él y mío. Lo intenté disfrutar al máximo todo lo que pude, estar a su lado me hacía feliz.

Cada día era diferente, pero mis sentimientos hacia él eran igual o más grandes. Aún me hacía sentir nervios y diariamente sentía mariposas en el estómago.

Más cuando recorría su mano de mi cuello a la parte baja de la espalda, me besaba y recorría el cuello, los hombros, el oído. Hacía que la adrenalina recorriera mi cuerpo y no me podía detener.

La experiencia de bucear fue increíble, tenía miedo de encontrarme con un tiburón, pero el guía nos mantuvo a salvo. Fue increíble ver la vida que había dentro del mar, los corales, los peces de diferentes colores y tamaños.

El miedo nunca se fue, pero debía admitir que los guías estaban muy bien capacitados y ayudó mucho el hecho de que Santiago se veía seguro, eso me relajó; si él estaba bien, entonces no tenía por qué no estarlo.

Nuestra luna de miel terminaría en las islas Maldivas, sinceramente, era el lugar que más esperaba ir. Los dos solos, privacidad absoluta, por fin.

El clima perfecto, el sol, el mar, la arena, él...

Tener nuestro bungalow privado fue lo mejor, teníamos tiempo para estar juntos, quedarnos en la terraza por las noches viendo el mar, la luna, las estrellas. Alguna vez nos tocó ver delfines, recordé cuando lo conocí.

Hacía menos de un año ¿Quién creería que ahora éramos esposos? Lo que me hizo pensar que algún día tendríamos familia.

No había hablado con él de eso, pero prefería esperar, apenas tenía veintidós años, podría esperar unos cuatro años más y así disfrutar.

—Señora Dante —dijo interrumpiendo mis pensamientos.

Me obsequió una copa de vino blanco.

—Señor Dante —respondí sonriente.

—No te pierdas.

Constantemente me repetía eso, decía que me iba a mi mundo y me desconectaba.

—Aquí estoy.

Sonreí.

—¿Lista para ir a nuestro hogar? —preguntó triste.

—Se pasó muy rápido este mes... —contesté igual de triste—. ...pero es hora de regresar a la realidad, ¿sabes dónde viviremos? —pregunté curiosa.

—Sí, por eso eran las llamadas de Kyle, debí contestarle antes. En cuanto supe, le hablé a Cameron, está en Londres.

—Sí. Hablé con él ayer, se escuchaba feliz.

—Sí. Creo que tiene buena compañía.

—Sí. Cuando está ahí, siempre tiene buena compañía.

Sonreí.

Se terminaba una etapa muy bonita de mi vida, que esperaba pudiera repetir año con año, que los dos nos fuéramos a tener una y otra vez la luna de miel sin nadie más, aunque fuera una semana en el año.

El último día nos la pasamos acostados en la playa bajo el sol; pusimos toallas, llevamos una hielera con comida y bebidas, estuvimos en relajación total. Cada vez que lo veía, me sentía muy afortunada por tenerlo a mi lado.

—¿Quieres meterte al mar? —preguntó.

—Claro, es el último día aquí y no sé cuándo volvamos a venir —respondí mientras me levantaba.

—Siempre podemos ir a la isla donde te propuse matrimonio.

Sonreí, era verdad, esa isla, privada y alejada de todo, aún no tenía idea dónde quedaba.

—Por cierto, ¿dónde queda?

—Es un secreto.

—No tenemos secretos.

—Es verdad, pero necesito un mapa para enseñarte.

—Entonces, puedo esperar a que lleguemos a la casa.

Él asintió.

El agua estaba fría, pero no me importó. Estuvimos ahí por mucho tiempo hasta que empezó a oscurecer, los dos agarramos buen color.

Esa noche, después de bañarnos, me llevó a la playa nuevamente. Había una mesa iluminada con antorchas a sus lados, un señor que tocaba el violín y un mesero esperándonos.

—No dejas de sorprenderme —dije mientras me ayudaba a sentar.

—Eso es lo que quiero hacer siempre —respondió.

—Muy buena respuesta.

Sonreí.

Después de que cenamos, me enseñó las fotos de nuestra luna de miel en la cámara, tendríamos que imprimirlas para hacer un álbum.

Bailamos con el ritmo del violín, suave y lleno de vida.

Me sentía libre y protegida al mismo tiempo. Todo era tan perfecto que quisiera detener el tiempo y que el momento durara para siempre.

Al día siguiente, los dos nos subimos al avión, íbamos a un nuevo comienzo, una vida para los dos. Estaba decidida a encontrar trabajo y él también; empezar de cero, por él, lo haría.

Me preocupaba Cameron, esperaba que ya no tuviera problemas y estuviera a salvo.

El vuelo duró mucho, estaba cansada; Santiago me mantuvo despierta todo el tiempo para poder caminar. Ya casi estábamos en nuestro nuevo hogar.

Era de noche cuando llegamos a Nueva York, Santiago pidió un taxi.

Las calles estaban llenas; una ciudad muy activa, había mucho tráfico, gente en la calle, la banqueta, locales, en todas partes.

El cansancio se esfumó. Estaba asombrada. Cuando pasamos por *Times Square* no pude evitar sentir emoción, me estaba enamorando de todo, las luces, la gente, la actividad, me dio energía.

—¿Ya habías venido? —pregunté curiosa.

—Aquí estudié. Aquí conocí a Cornelio —me platicó.

—Si no fuera por él, quizá no te hubiera conocido, aunque a él no lo conozco.
Él sonrió.

El taxi se metió entre calles, sería muy difícil aprender en dónde vivimos y más si lo recorría por la noche.

Las casas estaban pegadas, parecían departamentos de dos pisos, pero así era la vida ahí.

Se detuvo frente a una casa que era color café oscuro; tenía un árbol enfrente, una pequeña reja color negro, en seguida había escalones que daban a una puerta color blanco con el número 780.

Había una ventana del lado izquierdo, no permitía ver lo que había adentro por las cortinas, en el segundo piso se veía un pequeño balcón.

Ese era nuestro hogar, suficiente para los dos.

Al entrar me di cuenta de que era más grande de lo que aparentaba.

Las escaleras al segundo piso estaban en seguida de la puerta principal del lado derecho, del lado izquierdo había una sala con tres sillones, en medio había un pasillo que daba primero a una biblioteca que Santiago dijo que sería su oficina, a la cocina y al comedor.

En la planta alta, sólo había dos habitaciones, una sin utilizarse y la otro más grande era la de nosotros. Ya estaba todo instalado, la cama, la tele, nuestra ropa...

Ahí viviría con él por mucho tiempo.

Ese sería nuestro primer hogar.

Los días se pasaron muy rápidos una vez que nos instalamos, Santiago celebró mi cumpleaños número veintitrés invitándome a cenar, Kyle llegó ahí con una cita.

Parecía como si ya lo conociera desde hace mucho, más porque se la pasaba contando historias de cuando los dos estudiaban juntos y hacía que me sintiera en esas historias.

Había muchas cosas que no sabía de Santiago, pero me encantaba aprender de él con esas historias.

En mi cumpleaños no fue la excepción, me contó más anécdotas y sólo con eso parecía que lo conocía más.

Después de eso, los días se convirtieron en meses.

Conseguí trabajo como maestra de arte cerca de la casa y Santiago consiguió lo que siempre había querido, un buen puesto en el área de mercadotecnia.

Lo único malo era que el edificio donde él trabajaba estaba lejos y tenía que usar el metro, pero eso me daba oportunidad de arreglar la casa y cocinar la cena.

Me encantaba ver su cara cuando llegaba cansado y yo ya tenía la cena preparada.

La gente que nos rodeaba se había portado muy bien con nosotros.

Tenía una amiga nueva, Madison Odonell, también era maestra en el mismo lugar que yo, casada con un doctor así que prácticamente también lo veía hasta en la noche.

Era dos años mayor que yo, alta, delgada, cabello largo ondulado color dorado y de ojos color café. Casi todos los días caminábamos juntas; ella vivía a dos calles de nosotros, entonces nunca estaba sola en el trayecto a casa.

—¿Qué piensas poner de proyecto final? —me preguntó mientras caminábamos por las calles.

Les daba clases a jóvenes de dieciocho años y ella a los de veinte, podíamos compartir el mismo programa.

—Quiero que me sorprendan, saber hasta dónde llega su creatividad, quiero que usen cosas recicladas —contesté pensando.

—Eso suena interesante —dijo deteniéndose, ya estábamos cerca de mi casa.

Kyle estaba esperando, recargado en la reja, ¿qué hacía ahí? Al menos que Santiago llegara antes de tiempo, pero creo que ya le hubiera abierto.

Nos miró de lejos, levantó su brazo saludando emotivamente. Nos acercamos

poco a poco.

—¿Él es tu esposo? Se ve diferente en las fotos —preguntó Madison al verlo.

Yo me reí. Madison no había conocido a Santiago, llevaba meses intentando que se conocieran, pero por alguna u otra razón no se había dado.

—Él es el mejor amigo de Santiago, Kyle Thompson. Kyle, ella es Madison Odonell —dije presentándolos.

—Mucho gusto —dijo ella tímidamente.

Kyle sonrió y la saludó de regreso.

—Madison, nos vemos mañana —le dije.

Ella asintió, se despidió de los dos y siguió su camino.

—Si buscas a Santiago, creo que no ha llegado —le comenté abriendo la reja.

—Sí, lo sé. Lo esperaré, ¿Te importa? —respondió Kyle.

—No. Prepararé la cena.

—Deberías hacer pizza.

Entramos a la casa. Me dirigí a la cocina.

—Creo que haré lo que tenga... —contesté abriendo el refrigerador.

—Ya será en otra ocasión.

—¿Qué es tan urgente que debes hablar con Santiago? —pregunté curiosa.

Empecé a sacar las cosas del refrigerador.

—Es sobre un viaje que tenemos agendado, lo prometió hace un año. Claro, no estaba casado, pero lo prometió.

—¿A dónde?

—Es una convención de mercadotecnia en Chicago.

—¿De mercadotecnia?

—¿Lo dejarías ir?

—Sólo si es antes o después de navidad y año nuevo.

—Es antes.

—Entonces, no creo que haya problema.

Saqué un tomate, lo empecé a partir.

Santiago no había mencionado ese viaje, supuse que fue en el tiempo en el que no estuvimos juntos, debía haberlo olvidado.

Sentí un dolor en el dedo, lo miré, me corté... No dejaba de sangrar.

—Eli, ¿estás bien? —preguntó Kyle a mi lado.

Sujetó mi mano, la examinó. Agarró una servilleta y presionó la herida.

—Creo que estoy distraída.

—¿Tú crees?

Me enseñó la servilleta roja. Creo que me corté feo, me ardía la herida.

—¿Tienes un botiquín? —preguntó.

—Sí, creo que está en la biblioteca.

—Bien. Sostén esto, voy por el botiquín.

Fue rápido, no tardó nada en regresar con el botiquín.

Sujetó mi mano nuevamente, me lavó la herida en el lavaplatos. Dolía.

—Eso puedo hacerlo sola —le dije.

—Está bien. Lava la herida, agua nada más.

Kyle abrió el botiquín.

Después de que lavé la herida, pidió que me sentara, sujetó mi mano y no sé qué productos usó, lo untó en el dedo, grité del dolor.

—¡Cuidado! —exclamé enojada.

—Para mañana será como si no hubiera pasado nada —respondió triunfante.

Me colocó un curita y de repente ya no dolía.

—¿Cómo hiciste eso?

—Ya ves, remedios caseros que mi madre me enseñó de todas las veces que

ella se cortó. Ahora, ¿qué harás de cenar?

Sonreí. No respondí. Me levanté de mi lugar y seguí cocinando, él se quedó sentado en la mesa. El periódico que había leído Santiago por la mañana seguía ahí, lo agarró.

—¿Kyle? —Escuché que preguntaron.

Santiago entró a la cocina, yo seguía preparando la cena, espagueti, Kyle seguía leyendo el periódico.

—¡Santi! Ya estaba cansado de esperar, por poco me daba por vencido y me iba —dijo sin levantarse de su lugar.

Santiago se acercó y me saludó primero. Se dio cuenta de mi herida, de la servilleta manchada de sangre y vi su expresión de preocupación.

—¿Qué pasó? —preguntó Santiago.

—Me corté partiendo el tomate —confesé.

—Sí, casi se le salen las tripas. —Kyle interrumpió.

Santiago se empezó a reír y me contagié, me reí con él.

—Kyle me ayudo con su remedio casero.

—Bien. Eso es bueno —dijo Santiago.

Me besó y después se sentó en una silla junto a Kyle.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó a Kyle.

—La próxima semana es la convención —respondió con una sonrisa.

—¿Convención?

—¿No te acuerdas? —Insistió—. Ya hablé con tu esposa y acepta que te vayas por unos días.

Santiago me volteó a ver y yo sonreí, si era algo que le gustaba, no se lo iba a negar.

Kyle se fue después de explicarle cuándo se irían. Yo sólo podía agregar que se reportara, se iría por cuatro días.

Santiago me repetía que, si lo necesitaba, sólo debía hablarle y regresaría.

Creo que aún tenía miedo de lastimarme como lo hizo la vez que me dejó, pero no podía hacerlo, estábamos casados y creía firmemente que la promesa que hicimos en ese momento era real, siempre estaríamos juntos.

—¿Estarás bien sola? —preguntó Santiago antes de irse.

—Son cuatro días. Hablo a diario con Bruno y Cameron, ya quedé en salir con Madison. Su esposo estará en turno nocturno esta semana —contesté feliz.

—Te amo, eres la mejor esposa de todas.

—¿Todas? ¿Hay más? —pregunté bromeando.

Se empezó a reír.

—Yo también te amo —respondí.

Se acercó a mí, me besó y salió de la casa.

Los cuatro días se pasaron rápido, pero cuando él llegó parecía que no lo había visto en años, nos vimos y sabía que el sentimiento era mutuo.

Nos abrazamos, nos besamos y nos tomamos un día de descanso para salir y estar los dos solos.

Me contó poco de la convención, dijo que había esperado más de lo que les habían prometido, que, de haber sabido, no iba. Me dijo que me extrañó, aunque habíamos hablado todos los días cuando yo regresaba del trabajo.

Lo raro empezó días después, se quedaba trabajando hasta muy tarde, incluso nuestra cena de navidad y año nuevo fueron festejos muy pequeños porque no le habían dado los días.

Quería a veces que renunciara, pero él decía que amaba su trabajo, entonces yo no podía decir nada.

A veces llegaba temprano a la casa, pero se la pasaba en la biblioteca, su cumpleaños se acercaba y quería regalarle algo o llevarlo a cenar, pero no sabía si estaba disponible.

—¿Qué haces? —preguntó Santiago entrando a la cocina.

Estaba calificando los proyectos de mis alumnos, si él traía trabajo a la casa,

yo también lo haría para distraerme.

—Revisando proyectos —contesté.

—¿Estás enojada?

—No.

—¿Es porque tengo mucho trabajo?

Lo miré, se veía triste.

—Algo.

—¿Qué te parece si mañana vamos a cenar?

—Tenía miedo de que mañana no tuvieras el día libre —confesé—. Ya tengo todo planeado.

—¿Cómo?

—Por tu cumpleaños, tú no debes de hacer nada.

Se me quedó viendo y luego recordó que día era. Su cumpleaños número treinta, no sabía cómo se sentía, pero recordé que el pasado estaba negado.

—Está bien, mañana vamos a cenar.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Se acercó y me besó.

Dejé todo a un lado, solté la pluma con la que calificaba los trabajos, lo abracé. Él aventó los trabajos al suelo, no me importaba, los recogería después.

Me sentó en la mesa, lo abracé y lo besé.

Estaba conmigo, estábamos los dos, olvidando otra vez lo que nos rodeaba, el tiempo se detuvo. Sentí felicidad.

Para su cumpleaños lo llevé a cenar a un restaurante cerca de ahí que Kyle me recomendó. No invité a nadie, sólo nosotros dos, estaba muy feliz por poder hacer eso.

Hice que le dieran un pastel y le cantaran por su cumpleaños, estaba rojo de vergüenza, pero se tuvo que aguantar.

Cameron habló por la noche para felicitarlo, seguido de Bruno y Katerina. Los echaba de menos, cada vez que hablaba con ellos, quería ir a visitarlos.

Bruno dijo que estaba planeando un viaje en el verano, me avisaría qué día era el que podía llegar para que yo pidiera vacaciones.

Después del cumpleaños de Santiago, volvió a la normalidad; salía a tiempo, intentaba no quedarse tanto rato sumergido en cosas del trabajo y pasaba más tiempo a mi lado.

Aunque debía admitir que ahora parecía que estaba preocupado. Cuando le preguntaba, me decía que eran cosas del trabajo y no debía preocuparme.

—¿Son pendientes que dejas de hacer por estar aquí conmigo? —pregunté preocupada.

—No te preocupes por eso. Todo tiene que salir.

Me mordí el labio, se escuchaba muy serio.

—No pasa nada. —Repitió.

Estábamos acostados en la cama, era de mañana, no me quería levantar.

Estaba de espaldas, podía ver su tatuaje todavía, me daba tentación siempre, lo delineé con el dedo, dijo que le agradaba esa sensación.

Me abrazó.

Los días se pasaban cada vez más rápido, en todo el año Santiago no conoció a Madison así que organicé una pequeña cena para que también ella me pudiera presentar a su esposo del que siempre hablaba.

Santiago separó su día para estar presente.

Cuando finalmente el día llegó, Madison apareció sola frente a la puerta principal, su esposo no nos podría acompañar, entonces sólo éramos nosotros tres.

—¿Cómo están las clases? Eli me platica mucho de sus alumnos —le preguntó Santiago a Madison mientras nos sentábamos en la mesa, la comida

ya estaba en medio, lista para que cada quien se sirviera.

—Bien, creo que muchos tienen talento, aunque se ha perdido la pasión por el arte —respondió apenada.

—Sí, creo que en todas partes es así, siempre habrá unos que brillen más que otros.

Se escuchó que tocaron la puerta. No estaba esperando a nadie, al menos que Santiago hubiera invitado a alguien más.

Me levanté de mi lugar y me dirigí a la entrada; Kyle estaba frente a mí cuando abrí la puerta.

—¿Santiago? —preguntó.

Estaba agitado.

—En el comedor —dije sin saludarlo.

—Es urgente que hable con él.

—¿Qué pasa? —preguntó Santiago en el pasillo, estaba preocupado.

—Vamos a tu oficina.

Sin saber lo que pasaba, me empecé a preocupar, pero no podía dejar sola a Madison. Ella llegó al pasillo cuando entraron a la biblioteca.

Le dije que fuéramos a la sala y ahí nos sentamos a platicar.

Me contó algo que no me había platicado cuando nos conocimos, dijo que ella no era de Nueva York, pero se mudó por su esposo; yo me limité a contarle que era de Barcelona, aunque se lo dije el día que entré a trabajar.

Estuvimos por dos horas más en la sala, ellos aún no salían. Madison se tenía que ir.

—Por lo menos ya sé que si es el hombre de las fotos —dijo en la puerta mientras nos despedíamos.

—Tendremos que organizar otra salida y así conocer a tu esposo también —respondí.

—Sí, simplemente los hombres de nuestras vidas están ausentes.

—Para otras personas.

Ella sonrió.

—Es verdad, pero bueno. Nos veremos en la escuela.

Asentí.

Después de despedirnos, recogí la mesa, limpié todo. No se escuchaba nada en la biblioteca ¿Sería algo muy grave?

Estuve leyendo media hora más en la sala, no salieron. Terminé por ir a dormir.

Sentí cuando Santiago llegó al cuarto porque me dio un beso en la frente, pero estaba muy cansada para preguntarle lo que pasó que mejor esperararía a preguntarle por la mañana.

Capítulo 11

Regreso a casa

Me levanté muy temprano por la mañana, Santiago ya no estaba a mi lado, me puse una bata y bajé por las escaleras.

Empecé a oler a comida.

Cuando llegué al comedor me di cuenta de que me había preparado el desayuno.

—¡Feliz Aniversario! —exclamó cuando entré.

Ya estaba bañado, arreglado y listo para salir; había olvidado por completo que hace un año nos casamos. Hace un año que no veía a nadie, a Cameron, Katerina y Bruno... me hacían mucha falta...quería verlos...

—¡Feliz aniversario! —respondí feliz.

—Hoy tengo todo el día preparado de sorpresas.

Me senté, Santiago me sirvió lo que había preparado; huevo con jamón, tocino a un lado y un jugo de naranja recién exprimido.

—¿Qué le pasaba ayer a Kyle? —pregunté curiosa.

—Le robaron su computadora —respondió calmado—. Tenía algunas cosas mías que le pedí que guardara por si se me perdían y quería saber que estaban bien. —Agregó al ver mi cara desconcertada.

—Se veía muy preocupado.

—Pensó que me iba a enojar, pero ayer hablamos y cancelamos todo.

—¿Era información de tarjetas de crédito?

—Sí.

Se escuchó que tocaron la puerta, me le quedé viendo, estaba en bata, no iba a ir abrir así.

Cuando vio mi cara, sonrió, se levantó de su silla y fue abrir la puerta.

—Buenos días. —Escuché una voz conocida.

Me levanté en seguida, mi corazón se aceleró. Corrí a la entrada, era él, Cameron. Lo abracé con todas mis fuerzas y él me abrazó de regreso.

—Yo también te extrañé —dijo intentando quitarse mis brazos.

Lo inspeccioné, lo vi diferente; su cabello era más corto, se veía muy bien. No podía dejar de sonreír.

—¿Trajiste maletas? —pregunté viendo que no había nada en la entrada.

—Están en el hotel —contestó.

—¿Quieres algo de desayunar? —le preguntó Santiago indicando el camino.

—Sí, gracias.

Cuando dijo que ese día estaría lleno de sorpresas, nunca me imaginé que Cameron sería una de ellas, no lo había visto en un año exacto, pero parecía al mismo tiempo que lo vi un día anterior. Era el mismo de siempre.

Estuvimos en la cocina platicando por horas, al parecer todo estaba mejor, aún seguía viendo a Katerina, Cristina seguía trabajando para él; dijo que estaba en el hotel y hasta había platicado varias veces con Bruno.

Eso era lo que me importaba, saber que él estaba bien.

No iba a poder quedarse mucho tiempo, sólo una semana, eso era todo lo que podía. Nos invitó a visitarlo en el verano, ahí podré pasar mi cumpleaños, pero todo dependía de nuestros trabajos.

Estaba muy feliz porque Cameron estaba ahí. No lo podía creer.

—Hice reservación para cenar, así que ve arreglarte —me dijo Santiago por la tarde.

—Claro. ¿Cameron irá con nosotros? —pregunté curiosa.

Él asintió.

—Ve, debo hablar con Dante. —Cameron interrumpió.

—Sí.

Sonreí y subí arreglarme.

Llegamos a uno de los restaurantes más lujosos en Nueva York, tuvimos que subir en elevador porque estaba en el último piso del edificio.

No se tardó lo que me imaginé que se tardaría, al abrirse las puertas me di cuenta de que el lugar tenía alfombra color vino y mesas con manteles blancos.

Había mucha gente, meseros pasaban por todas partes y música en vivo; la mujer que cantaba tenía muy bonita voz.

Santiago nos indicó el camino, yo observé todo, parecía que el lugar era agradable; las personas se veían sonrientes y disfrutando de la comida.

No me di cuenta de que se habían detenido hasta que choqué contra Santiago.

Me señaló nuestra mesa, me sorprendí por lo que vi; en la mesa estaban Bruno y Katerina y de pie junto a ellos estaban Cristina e Iván.

Me acerqué de prisa, los abracé a todos, Santiago debió invitarlos, estaba muy feliz... Los extrañaba tanto...

—Feliz aniversario —me susurró Santiago en el oído cuando nos sentamos.

—Te amo —le respondí.

—Y yo a ti.

Todos platicaron de lo que habían hecho, definitivamente no era lo mismo hablar por teléfono que en persona. En algunas ocasiones me sucedía que quería dejar todo lo de aquí e irme con ellos y vivir todo lo que me decían, pero miré a Santiago y lo amaba tanto que no me arrepentía de mi decisión.

—Aun así, vendré en verano —dijo Bruno con una sonrisa.

—Estoy emocionada por eso.

—Sí, tengo algunos proyectos nuevos que quiero compartir contigo.

—No puedo esperar.

—¿Para cuándo los sobrinos?

—Aún no... —le dije mientras veía a Santiago platicar con Cameron y Katerina.

—Bien, entonces será el próximo año.

Yo sonreí. No sé cuándo sea el momento ideal, pero por lo pronto estaba bien así, era joven y todavía tenía tiempo para pensar en esas cosas.

Esa cena era la mejor de todo el año, me sentí muy feliz, satisfecha y en verdad esperaba a que se quedarán ahí conmigo, pero debían volver en una semana.

Pedí los días siguientes en el trabajo, Santiago no pudo, pero dijo que no importaba, yo debía disfrutar de mi familia, así que lo hice.

Hice todo tipo de cosas turísticas con ellos, visitamos la estatua de la libertad, fuimos al Empire State, a Central Park, la zona cero, entre otros. Fue una semana increíble que pasé con ellos.

El último día que estarían ahí, Katerina dijo que quería hablar conmigo a solas.

Fuimos por un café, había una cafetería cerca de la casa. Ella se sentó frente a mí.

No sabía qué era lo que quería hablar conmigo a solas, quizás ya era novia de Cameron y quería decírmelo. Lo que fuera, no me iba a importar, estaba ahí, la consideraba mi mejor amiga.

Recordé que también tenía que platicarle de Madison, había sido muy buena conmigo, pero al mismo tiempo, si le platicaba de ella, entonces le diría a Cameron y él no se aguantaría las ganas y terminaría por investigarla.

—¿Cómo te ha ido aquí? —preguntó Katerina con una pequeña sonrisa.

—Muy bien —contesté sonriente—. ¿Qué pasa contigo? ¿Está todo bien? —pregunté desconcertada.

Ella sonrió nerviosa.

—Quiero que sepas que voy a desaparecer por lo menos un año, aún no sé cuánto tiempo me vaya.

—¿Cómo? No entiendo.

—Voy a estar bien, pero no sabrás de mí en ese tiempo. ¿Entiendes? No habrá llamadas o visitas. —Me explicó.

—Sigo sin entender ¿Por qué?

—Te lo explicaré cuando te vuelva a ver.

—No, quiero saberlo ahora... —le dije triste—. Tienes que decirme porqué.

—Le insistí.

—Todo a su tiempo, por lo pronto debes saber eso, pero estaré bien.

—¿Cameron sabrá? ¿Cameron lo sabe?

—Sabe que voy a desaparecer, no sabe a dónde ni por cuánto tiempo.

—Te encontraría fácilmente.

—Lo sé, por eso le hice prometer que no me buscará. Es un hombre de palabra y sé que lo hará.

—¿Estás metida en algún problema?

—Nada de eso, necesito ese tiempo para mí ¿Me entiendes?

Negué con la cabeza.

—No entiendo, pero es tu decisión.

Una lágrima se me escapó, no quería dejar de hablar con ella por teléfono, ni de verla, no saber nada de ella ¿Qué estaría pasando?

—No llores, todo va a estar bien —me dijo ella.

Estaba preocupada.

—¿Cómo puedes desaparecer así? ¿No amas a Cameron? —le pregunté.

—No creas que no sufriré. Me dolerá no verlos, pero en cuanto nos volvamos a ver, verás que todo habrá valido la pena.

Respiré profundo, quería entender de lo que hablaba, pero si estaba dispuesta a romper toda comunicación con todos e irse lejos, no la podía detener.

La abracé y le pedí que se cuidara.

—Esto es un hasta luego, no un adiós —me dijo una vez que íbamos a la casa.

Todos se quedaron en la casa, no dormimos; cocinamos, vimos tele, platicamos y hasta bailamos. Ese había sido el mejor regalo de aniversario

que Santiago me pudo dar.

Bruno me recordó que lo vería pronto, que no lo olvidara, Cameron me dijo que seguiríamos hablando por teléfono como siempre y esperaba verme más seguido, con Katerina no quería llorar, pero no me contuve, lloré y la abracé fuertemente.

Sabía que la volvería a ver, pero no lo sentí así, era como si se hubiera despedido de mí.

Cristina se despidió, no dijo nada, estuvo muy seria desde que llegó, supuse que era porque con ella no hablé en todo ese tiempo. Sigo estimándola mucho, salvó mi vida una vez y no lo olvidaré jamás.

Después de aquella increíble semana, el tiempo se pasó aún más rápido. Era verdad, no supe nada de Katerina, Cameron tampoco sabía nada de ella y Bruno llegaría a finales de agosto, ya estaba decidido.

Los siguientes días, Cameron no me hablaba o contestaba como antes lo hacía, algo muy raro en él, algo estaba pasando y no solo con él, Santiago también había estado actuando extraño.

Nuevamente me sentí como me sentía cuando vivía con Cameron, algo me ocultaban, no me lo querían decir porque creían que iba a reaccionar mal.

Mi mente daba vueltas de lo que pasó en ese momento, personas que trabajaron para Cameron y los corrió hasta pensé en Paolo, ¿habrá hablado con él después de que yo lo hice?

—¿Irás a la junta de maestros mañana? —preguntó Madison mientras caminábamos a la casa.

Había estado pensando en muchas cosas que no recordaba que no iba caminando sola.

—Creo que sí, debemos ir —respondí.

Seguí pensando.

—¿Paso por ti? Así nos vamos caminando juntas.

—Me gustaría mucho, pero le pediré a Santiago que me acompañe mañana.

—Entonces, ¿Nos regresamos juntas?

—Claro.

Ella siguió su camino cuando llegué a casa, entré como siempre y me dirigí a la cocina. Me detuve en el pasillo al ver de reojo la biblioteca,

Santiago estaba sentado ahí, tenía algo en sus manos, su mirada estaba perdida mientras veía lo que sujetaba.

Era muy temprano para que estuviera en la casa. Miré mi reloj de mano, si era temprano.

Abrí la puerta, se dio cuenta de que estaba ahí. Me volteó a ver y finalmente pude ver lo que tenía en sus manos: un revólver.

—¿Santiago? —pregunté desconcertada y asustada al mismo tiempo.

—Eli... —dijo poniendo el arma sobre el escritorio, la dejó junto al caballo que le había regalado—. ...Ven, siéntate. —Estaba preocupado.

—¿Qué pasa? —pregunté después de sentarme en la silla que estaba frente al escritorio.

Él se hincó frente a mí, sujetó mis manos. Sabía que me diría una mala noticia y todos mis pensamientos se fueron a una persona, Katerina. ¿Algo le pasó? ¿Era grave? Se tardó en hablar, estaba buscando las palabras para decirlo.

—¿Es sobre Katerina? —pregunté intentando mantenerme calmada.

Él negó con la cabeza.

—Dime. ¿Qué es? —Insistí.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

—Lo sé y yo te amo a ti.

—Nos tenemos que ir de aquí.

—¿De qué hablas?

—Nos encontraron Eli, tenemos que irnos. Mañana irás a renunciar, dirás que te irás a una convención, regresarás—decía él.

—No. ¡No entiendo! —Lo interrumpí.

Estaba temblando, me miró a los ojos y estaba segura de que no había parpadeado en todo lo que dijo. Se veía nervioso, ¿Cómo pretendía que iba a estar tranquila?

—Hay algo que debes saber, pero tendrá que ser mañana. Debo irme, tengo que arreglar unas cosas.

—¿Son los ex empleados de Cameron? ¿Otra vez?

Él negó con la cabeza.

—Entonces, ¿De qué hablas? No entiendo.

—Sólo debes de entender que te amo. Tienes que hacer lo que te digo, irás al trabajo, dices que irás a una convención... cuando regreses, no entres por la puerta principal.

—¿Cómo voy a entrar? —pregunté intentando contener mis lágrimas.

—Una calle detrás de esta, hay un bote de basura color vino. Bajarás las escaleras que están enfrente, debajo del tapete hay una llave. Abrirás la puerta negra, ignorarás todo lo que veas, entrarás por ahí —dijo señalando el librero—. Yo voy a esperarte aquí, nos iremos en seguida.

—¿Quién nos encontró?

Quería saber lo que estaba pasando.

—Te diré todo mañana. Promete que vendrás.

—Te lo prometo —dije llorando.

—Y vas a ignorar lo que veas.

No sabía qué era lo que debía ignorar, pero me daba miedo saber que había una entrada secreta a mi propia casa ¿Desde cuándo estaba ahí?

—¿Qué es lo que debo ignorar?

—¿Confías en mí?

—Con mi vida —respondí segura.

—Entonces, ignóralo. Te explicaré todo mañana. Ahora debo irme.

Se levantó de su lugar, me levanté en automático, tenía miedo de lo que pudiera pasar, si nos habían encontrado, ¿por qué me dejaba sola?

—Quédate con esto —dijo dándome el revólver—. Por si acaso.

—Yo no quiero esto Santiago, llévatela —dije devolviéndosela.

—No... debes tenerla, yo regresaré mañana.

—Llévame contigo.

—No puedo, debes esperarme. Vas a estar más a salvo aquí.

—No puedo estar así toda la noche sin saber nada —dije molesta.

—Sólo es una noche, sabrás todo mañana.

—¿Me estás abandonando otra vez?

No quería preguntarlo, pero lo hice, las palabras salieron de mi boca. Ese miedo que tenía siempre de que me volviera hacer lo mismo que algún día me hizo.

—Te prometí que no lo haría nunca más —dijo serio.

—¿Entonces por qué haces esto?

—Mañana lo entenderás, pero no puedo quedarme aquí, será muy tarde.

Se escuchaba apresurado.

Se dirigió a la puerta. ¿Tenía prisa? ¿Qué era lo que tenía que hacer? No me quería quedar sola en la casa y más si me estaba dejando un arma.

Lo perseguí hasta la entrada.

—No quiero quedarme sola. —Insistí.

—Yo sé, pero debo irme. Tengo que arreglar algo antes de mañana —contestó serio.

Aún no podía controlar mis lágrimas. Tenía miedo de que no volviera.

—Está bien, te veré mañana —dije resignada.

Se acercó a mí, sujetó mi cabeza y la besó, después me sujetó la barbilla, hizo que lo viera, me limpió las lágrimas. Estaba serio.

Apenas y podía respirar.

—Te amo Elizabeth. —Me miró a los ojos.

Se acercó y me besó como si nunca me hubiera besado, como si no me fuera a besar nunca más.

Estaba temblando, pero adrenalina invadía mi cuerpo, había un nudo en mi garganta, pero el tiempo se detuvo y pospuse ese sentimiento.

Por poco lo convengo, al menos eso creía. Me recargó contra la puerta y después se separó como si luchara contra él. Puso sus manos a los lados.

Su frente chocó con la mía.

—Yo también te amo —susurré.

—Promete algo más.

—¿Qué cosa?

—No confíes en nadie —dijo más serio—. Nadie...— Enfatizó.

—¿A qué te refieres?

—A que en las próximas horas que pasen no debemos confiar en nadie, sólo tú y yo.

—Está bien.

Me besó una vez más, me abrazó, dijo que no me preocupara, que todo iba a estar bien, abrió la puerta y salió de la casa.

Cerré la puerta con seguro detrás de él, me recargué y me tiré al suelo.

La casa estaba a oscuras, se iluminó por un relámpago, se escuchó un trueno y empezó a llover; lágrimas escurrieron por mi mejilla.

Aunque quisiera entender lo que pasaba, mi mente no llegaba a nada. Quería organizar mis ideas, pero Santiago prometió explicarme, tenía que confiar en él.

Me levanté del suelo, subí a mi cuarto y saqué una mochila. Guardé algunas cosas que tenía que llevar. Todas las cosas de Santiago estaban ahí. ¿No se iba a llevar nada? Agarré un poco de ropa de él por si acaso.

Bajé la mochila a la biblioteca, el revólver seguía en el escritorio. Tragué saliva, me recordaba que algo estaba pasando.

Había una foto de nosotros dos en nuestra boda sobre su escritorio. La sujeté

y la miré, nos veíamos muy felices, como todo este año que habíamos pasado juntos, la guardé en la mochila.

Me quedé mirando el librero detrás del escritorio. ¿Cómo era una puerta a otro lugar? Me acerqué y lo miré detenidamente, intenté moverlo, no pude.

Me senté en el sillón de la sala con la luz apagada, me recargué de tal manera que veía por la ventana, estaba oscuro afuera, lloviendo, las luces de la calle eran las únicas que alumbraban la calle.

Sujeté el revólver con mis manos, aunque no quería, esto era lo que me daría una oportunidad de escapar si era que lo llegara a necesitar.

Puse alarma en mi celular para ir a renunciar a mi trabajo como me lo había pedido Santiago.

No sé cuánto tiempo había estado viendo la lluvia caer sin parar hasta que se cerraron mis ojos.

Me levanté con el sonido de mi alarma, me arreglé e intenté quitarme las marcas del rostro que delataban que había llorado.

Hice algo rápido de desayunar, estaba nerviosa, no sabía qué esperar de ese día ¿Debía hablarle a Cameron? No quería preocuparlo...

Santiago dijo que no confiara en nadie... Cameron era mi hermano... ¿Lo metería en problemas? Mejor le hablaría una vez que estuviera con Santiago, una vez que estuviéramos a salvo.

Metí el revólver en mi bolsa, no sabía qué hacer con el arma. No la quería.

Aún seguía lloviendo, busqué un paraguas; color amarillo. Finalmente salí de la casa, las calles se veían solas.

Mientras me acercaba al edificio donde trabajaba, más miedo me daba.

Empecé a temblar, quizá era mejor si me daba la vuelta, no dije nada y me fui.

Eso sería mejor, esperaría a Santiago en donde quedamos de vernos para huir. No podía aparentar que todo estaba bien si ni siquiera sabía lo que estaba pasando. Tenía que decírmelo.

Mientras caminé de regreso, escuché más sirenas de policías, ambulancias y bomberos de lo acostumbrado, no quería entrar en pánico, exageraría si pensara que tenía que ver conmigo.

Miré a los lados, inclusive detrás de mí, no veía a nadie entre la lluvia.

Me iré por donde dijo Santiago, la calle detrás de la de nosotros... Aceleré el paso, quería llegar, verlo y saber que todo iba a estar bien.

—¡Eli! ¡Elizabeth! —Escuché que gritaron.

Busqué a la persona que dijo mi nombre hasta que por fin la veo. Madison llegó deprisa con un paraguas color negro... no necesitaba eso... tenía que volver a casa.

—Buenos días —dijo con una pequeña sonrisa.

—Buenos días —respondí en automático.

—¿No vas a ir a la junta?

—Sí, te veré ahí... se me olvidó algo. —Mentí.

—¿Cómo crees? Te acompaño a que lo recojas.

Me mordí el labio.

—No es necesario, debes llegar a tiempo.

Miró su reloj.

—Hay tiempo, no te preocupes.

¿Cómo podía decirle que se fuera? Quería ir sola.

Suspiré.

Me platicó de su esposo en el camino, pensaba que estaba pasando mucho tiempo en el hospital, creía que había alguien más. En ese momento, eso no sería lo peor si Santiago pasara más tiempo en el trabajo, al menos no estaba huyendo...

—¿A dónde vas? Tu casa es por allá. —Madison interrumpió.

Estaba tan cerca de ir por la otra cuadra, después de darle muchas vueltas al asunto, pensé en decirle una vez frente a la puerta que me sentía mal y siempre no iría a la junta; ella regresaría al trabajo y yo podría entrar por

donde Santiago me pidió que lo hiciera.

Cuando llegamos, me di cuenta de que había una patrulla estacionada enfrente de la casa, había un policía afuera y un señor de cabello corto con algunas canas; él estaba vestido con un traje color negro y tenía una placa en su pantalón que decía que era del FBI.

Las palabras de Santiago resonaban en mi cabeza, no confiar en nadie. Me pegué más con Madison, aunque después la miré y no sabía si confiar en ella también.

—¿Señora Dante? —preguntó el señor mientras se acercaba a mí.

Estaba serio.

—¿Quién es usted? —pregunté desconcertada.

—Soy el agente Stuart Marion del FBI, ¿podemos tener esta conversación adentro?

Me enseñó su placa.

—No. Cualquier cosa que sea, puede decírla aquí.

—Es delicado señora. —Miró a Madison y después a mí—. Es sobre su esposo.

—¿Qué pasa con él?

No quería pensar mal de Santiago, que los que nos encontraron era la policía. Él era bueno y si estuviera en problemas de este tipo me lo contaría.

—El señor Santiago Dante estuvo en un accidente, hubo una explosión —dijo lentamente.

—¿Cómo? ¿Está bien? —pregunté desesperada.

Mi corazón se aceleró, ¿qué tipo de explosión? ¿Dónde? ¿Cómo? Madison sujetó mi mano y la apretó, me calmé un poco, respiré profundo y lo miré. Le exigí que respondiera.

—Él no sobrevivió —respondió después de un momento de silencio.

No quería escuchar esas palabras. Él estaba bien, debía estar equivocado, lo iba a ver pronto. Mis piernas comenzaron a temblar, caí al suelo mojado, dejé rodar mi paraguas y no pude detener mis lágrimas.

La lluvia cayó sobre mí.

Madison me habló, me dijo cosas, pero no la pude escuchar, veía sus labios moverse. Quería borrar lo que acababan de decirme, eliminarlo, como una vez lo hice en Londres. Todo estaba bien.

Sólo escuché mi respiración, mi cabeza daba vueltas, estaba mareada. Intenté controlar mi respiración y el palpar de mi corazón, lento...no pude...

—¡Señora Dante! Es necesario que se mantenga bien. —Escuché la voz del agente Marion.

Lo miré, no podía, no quería escuchar ni saber lo que me acaba de decir.

—Señora Dante, tenemos que sacarla de la ciudad —dijo agachándose.

Puso su mano derecha en mi hombro, signo de consolución, no lo necesitaba...

—No entiendo —contesté llorando.

—Creemos que corre peligro, el oficial la llevará a la central de autobús, de ahí se irá a otra ciudad. La estarán esperando para darle más indicaciones.

—Yo la acompaño. —Madison interrumpió decidida—. A la central de autobús —completó.

—No. Yo iré... Exijo saber lo que está pasando —dije enojada.

—Le informarán llegando a su destino. Necesito que entre a la casa y agarre pocas cosas, no tenemos tiempo que perder.

Me despedí de Madison, le dije que se fuera al trabajo, yo iba a estar bien. Todo era un malentendido.

Al principio dijo que no importaba que ella me podía acompañar; no quería dejarme sola, pero le exigí que se fuera.

Cuando finalmente se fue, miré la casa.

No quería, pero entré, subí a nuestra recámara. Todo estaba como lo dejé por la mañana, no había señal de él.

Cuando entré al closet y vi todas sus cosas, no me contuve, caí al suelo y empecé a llorar.

Me dijeron que estaba muerto, quería saber si era verdad, pero al mismo tiempo no quería hacerlo, no quería...

No sabía cuánto tiempo había estado ahí, no podía moverme, no quería que me dejara, no esta vez que no podía regresar. Sentí enojo y tristeza al mismo tiempo.

¿Qué le hacía pensar que me podía hacer eso? Hace dos días todo estaba bien, ¿por qué esperó tanto tiempo para decirme que algo no estaba bien?

—Señora Dante, no tenemos mucho tiempo. —Escuché detrás de mí.

Era el agente Marion.

—No iré, si quieren pueden terminar conmigo también —dije.

Me rendí.

—No está pensando claramente y mi trabajo es protegerla, así que levántese y vamos —dijo serio.

Ayudó a levantarme y a guardar ropa en una maleta. No vio lo que agarró, pero yo no podía ni quería hacerlo.

—El oficial Smith la llevará, aquí está su boleto. Este número, úselo para emergencias —me dijo el agente Marion una vez que me subí a la patrulla.

Me entregó una tarjeta.

—¿Me van a estar esperando allá? —pregunté viendo el boleto.

Me iban a llevar a Atlanta.

—Sí, el agente Peterson estará ahí, se identificará en cuanto baje del autobús.

Asentí.

El oficial Smith no habló en todo el camino. Se estacionó frente al edificio, me ayudó con las maletas y me dejó en la entrada.

Miré mi boleto, Atlanta, quizá ahí tuviera respuestas.

Arrastré mis maletas y me registré, faltaba tiempo para que saliera.

Miré el reloj, apenas pasaban las tres de la tarde, seguía lloviendo y no dejaba de temblar.

Me senté a esperar, había una tele frente a mí, estaban pasando las noticias. Efectivamente, estaba la noticia de la explosión en el edificio en donde él trabajaba. La gente se reunía a ver lo que había pasado, lo manejaron como un accidente, pero yo sabía que eso era mentira.

Las personas estaban asombradas, algunas hacían llamadas, imaginé que era para saber si sus seres queridos estaban bien. Quería hablarle a Cameron, que viniera por mí, miré mi celular.

Tenía que ser fuerte, le hablaré una vez que supiera qué estaba pasando.

Me mordí el labio, estaba cansada de llorar.

Gente que pasaba me veía, pero ninguna se acercaba, no quería que lo hicieran.

Caminé y me senté en un restaurante, pedí de comer, pero casi no comí; sólo jugué con la comida, pensaba en lo que pasó, ayer empezó todo para mí.

Me dijo que nos iríamos, que tenía que hacer algo, ¿qué era lo que tenía que hacer? ¿Por qué estaba en ese edificio? Quizá Kyle sabía algo, pero no sé si debía confiar en él.

Nunca debió decirme eso Santiago, no podía dejar de pensar en eso...

Hablé muchas veces a su celular para escuchar su voz, se iba a buzón, pero si me daba tono. Aún funcionaba, si estuvo en una explosión, entonces no debería funcionar.

Quizá todo era mentira, a lo mejor me estaba esperando donde dijo que lo haría, por eso no quería que entrara por la puerta principal.

Me levanté de mi lugar.

Miré el reloj, ya pasaban de las seis de la tarde, ya se estaban empezando a subir las personas al autobús. Me esperaría a que salieran por si alguien me estaba siguiendo.

Si era lo que pienso, no me podía ir sin saber si todo era mentira.

Hice fila con mi bolsa, mi maleta ya estaba en el autobús, en el que iba era donde menos gente se subía, pero servía para mezclarme entre las personas.

Quizá exageré, miré a mi alrededor, no sabía quién me pudiera estar

siguiendo, pero actué como si así lo fuera.

Me separé de las personas cuando vi que nadie me veía, o al menos eso pensé. Entré por otra puerta que decía *personal autorizado*, no me importó. Caminé por los pasillos hasta que encontré la puerta que me regresaba a la central.

Escuché gritos, gente corriendo por todas partes. ¿Qué estaba pasando?

Me asomé. Me llevé las manos a la boca, el autobús donde yo me iba a subir estaba en llamas.

Mi corazón se aceleró nuevamente, estaba asustada, ¿si era para mí? Quizá esos no eran agentes, no era la policía. Habían hecho eso con Santiago, ellos lo habían matado, tenía que huir, me tenía que ir de ahí.

Salí corriendo, la lluvia se incrementaba y ya estaba oscuro.

Pedí el primer taxi que encontré, una vez adentro, no pude dejar de llorar.

Actualidad

Esa era mi historia, lo conocí, me enamoré, me casé con él y lo perdí.

Me lo quitaron... sujeté con más fuerza el arma, estaba enojada. ¿Cómo se atrevían hacerme esto? ¿Qué hicimos para que nos quisieran muertos?

Sólo tenía en la mente lo que había pasado el año pasado, los ex empleados de Cameron, son los que nos habían amenazado ¿Habrán sido ellos? ¿Los hombres que estaban en mi casa eran policías? ¿La policía lo estaba buscando?

El taxista intentó distraerse con la radio, pero sabía que le intrigaba saber lo que me estaba pasando. El camión de bomberos seguía estorbando, sabía que le dije que no tenía prisa, pero después de pensarlo, tenía que llegar.

Eso era lo que quería que ignorara, debía haber respuestas ahí, tenía que saber quién me hizo esto, quién arrebató mi felicidad. Quería saber sus nombres y yo misma ir a buscarlos.

—Señor, disculpe... me bajo aquí —le dije al taxista.

Saqué dinero de mi cartera, se lo di, no quería cambio. Me bajé del carro, me

empecé a mojar nuevamente. Ya no tenía nada que perder, quería saber qué estaba pasando. Estaba cansada de no saber, ya no estaría en la oscuridad, estaba lista para saber...

Miré en dirección a la casa, no sería fácil, sería doloroso, pero tenía que saber... empecé a correr...

Continuará.

Mensaje

Hola a todos,

Muchas gracias a todas las personas que se han tomado el tiempo para leer mi obra, espero les haya gustado y los haya transportado a la vida de Elizabeth.

Próximamente estaré publicando la segunda parte de esta historia que aún no termina. Por lo pronto, los invito a leer *Viviendo por ti*, una novela que espero les guste también.

El escribir y poder ser capaz de plasmarlo en una hoja me da la oportunidad de escaparme a mundos diferentes que me distraen de situaciones de la vida diaria, espero los haya llevado en un viaje de sentimientos y emociones como lo hizo conmigo.

Nos leeremos pronto,

Andrea Leal

Sobre la autora

Andrea Leal nació en 1988, en la ciudad de Monterrey, Nuevo León (México). Estudió la licenciatura de Ciencias de la Comunicación en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM).

Obras publicadas:

- Viviendo por ti (2015).

Próximamente:

- Paradiso Blu El misterio de Caramelle Dolci. Parte II.